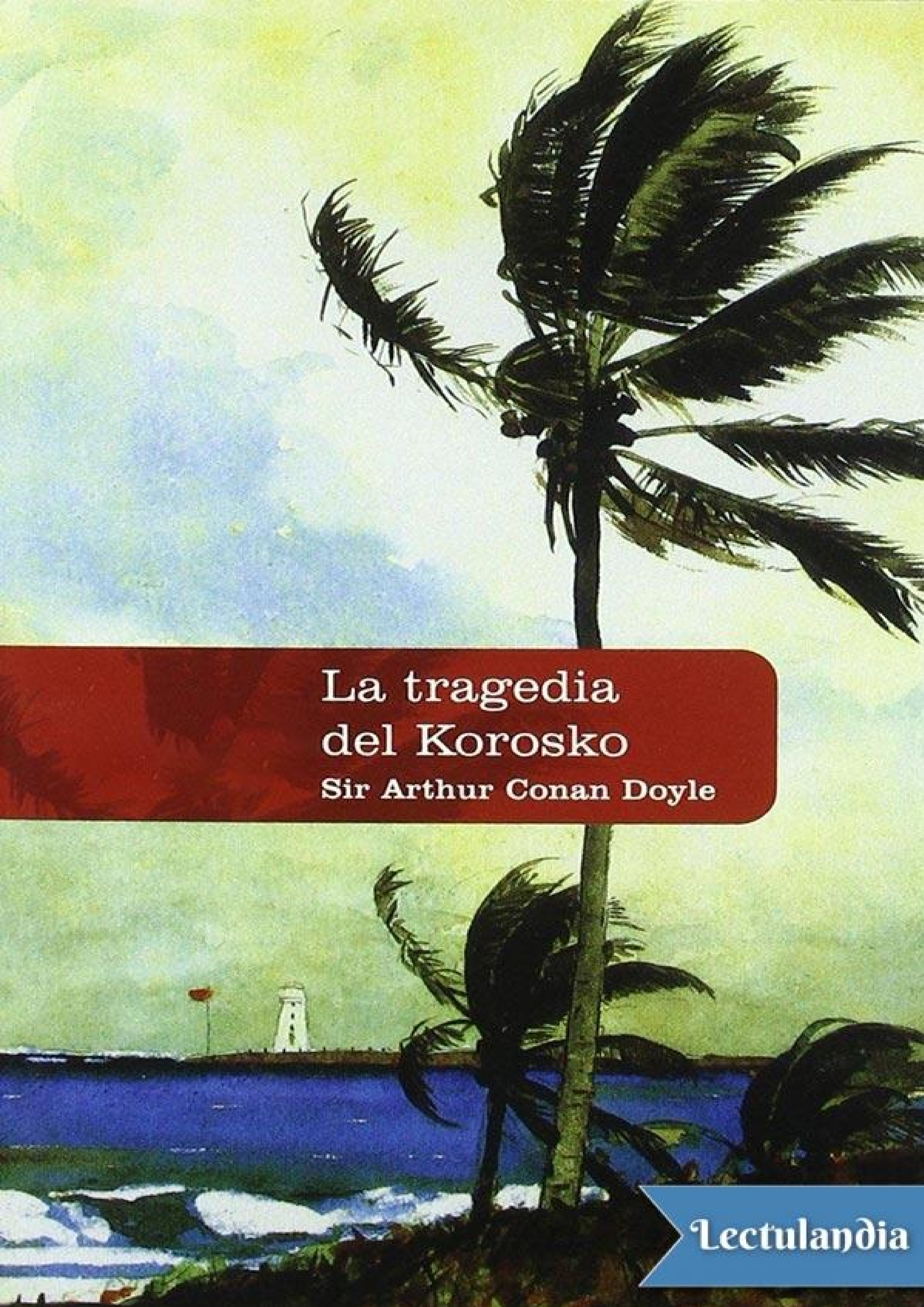

La tragedia
del Korosko
Sir Arthur Conan Doyle
Lectulandia

Un grupo de pacíficos y singulares turistas se ven sorprendidos en su excursión por el Nilo por una banda de integristas islámicos y son secuestrados. El grupo de cautivos es heterogéneo y, aunque menos, también lo son sus secuestradores. A partir de este hecho, Sir Arthur Conan Doyle elabora *La tragedia del Korosko*, una novela de aventuras que es maestra en su género y que leída en el siglo XXI adquiere unos sorprendentes tintes premonitorios de los peligros que acechan a los turistas occidentales que se adentran en zonas remotas del Oriente medio. El itinerario que describe Conan Doyle es además de descriptivo, informativo, los elementos históricos están presentes. El paisaje se incorpora en el relato con corporeidad, su belleza impresiona, pesa; las noches estrelladas del desierto pueden ser opresoras o bien esperanzadoras, y los personajes forman parte de la espléndida galería doyleniana, en la que si en la sala principal tenemos a Sherlock Holmes y Watson, en las adyacentes debemos incorporar, haciendo compañía a los profesores Challenger y Maracot, a los pasajeros del *Korosko*, que conforman un mosaico de personalidades arquetípicas de los países de origen de los secuestrados; la caprichosa norteamericana Sadie Adams, el veterano coronel Cochrane, el tocanarices de Monsieur Fardet, los irlandeses Sres. Belmont…

Arthur Conan Doyle

La tragedia del Korosko

ePub r1.0
Titivillus 30.04.2021

Título original: *A Desert Drama Being The Tragedy of Korosko*
Arthur Conan Doyle, 1898
Traducción: E. Francisco S. Alonso
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

1

Posiblemente la gente se sorprenderá de no haber leído en los periódicos nada referente a lo ocurrido a los pasajeros del *Korosko*. Quizá le parezca increíble que un incidente internacional de semejante importancia no haya levantado eco alguno de crónicas desde el tiempo en que ocurrió, viviendo como vivimos en una época de agencias universales de noticias que reaccionan al momento ante el más insignificante acontecimiento. Digamos que mediaron poderosas razones, de índole personal y política, que impidieron su difusión. Buen número de personas tuvieron conocimiento de los hechos al ocurrir éstos, y hasta llegó a aparecer una versión de los mismos en un periódico local, pero no mereció crédito alguno. Ahora los recogemos en forma de narración, habiendo compulsado los incidentes con la declaración jurada del coronel Cochrane, perteneciente al ejército y al club de la Marina, y con las cartas de miss Adams, de Boston, Massachusetts, Estados Unidos. Para complementarlos hemos usado las actas del interrogatorio a que fue sometido el capitán Archer, del Cuerpo de Camelleros Egipcios, por la Comisión secreta investigadora del Gobierno de El Cairo. Mister James Stephens se negó a dar por escrito su versión de los sucesos; pero como se le entregaron para su revisión las pruebas de imprenta y nada ha corregido ni suprimido en ellas, puede suponerse, fácilmente, que no ha encontrado ninguna grave inexactitud en cuanto a los hechos, y que si tiene algún inconveniente en que se publiquen, nace de escrúpulos que son más bien de tipo privado y personal.

El *Korosko*, barco de vapor de casco aplanado, proa redonda y rueda de palas a popa y la apariencia de una plancha, zarpó de Shellal, en la parte superior de la primera catarata, con rumbo a Wady Halfa, el 13 de febrero del año 1895. Reproduzco aquí la lista de pasajeros que obra en mi poder:

VAPOR KOROSKO, 13 DE FEBRERO

Pasajeros:

Coronel Cochrane… Londres

Mr. Cecil Brown… Londres

John H. Headingly… Boston

Miss Adams… Boston

Miss S. Adams… Worcester, Massachusetts

Mons. Fardet… París

Mr. y Mrs. Belmont… Dublín

James Stephens… Manchester

Rev. John Stuart… Birmingham

Mrs. Shlesinger, madre e hijo… Florencia

Éste era el grupo excursionista que salió de Shellal con la intención de recorrer los trescientos kilómetros que hay entre la primera y la segunda catarata del Nilo nubiano.

Nubia es un curioso país. Su anchura varía desde algunos kilómetros hasta algunos metros (porque ese nombre se aplica únicamente a la estrecha franja de tierra que es capaz de ser cultivada), y se extiende formando una banda angosta, verde, orlada de palmeras a uno y otro lado del ancho río de color café. En la orilla del lado de Libia, allí donde termina esa banda de tierra, se extiende un desierto salvaje y sin límites que abarca toda la anchura de África hasta el Océano Atlántico. En el otro lado, la extensión desierta y desolada termina en el lejano mar Rojo. Nubia se alarga ondulante, como un gusano verde, a lo largo del cuerpo del río entre aquellas dos inmensas extensiones yermas. De cuando en cuando desaparece por completo, y el Nilo corre entre colinas negras y agrietadas por el sol, entre cuyas laderas y valles se extienden las arenas anaranjadas igual que glaciares. Se descubren por todas partes rastros de razas desaparecidas y de civilizaciones enterradas. Tumbas grotescas salpican las laderas de las colinas o se alzan en su altura sobre el fondo de la línea del horizonte; tumbas en pirámide, tumbas en forma de túmulos de tierra, tumbas excavadas en la roca, es decir, tumbas por todas partes. De pronto, al doblar el barco una punta rocosa, se descubre, lejana, una ciudad desierta: casas, murallas, almenas y recuadros de ventana a través de los cuales brilla el sol. Unas veces se nos dice que fue una ciudad romana; otras, egipcia, y en ocasiones, que se ha perdido totalmente toda constancia acerca de su nombre o de su origen. Uno se pregunta, asombrado, qué razones pudo tener aquella gente para edificar, bien una ciudad, bien un templo, en soledad tan agreste, y resulta difícil aceptar la teoría de que aquella población no tuvo otra importancia que la de servir de centinela avanzado en la defensa de los países de aguas abajo, que eran ricos, y que estas fortalezas que tanto

abundan servían únicamente para mantener a raya a los pueblos salvajes y saqueadores del Sur. Pero, cualquiera que sea la explicación exacta, ya fuese a consecuencia de vecinos guerreros o por los cambios climáticos, allí permanecen convertidas en ruinas adustas y silenciosas, y se pueden ver todavía en las laderas de las colinas las tumbas de sus habitantes, parecidas a troneras de cañones de un buque de guerra. Los turistas fuman; conversan y flirtean mientras cruzan este país extraño y muerto, en dirección a la frontera egipcia, que está aguas arriba.

Los pasajeros del *Korosko* formaban una expedición alegre, porque muchos de ellos habían hecho el viaje juntos desde El Cairo hasta Asuán, e incluso el carácter frío de los anglosajones se derrite rápidamente viajando por el Nilo. Tenían la suerte de no llevar en su compañía a ese pasajero antipático que suele encontrarse en estos pequeños barcos y que basta para echar a perder el placer de toda una excursión. En un barco que viene a ser poco mayor que una lancha de vapor, la totalidad de los viajeros se encuentran a merced del hombre plomo, del cínico o del gruñón. El *Korosko* se veía en ese viaje libre de semejante calamidad. El coronel Cochrane era uno de esos oficiales a los que en el Gobierno británico, que se rige por valores exigentes, declara, cuando llegan a cierta edad, inútiles para seguir prestando servicio, aprovechando ellos estos años de decadencia para explorar Marruecos o matar leones en Somalia. Era un hombre moreno, erguido, aguileño, muy cortés y respetuoso, de mirada firme e interrogadora; muy cuidadoso en el vestir y muy exacto en sus rutinas. Lo que se conoce como un caballero hasta la punta de sus bien cuidadas uñas en los dedos de las manos. Le desagradaba, como les desagrada a la mayoría de los anglosajones, toda efusión, y por ese motivo había cultivado la reserva de maneras que, al tratarlo por vez primera, podía parecer antipático; pero quienes verdaderamente lo conocían decían que le costaba trabajo ocultar su bondadoso corazón y los sentimientos humanitarios que influían en sus actos. Entre sus compañeros de viaje despertaba respeto más bien que afecto; tenía la sensación, que habían experimentado todos cuantos lo trataron, de que era hombre con quien difícilmente el trato maduraba hasta convertirse en amistad, pero ésta, una vez alcanzada, sería como una parte inmutable e inseparable de su misma persona. Lucía un bigote militar entrecano; pero sus cabellos eran extraordinariamente negros para un hombre de su edad. No citaba en sus conversaciones las numerosas campañas en que se había distinguido, y la razón que solía dar para su discreción era que se remontaban a unos tiempos

tan remotos de la época victoriana que no tenían más remedio que sacrificar su gloria militar ante el altar de su perenne juventud.

Cecil Brown —para tomar los nombres según el orden casual en que aparecen en la lista de pasajeros— era un diplomático joven de una Embajada inglesa en un país continental: como pequeña mácula, podía señalársele su sello universitario de Oxford, que lo llevaba equivocadamente a refinamientos inhumanos y nada naturales; pero era, en cambio, un conversador interesante y un pensador muy agudo. Su rostro hermoso tenía una expresión triste, fino bigote, voz baja y unas maneras despreocupadas, todo ello suavizado por su sonrisa espontánea y expresiva; sus entusiasmos naturales y juveniles se veían constantemente comprimidos y sepultados bajo un sentimiento burlón adquirido deliberadamente; pasaba por alto todo cuanto era obvio y espontáneo, manifestando en cambio vivo aprecio por lo que al común de los mortales le resultaba cosa trivial y morbosa. Había elegido como escritor para acompañarle en su viaje a Walter Pater, y se pasaba parte del día sentado bajo la toldilla, con su novela y su cuaderno de dibujos colocados junto a él encima de una silla de tijera. Su carácter le impedía dar los primeros pasos para entablar relación con los demás, pero si éstos le hablaban se mostraba con ellos como un compañero cortés y afectuoso.

Los estadounidenses formaban grupo aparte. John Headingly era de Nueva Inglaterra, graduado en Harvard, y como complemento de su educación hacía un viaje alrededor del mundo. Podía señalársele como el tipo mejorado del estadounidense medio y joven: rápido, observador, serio, ávido de adquirir conocimientos y bastante libre de prejuicios, lastrado con sentimientos religiosos profundos, pero libre de sectarismo, que lo mantenían firme en medio de los súbitos hálitos de su juventud. Tenía en menor cantidad que el joven diplomado en Oxford las apariencias y en cantidad mayor realidades culturales, porque sus sentimientos eran más vivos, aunque sus conocimientos fuesen menos exactos. Miss Adams y miss Sadie Adams eran tía y sobrina, respectivamente; la primera, una solterona de Boston, pequeña de estatura, enérgica y de rasgos marcados, con un gran excedente de amor, oculto tras las facciones severas y morenas. Nunca había viajado al extranjero y estaba muy atareada en la obligación que se había impuesto de levantar Oriente hasta los niveles de vida de su Massachusetts. En cuanto desembarcó en Egipto, se dio cuenta de que era preciso llamar al orden a este país, y en cuanto hubo llegado a ese convencimiento, tuvo siempre abundante trabajo. Los burros con llagas producidas por la albarda, los perros vagabundos famélicos, las moscas que formaban círculo alrededor de los ojos de los

pequeñuelos, los niños harapientos, los mendigos importunos, las mujeres harapientas y sucias, todo eso eran otras tantas llamadas a su conciencia, y ella se zambullía valerosamente en sus tareas misionarias. No obstante, como no sabía ni una sola palabra de la lengua de aquellas pobres gentes y como se veía imposibilitada de hacerles comprender lo que quería, su viaje Nilo arriba dejó al Oriente inmemorial más o menos como lo había encontrado, pero en cambio proporcionó muchísima distracción, llena de simpatía, a sus compañeros de viaje. Nadie disfrutó tanto de los esfuerzos de la solterona como su sobrina Sadie, que compartía con miss Belmont las simpatías, y popularidad, de sus compañeros de viaje. Era una mujer joven, acabada de salir del Smith College, y poseía aún muchas de las virtudes y muchos de los defectos de una niña. Se distinguía por su franqueza, por su fe confiada, por su inocente rectitud, por su alegría y, también, por la locuacidad y atrevimiento. Pero hasta sus defectos resultaban divertidos, y a pesar de que había conservado muchas de las características de niña inteligente, era con todo y con ello una mujer alta y hermosa, a la que su cabello ondulado, cubriéndole las orejas, y la rotundidad y amplitud de corpiño y falda, que mister Gibson**[1]** ha iniciado o bien imitado, la hacían aparecer con más años de los que tenía; el revuelo de aquellas faldas, la voz franca y penetrante y la risa agradable y contagiosa eran cosas familiares que no podían menos de despertar la simpatía a bordo del *Korosko*. Hasta el rígido coronel se suavizaba volviéndose cordial, e incluso el joven educado en Oxford olvidaba su afectación cuando tenían de acompañante a miss Sadie Adams.

De los demás pasajeros podemos ocuparnos con mayor brevedad. Unos eran interesantes; otros, indiferentes, pero todos, amables. Monsieur Fardet era un francés simpático, dado a la discusión, con tajantes criterios acerca de las astutas maquinaciones de Gran Bretaña y de la ilegalidad de la posición que ocupaba en Egipto. Mister Belmont era un irlandés de pelo gris acerado, hombre fornido y famoso por su extraordinaria puntería con el rifle, habiendo conquistado casi todos los premios que Wimbledon o Bisley ofrecían en sus concursos. Le acompañaba su esposa, mujer sumamente encantadora y refinada. Mistress Shlesinger era una viuda de edad mediana, tranquila y acogedora que sólo pensaba en su niño de seis años, como era natural en una madre que viajaba con su hijo en un barco que tenía como protección una barandilla abierta. El reverendo John Stuart era un pastor disidente procedente de Birmingham —presbiteriano o congregacionalista—, hombre voluminoso, muy lento y torpón, pero felizmente dotado de un considerable y sencillo humorismo que, según mis informes, hacía que se viese muy solicitado como

predicador, y que resultase un orador convincente en las celebraciones religiosas.

Por último, estaba entre los pasajeros mister James Stephens, procurador de Manchester, socio joven de la firma *Hickson Ward and Stephens,* que viajaba para reponerse de los efectos de una gripe. Era Stephens un hombre que en el transcurso de treinta años había ascendido, desde limpiar las ventanas de los despachos de la firma social, hasta la dirección de la misma. Durante todo ese tiempo había estado completamente inmerso en trabajos áridos y de índole técnica, viviendo tan sólo para no perder a los clientes antiguos y para ganar otros nuevos. El trabajo había llegado a convertirse para mister Stephens en hábito arraigado, y como era solterón, apenas la vida le ofrecía otros aspectos interesantes que lo arrancasen del mismo; por ello, su alma se había ido poco a poco emparedando como se emparedaban los cuerpos de los monjes medievales. Pero un buen día le llegó aquella enfermedad, y la Naturaleza sacó a toda prisa a James Stephens de sus hábitos, y lo lanzó al ancho mundo, lejos del ruidoso Manchester y de sus estanterías llenas de libros encuadernados en piel de becerro. En el primer momento se sintió hondamente dolido. Todo le parecía trivial comparado con sus minúsculas rutinas; pero sus ojos se abrieron gradualmente y comenzó a vislumbrar que lo verdaderamente trivial era su trabajo, comparándolo con el mundo maravilloso, lleno de variedad e inexplicable, que aparecía ante sus ojos. Se dio cuenta de un modo confuso de que aquella interrupción en su trabajo era quizá más importante que éste mismo. Lo dominaron toda clase de simpatías nuevas, y el abogado de mediana edad adquirió un regusto de juventud que él había desperdiciado entre sus libros. Su carácter estaba ya demasiado cuajado para salirse de sus maneras secas y llenas de exactitud, y de su modo de conversar un poco pedante; pero él se dedicó a leer, a pensar y a observar, llenando su Baedeker de subrayados y de notas de la misma manera que en otro tiempo había hecho con los *Comentarios de Prideaux*. Había viajado con el grupo desde El Cairo, y había hecho gran amistad con miss Adams y con su sobrina. La muchacha estadounidense le divertía e interesaba con sus ocurrencias, su audacia y su alegría, mientras que ella, a su vez, experimentaba una mezcla de respeto y de devoción hacia los conocimientos y las limitaciones del abogado. Se hicieron, pues, buenos amigos, y la gente se sonreía viendo inclinarse sobre la misma guía de viaje el rostro pensativo de Stephens y la cara alegre de la joven.

El *Korosko* avanzó río arriba entre bufidos y salpicaduras, golpeando la estela de agua blanca de su popa, y armando un barullo y un estrépito mayor

con sus cinco nudos por hora que un barco de pasajeros por el Atlántico y en un viaje para batir marcas de rapidez. El pequeño grupo de pasajeros se hallaba sentado sobre cubierta a la sombra del grueso toldo, y el *Korosko* disminuía velocidad y se ladeaba hacia una de las orillas para que aquéllos pudieran visitar uno más de sus templos. Sin embargo, las ruinas de esos templos van siendo más modernas a medida que se sube el río arriba desde El Cairo, y los viajeros que se han saciado en Gizeh y en Saqqarah con la contemplación de los edificios más antiguos construidos por la mano del hombre, se impacientan en estos otros templos cuya antigüedad se remonta a poco más de la era cristiana. Ruinas que en cualquier otro país se contemplarían con asombro y veneración, apenas atraen la atención en Egipto. Los turistas observaban con interés languideciente el arte semigriego de los bajorrelieves de Nubia; treparon a lo alto de una colina para ver amanecer sobre el salvaje desierto oriental; se maravillaron ante el gran santuario de Abu Simbel, donde alguna antigua raza excavó el interior de una montaña, como si ésta fuese un queso; y por último, al anochecer del cuarto día de su excursión, llegaron a Wady Halfa, la ciudad fortificada fronteriza. Llegaron con algunas horas de retraso, debido a un pequeño percance ocurrido en el cuarto de máquinas. La mañana siguiente debía destinarse a una excursión hasta la célebre roca de Abusir, desde la cual se divisa un gran panorama de la segunda catarata. A las ocho y media, cuando los pasajeros después de cenar estaban sentados en cubierta, el dragomán Mansur, mitad copto y mitad sirio, se adelantó para anunciar el programa del día siguiente, según costumbre de todas las noches.

—Señoras y caballeros —dijo, lanzándose animoso en su inglés rápido y chapurreado—: No se olviden de levantarse mañana cuando suene el gong, a fin de completar la jornada antes de las doce. Una vez que lleguemos al lugar en que nos estarán esperando los borricos, caminaremos siete kilómetros a través del desierto, pasando por un templo de Amón-Ra que data de la dinastía dieciocho para luego llegar hasta el célebre púlpito de la roca de Abusir. Se supone que se la llamó así porque la roca se parece a un púlpito. Cuando hayan llegado, estarán en el límite de la civilización, y avanzando un poco más entraríamos en el país de los derviches, cosa de la que se darán ustedes cuenta cuando lleguen a lo alto. Una vez alcanzada la cima, distinguirán el límite extremo de la segunda catarata, panorama lleno de salvaje belleza natural de la más espantosa variedad. Es un lugar en el que grabaron sus nombres todos los personajes célebres…, y por eso ustedes también grabarán el suyo —Mansur se quedó esperando la risita que no

podían menos de despertar sus palabras y, cuando se produjo, correspondió con una inclinación—. Desde allí regresarán ustedes a Wady Halfa, donde permanecerán un par de horas para inspeccionar el Cuerpo de Camelleros, presenciando la tarea de almohazar a los animales, y para visitar el bazar antes de regresar a bordo. Les deseo, pues, una noche muy feliz.

Sus blancos dientes brillaron a la luz de la lámpara, y luego fueron desapareciendo sucesivamente escalera abajo sus faldas largas y oscuras, su corto sobretodo inglés y su fez rojo. El apagado rumor de las conversaciones, que se había interrumpido con la llegada de Mansur, estalló de nuevo.

—Mister Stephens —dijo miss Sadie Adams—, cuento con que usted me informará de todo lo referente a Abusir. Lo que me gusta es saber qué estoy contemplando en el momento mismo, y no seis horas después en mi camarote. Todavía no comprendo bien lo de Abu Simbel y las pinturas murales, aunque son cosas que vi ayer.

—Yo no creo que llegue alguna vez a comprenderlo todo —dijo la tía—. Cuando me encuentre sana y salva en la Commonwealth Avenue, y no tenga allí a ningún dragomán que me zarandee, dispondré de tiempo para leer sobre la materia; espero que entonces empezaré a entusiasmarme, y me entrarán ganas de repetir el viaje otra vez.

—Se me ocurrió que querían ustedes datos exactos, y por eso he preparado una recopilación —dijo Stephens, entregando a miss Sadie una hoja de papel.

—La verdad, mister Stephens, que es usted demasiado bondadoso en esforzarse por informarnos de todo —dijo al tiempo que lo examinaba a la luz de la lámpara, y rompió en una risa apagada y cordial, leyendo:

—*Re Abusir*. Bien, ¿y qué es lo que usted entiende por *re*, mister Stephens? En el último papel que usted me entregó, puso de encabezamiento «*re* Ramsés II».

—Es en mí una costumbre adquirida, miss Sadie —dijo Stephens—. Acostumbramos hacer eso en nuestra profesión de abogados cuando redactamos un memo.

—¿Un qué, mister Stephens?

—Un memo; es decir, un memorando. Lo encabezamos con la palabra *re* tal o cual, para que se vea de qué se trata.

—Es breve y eficaz, creo yo —dijo miss Sadie—, pero me parece algo raro cuando lo aplica usted a un panorama o a los difuntos reyes egipcios. «*Re* Cheops», ¿verdad que suena de un modo extraño?

—Pues no; a mí me suena bien —dijo Stephens.

—No sé si es que los ingleses sienten menos el humorismo que los estadounidenses, o si se trata de otra clase de humorismo —dijo la muchacha. Ésta solía hablar de una manera sosegada y abstraída, como si estuviese pensando en voz alta—. Yo me imaginaba antes que tenían menos humorismo, y, sin embargo, si nos ponemos a pensar en el asunto, resulta que Dickens, Thackeray y Barrie, y otros muchos humoristas que admiramos en alto grado, son británicos. Además, en toda mi vida oí reír tan fuerte a la gente como en un teatro de Londres. Detrás de nosotros había un hombre, y cada vez que él largaba la carcajada, mi tía se daba vuelta creyendo que se había abierto alguna puerta, pues notaba una fuerte corriente de aire. Pero, mister Stephens, emplea ciertas expresiones raras.

—¿Qué es lo que usted encuentra de raro en ellas, miss Sadie?

—Verá, cuando usted me envió el boleto del templo y el pequeño mapa, empezaba su carta diciendo: «Adjunto encontrará usted», y luego al final, entrecomillado, ponía usted «2 adj».

—Es una fórmula corriente en los negocios.

—Sí, en los negocios —dijo Sadie con gravedad, y hubo un momento de silencio.

—Yo querría una cosa —exclamó miss Adams, con aquella voz dura y metálica que le servía para disimular su ternura de corazón—. Lo que deseo es tener el medio de comparecer ante los legisladores de este país para poner ante su vista algunos hechos fríos y expresivos. Mister Stephens, yo voy a redactar un programa propio y a organizar un partido que presentará mi candidatura. En mi plataforma figurarán una ley para hacer obligatorio el lavado de los ojos, y otra para abolir esos velos Yashmak, que convierten a las mujeres en un fardo de telas de algodón desde cuyo interior miran un par de ojos.

—Yo no llegué jamás a comprender por qué razón los usaban, hasta que cierto día vi a una de las mujeres que se había alzado el velo. Entonces me lo expliqué —dijo Sadie.

—Me aburren esas mujeres —exclamó, con ira, miss Adams—. Predicarles sus deberes, la decencia y la limpieza es igual que predicar esas cosas a una hilera de almohadones. Válgame Dios, pero si ayer mismo, en Abu Simbel, pasaba yo por delante de una de esas casas, si se puede llamar casa a un pastel de barro como aquel, y vi en la puerta a dos niños que tenían, como todos ellos, la acostumbrada costra de moscas alrededor de los ojos, y grandes agujeros en sus blusitas azules. Bien, pues, yo me apeé del burro, me arremangué la blusa, y les lavé bien la cara con mi pañuelo; después les cosí

los rotos de la ropa, porque en este país, mister Stephens, yo preferiría bajar a tierra sin mi sombrilla blanca a olvidarme en el barco mi caja de agujas. Entre el lavado de cara y los cosidos me entusiasmé y me metí en el cuarto. ¡Qué cuarto, santo Dios! Eché a todos fuera e hice las tareas de limpieza como si hubiese sido una asistenta a sueldo. De este templo de Abu Simbel vi lo mismo que si no hubiese salido de Boston; pero, por vida mía, que de polvo y mugre vi más de lo que una creería que se puede amontonar dentro de una choza del tamaño de una caseta de la playa de Newport. Desde que me levanté y sujeté con alfileres las faldas hasta que salí de allí con la cara del mismo color que esa chimenea, pasó una hora, o quizá hora y media; pero me bastó para dejar la casa tan limpia y fresca como una caja nueva de madera de pino. Llevaba encima un número del *New York Herald*, y les forré los estantes con tiras de papel. Pues bien, mister Stephens, salí fuera para lavarme las manos, y cuando volví a pasar por delante de la casa, me encontré a los muchachos sentados en el escalón de entrada con los ojos llenos de moscas, y todo exactamente igual que antes, salvo que tenían puestos sendos gorritos de papel que se habían hecho con el *New York Herald*. —Hizo una leve pausa y se dirigió a su sobrina—. Pero escucha, Sadie, van a ser las diez, y mañana por la mañana temprano hemos de salir de excursión.

—Este firmamento empurpurado y estas grandes estrellas de plata son demasiado hermosos —dijo Sadie—. Fíjese en el desierto sumido en silencio y en las negras sombras de las colinas. Es magnífico, pero es también terrible; aparte de eso, cuando una piensa que nos encontramos real y verdaderamente, como hace un momento dijo el dragomán, en el límite mismo de la civilización, y que por ese lado en que brilla la Cruz del Sur con tan lindo parpadeo, no existe otra cosa que salvajismo y gente asesina, se tiene la sensación de encontrarse al borde, bellísimo, de un volcán vivo.

—Caramba, Sadie, no hables de ese modo —exclamó su tía con nerviosismo—. Escuchándote entra miedo a cualquiera.

—¿Lo tienes, de verdad, tía? Mira hacia ese desierto inmenso que se extiende lejos y lejos, hasta perderse en la oscuridad. ¿No oyes el triste gemido del viento que lo recorre? Es la cosa más solemne que yo he presenciado en mi vida.

—Mucho me alegro de que por fin hayas encontrado algo que te ponga solemne, querida, porque a veces he pensado… Por vida de…, ¿qué es eso? —se interrumpió asustada.

En alguna parte, entre las sombras de las colinas del otro lado del río, había brotado un gemido agudísimo, jadeante de dolor, que crecía y se fue

hinchando hasta terminar en un largo lamento de fatiga.

—Eso no es más que un chacal, miss Adams —dijo Stephens tratando de quitarle importancia al lamento—. Oí ese mismo grito una noche que salí para contemplar la Esfinge a la luz de la luna.

Pero la estadounidense se había puesto en pie, y la expresión de su rostro delataba que sus nervios habían llegado a encresparse.

—Si una pudiera volver sobre lo hecho, yo no pasaría de Asuán —dijo—. Yo no sé, Sadie, qué es lo que me impulsó a traerte hasta aquí arriba. Tu madre pensará que estoy completamente loca, y si nos ocurriese algo malo, ya no me atrevería jamás a volver a mirarle a la cara. Ya he visto cuanto quería de este río, y sólo pido volver a El Cairo.

—Tía, tú siempre has de ser una mujer miedosa —exclamó irónica la muchacha.

—Yo no sé qué es lo que me ocurre, Sadie. La verdad es que estoy un poco nerviosa, y que el maullido de ese animal al otro lado del río me ha resultado insoportable. Menos mal que siempre es un consuelo el que, según el programa del viaje, mañana iniciemos el viaje de vuelta, después de la visita a esa roca o templo, o lo que sea. Estoy ya harta de rocas y de templos, mister Stephens. No me importaría no ver ningún otro. Vamos, Sadie. ¡Buenas noches!

—Buenas noches. ¡Buenas noches, miss Adams! Las dos mujeres descendieron a sus camarotes.

Mientras, monsieur Fardet charlaba en voz baja con Headingly, el joven graduado en Harvard, inclinándose hacia él con expresión confidencial entre dos bocanadas de humo de su cigarrillo.

—¡Los derviches, mister Headingly! —dijo, expresándose en un inglés correcto, pero separando las sílabas a la manera francesa—. No existen los derviches. No hay tales derviches.

—¡Y yo que creía que los bosques hormigueaban de ellos! —dijo el estadounidense.

Monsieur Fardet dirigió la mirada hasta el sitio en que la roja punta del cigarro del coronel Cochrane brillaba entre la oscuridad, y le cuchicheó:

—Usted es estadounidense, y a usted no le gustan los ingleses. En el continente europeo nos damos perfecta cuenta de que los estadounidenses están en pugna con los ingleses.

—Bueno; yo no diré que no tengamos nuestros más y nuestros menos —contestó Headingly de manera lenta y calculada—. Hay entre nosotros alguna gente, la mayoría descendiente de irlandeses, que sienten una inquina loca

contra Inglaterra; pero la mayoría de nosotros pensamos con simpatía en la nación madre. Claro está que quizá en ocasiones son una raza cargante; pero a fin de cuentas son de nuestra propia raza, y eso no podemos olvidarlo.

—*Eh bien*! —dijo el francés—. En todo caso, puedo decir a usted, sin que se moleste, lo que no podría decir a los demás. Le repito que no existen derviches. Éstos los inventó lord Cromer en el año 1885.

—¡No me diga! —exclamó risueño Headingly.

—Ésa es cosa bien sabida en París, y ha sido expuesta en *La Patrie* y en otros de nuestros periódicos bien informados.

—Pero ¡eso que me dice es colosal! —exclamó irónico Headingly—. ¿De modo, monsieur Fardet, que el asedio de Khartum y la muerte de Gordon y de todos los demás no fue sino una inmensa ficción, según usted?

—No niego que hubiese habido una revuelta, pero fue cosa regional, ¿me comprende?, y que pasó a la historia hace muchísimo tiempo. Desde entonces ha reinado en el Sudán una paz profunda.

—Sin embargo, monsieur Fardet, yo he oído hablar de incursiones, y también he leído relatos de combates motivados por la tentativa de los árabes de invadir Egipto. No hace sino dos días que pasamos por delante de Tosky, donde, según dijo el dragomán, se libró un combate. ¿También eso es una completa paparruchada?

—Usted, amigo mío, no conoce a los ingleses. Usted les ve fumando en sus pipas y con las caras satisfechas, y se dice: «He aquí una gente buena y sencilla, incapaz de hacer daño a nadie». Pero en ese mismo momento ellos están dándole vueltas a su pensamiento, fijándose en todo, y haciendo proyectos. «Egipto es débil», exclaman. «*Allons*!», y allá se lanzan en zambullida, lo mismo que una gaviota sobre un mendrugo. «No tenéis ningún derecho a estar ahí», exclama el resto del mundo. «¡Salid inmediatamente!». Pero para entonces ya Inglaterra empezó a limpiarlo todo, lo mismo que esa buena miss Adams cuando se mete a la fuerza dentro de la casa de un árabe. «¡Salid de ahí!», dicen todos. «Desde luego», contesta Inglaterra. «Saldré; pero esperen un instante hasta que lo haya dejado todo limpio y arregladito», y el mundo espera un año o más, y vuelve a repetir: «¡Salid de ahí!». «Esperad un poquito», contesta Inglaterra. «Hay disturbios en Khartum, y en cuanto haya arreglado las cosas, me retiraré muy a gusto», y el mundo espera hasta que aquello haya terminado. Un buen día vuelve a repetir: «¡Salid de ahí!», e Inglaterra contesta: «¿Cómo es posible que salga si siguen realizándose incursiones y se entablan combates? En cuanto yo me marchase, Egipto se vería invadido y conquistado». El mundo insiste: «No hay tales

incursiones». «¿Cómo que no?», exclama Inglaterra, y antes que se pase una semana puede tener usted la seguridad de que los periódicos vendrán llenos de noticias de alguna nueva incursión de los derviches. No todos estamos ciegos, mister Headingly. Sabemos perfectamente de qué manera se preparan esas cosas. Unos cuantos beduinos, un dinerillo de propina, algunos cartuchos sin bala. ¡Y ya tenemos armada la incursión!

—Bueno, bueno —contestó algo más serio el estadounidense—. Me alegro mucho de conocer los secretos de este asunto que muchas veces me ha intrigado. ¿Y qué gana Inglaterra con todo eso?

—Ser la dueña del país, monsieur.

—Comprendo. Lo que usted quiere decir es que, por ejemplo, existe una tarifa de aduanas favorable a las mercancías inglesas.

—No, monsieur; todas las mercancías pagan la misma tarifa.

—Pero entonces es que Egipto otorga los contratos a ciudadanos británicos.

—Exactamente, señor.

—Por ejemplo, ese ferrocarril en construcción que cruza todo el país, el que va paralelo a la orilla del río, supondrá un contrato muy valioso para los británicos, ¿no es así?

Monsieur Fardet, aunque de mucha imaginación, era un hombre honrado, y contestó:

—Verá, señor: la compañía que tiene el contrato de construcción de ese ferrocarril es francesa.

El estadounidense se quedó desconcertado, y dijo:

—Por lo que se ve, no sacan mucho provecho de todas las molestias que se toman. Sin embargo, con seguridad que algún beneficio indirecto sacarán. Por ejemplo, Egipto mantendrá a su costa y abonará la paga a todos esos señores de guerrera encarnada que hay en El Cairo.

—¿Egipto, señor? No, señor; quien los paga es Inglaterra.

—Bueno; me imagino que los ingleses saben mejor que nadie lo que se hacen, aunque a simple vista parezca que se toman un gran trabajo y que sacan muy poca cosa a cambio. Yo no comprendo por qué ha de poner nadie objeciones a que los ingleses se tomen el trabajo de mantener el orden y de guardar la frontera, lo que les obliga a una guerra constante con los derviches. Creo que nadie niega que la prosperidad del país se ha incrementado enormemente desde que ellos vinieron. Lo demuestra la estadística de la renta. Me aseguran también que la gente pobre no es víctima de la injusticia, como venía ocurriendo.

—Pero ¿qué pintan ahí? —exclamó, irritado, el francés—. Que se marchen a su isla. Es demasiado el hecho de que nos los encontremos por todo el mundo.

—Desde luego; para nosotros los estadounidenses, que vivimos dentro de nuestro propio país, nos resulta extraño el que ustedes, las naciones europeas, anden siempre metiéndose en otros países que no les corresponden. Claro está que para nosotros resulta cosa fácil hablar de ese modo, porque tenemos espacio suficiente y de sobra para todos nuestros habitantes. Pero cuando empecemos a empujarnos unos a otros y rebasemos la frontera, no habrá más remedio que empezar también a anexionarnos algo. En la actualidad, por ejemplo, tenemos aquí, en el Norte de África, a Italia en Abisinia, a Inglaterra en Egipto, Francia en Argel…

—¡Francia! —exclamó monsieur Fardet—. ¡Argel pertenece a Francia! ¿Se ríe usted, señor? Tengo el honor de desearle muy buenas noches.

Se levantó de su asiento y marchó hacia su camarote muy tieso, como si le hubieran ultrajado en lo más profundo de su patriotismo.

2

El estadounidense se quedó algún tiempo sin saber qué hacer, pensando si no haría bien en bajar a su camarote y escribir el diario en que relataba sus impresiones y que llevaba para enviárselo a su hermana, que se había quedado en Norteamérica. Pero en la oscuridad del rincón más apartado de la cubierta parpadeaban todavía los cigarros del coronel Cochrane y de Cecil Brown, y el estudiante anhelaba procurarse toda clase de datos. Se les aproximó, aunque no sabía cómo entrar en materia; pero el coronel se encargó muy pronto de ello, acercando hacia donde él estaba su silla de tijera, y diciéndole:

—Headingly, veamos, creo que aquí se impone un antídoto, porque me doy cuenta de que Fardet le ha estado hablando de política.

—Conozco inmediatamente cuando alguien trata cuestiones de *haute politique* en el encorvamiento confidencial de sus hombros —dijo el elegante diplomático—. ¡Qué sacrilegio hablar de política en una noche como ésta! ¡Qué nocturno en azul y plata podría sugerir esa luna que se alza por encima del desierto! En una de las canciones de Mendelssohn hay un tiempo que lo condensa todo, la sensación de inmensidad, de petición de lo mismo, el gemir del viento por encima de la extensión interminable. Ciertas emociones, las más sutiles, que no pueden expresarse en palabras, pueden, sin embargo, apuntarse mediante acordes y armonías.

—La impresión de esta noche es de una rudeza y salvajismo que superan todo —comentó el estadounidense—. Me da la misma sensación de fuerza implacable que me produce el Atlántico en un día invernal, frío y lóbrego. Quizá se deba esa sensación a que sabemos que nos encontramos en el límite donde termina toda clase de ley y de orden. ¿A qué distancia cree usted que nos encontramos de los primeros derviches, coronel Cochrane?

—Verá usted —contestó el coronel—. Por el lado de los árabes tenemos el campamento egipcio fortificado de Sacras, que dista unos cincuenta kilómetros hacia el Sur. Más allá de ese campamento tenemos setenta kilómetros del país inhóspito antes de llegar al puesto que los derviches tienen

en Akasheh. En cambio, por este otro lado no hay nada que se interponga entre ellos y nosotros.

—Pero Abusir queda en este lado, ¿no es así?

—En efecto, y por esa razón estuvieron prohibidas el año pasado las excursiones a la roca de Abusir. Sin embargo, hoy están las cosas más tranquilas.

—¿Y qué es lo que impediría a los derviches avanzar por este lado?

—Absolutamente nada —dijo Cecil Brown con su indiferencia habitual de voz.

—Nada, como no sean sus propios miedos. Avanzar por aquí sería, desde luego, cosa sencillísima. La dificultad estaría en el regreso. Con sus camellos cansados les costaría trabajo volver a su punto de origen, si la guarnición de Halfa les siguiese la huella con sus animales bien descansados. Ellos saben que nosotros no lo hacemos porque sí, y eso es lo que les ha impedido intentar sus correrías.

—Es poco fiable echar cálculos contando con los miedos de los derviches —comentó Brown—. No perdamos nunca de vista que ellos no actúan impulsados por los mismos móviles que otros pueblos. Muchos de ellos anhelan encontrar la muerte, y todos ellos creen de una manera absoluta y sin reservas en el destino. Los derviches vienen a ser una *reductio ad absurdum* del fanatismo religioso, una demostración palpable a la que conduce sin remedio la más negra barbarie.

—¿Opinan ustedes que estas gentes constituyen una amenaza auténtica para Egipto? —preguntó el estadounidense—. Por lo que he oído decir, las opiniones no están del todo concordes a ese respecto. Por ejemplo, monsieur Fardet no parece creer que el peligro sea muy apremiante.

—Yo no soy ningún hombre rico —contestó el coronel Cochrane tras una breve pausa—; pero estoy dispuesto a apostarme todo cuanto tengo a que si fuesen retirados los oficiales británicos, antes de tres años tendríamos a los derviches en las costas del Mediterráneo. ¿Adónde iría a parar la civilización de Egipto? ¿Qué sería de los centenares de millones que han sido invertidos en este país? ¿Cómo acabarían los monumentos que todas las naciones consideran como las más preciadas reliquias del pasado?

—Vamos, coronel, vamos —exclamó, riéndose, Headingly—. No querrá usted hacerme creer que esos hombres echarían abajo las pirámides.

—Nadie puede prever lo que ellos harían. No hay en el mundo gente más iconoclasta que los mahometanos extremistas. La última vez que invadieron este país incendiaron la biblioteca de Alejandría. Ya estará usted enterado de

que el texto del Corán prohíbe toda clase de representaciones de la figura humana. Una estatua constituye siempre a sus ojos un objeto ofensivo para su religión. ¿Qué se le da a esa gente de los sentimientos de Europa? Cuanto más puedan ofenderlos, mayor placer experimentarán. La Esfinge, los Colosos, las estatuas de Abu Simbel caerían por el suelo hechas pedazos, exactamente igual a como caían en Inglaterra las estatuas de los santos cuando avanzaban los soldados de Cromwell.

—Bien —dijo Headingly, hablando, según acostumbraba, con lentitud y sopesando sus palabras—; yo les concedo que los derviches serían capaces de invadir y dominar a Egipto, y también que ustedes los ingleses son los que se lo impiden; pero lo que yo no acabo de entender es por qué razón se gastan ustedes todos esos millones de dólares y las vidas de tantos hombres suyos. ¿Qué sacan ustedes, que no saquen los franceses o los alemanes, o los de cualquier otro país de los que no corren riesgo alguno y no gastan ni un solo centavo?

—Es una pregunta que también se plantean muchísimos ingleses —comentó Cecil Brown—. Yo opino que ya hemos actuado durante bastante tiempo de guardias de seguridad del mundo. Fuimos los que guardamos los mares contra piratas y esclavistas. Ahora actuamos de guardias de seguridad en tierra contra los derviches, los bandoleros y contra toda clase de peligros que amenazan a la civilización. No hay sacerdote loco, médico brujo ni incendiario, sobre toda la superficie del planeta, que no dé fe de su existencia tendiendo una celada mortal al primer oficial británico que tiene a mano. Acaba uno por cansarse del juego. Si los kurdos hacen de las suyas en el Asia Menor, el mundo entero se pregunta qué hace Gran Bretaña que no los mete en cintura. Si estalla en Egipto un motín militar, o una guerra santa en el Sudán, es siempre Gran Bretaña la que tiene que enderezar el entuerto. Y todo ello con un acompañamiento de tacos contra ella como los que se le dirigen al guardia cuando prende a un maleante que está rodeado de sus compinches. Sólo recibimos coscorrones, sin que nadie nos dé las gracias. ¡Ya está bien! ¡Dejemos por una vez que Europa se encargue de sus propias sucias tareas!

—En ningún modo estoy de acuerdo con usted, Brown —dijo el coronel Cochrane, cruzando sus piernas y adelantando el busto con la decisión de quien mantiene opiniones muy concretas—. Yo opino que el mantener semejante actitud equivale a mirar nuestros deberes nacionales con un criterio de alcance muy corto. Y opino que detrás de los intereses nacionales, de la diplomacia y de todas esas cosas, se esconde una gran fuerza conductora, una Providencia, para darle su verdadero nombre, que extrae siempre de cada

nación lo mejor que ella puede dar de sí, y que lo emplea en beneficio de la totalidad de las naciones. Cuando aquella nación dio todo lo que era capaz de dar, le ha llegado la hora de ir a un hospital para pasar allí algunos siglos, como es el caso de España o de Grecia; es decir, que ha perdido ya su eficacia. Ni los hombres individualmente ni las naciones han sido puestos en este mundo para que hagan simplemente lo que les resulta agradable o provechoso. Hay ocasiones en que se les encomienda la misión de realizar empresas que son desagradables y que ningún beneficio reportan; pero que, si no las acometen, faltan con ello a su obligación.

Headingly cabeceó en sentido aprobatorio.

—Cada pueblo tiene su propia misión. Alemania se distingue en el pensamiento abstracto; Francia, en literatura y arte. Pero entre nosotros y ustedes, porque los pueblos que hablan inglés navegan en la misma nave, por mucho que proteste el *New York Sun*, entre ustedes y nosotros, los hombres mejores tienen un concepto más elevado del sentido moral y de los deberes públicos que el que suele encontrarse en otros pueblos. Ahora bien, esas dos cualidades son las que se necesitan para dirigir a las razas más débiles. No puede usted prestarles ayuda alguna con elucubraciones abstractas o con elegancias artísticas sino únicamente con el sentido moral que mantiene equilibrada la balanza de la Justicia, y se mantiene a sí mismo libre de toda lacra de corrupción. Así es como nosotros gobernamos la India. Entramos en ella obedeciendo a una especie de ley física, por el estilo de la que lleva al aire a convertirse en ráfaga de viento que invade el vacío. Por todo el mundo, contrariando nuestros intereses directos y nuestros propósitos deliberados, nos vemos arrastrados a lo mismo. También a ustedes les ocurrirá algún día. La presión del destino los impulsará a administrar la totalidad de América, desde México hasta el Cabo de Hornos.

Headingly dejó escapar un silbido, y dijo:

—Nuestros patriotas le aplaudirían si le escuchasen, coronel Cochrane. Le elegirían para ocupar un puesto en nuestro Senado y le nombrarían miembro del Comité de Asuntos Exteriores.

—El mundo es pequeño, y cada día se empequeñece más. Constituye orgánicamente un solo cuerpo, y basta con que aparezca la gangrena en un rincón para que se intoxique todo. En él no caben gobiernos deshonestos, negligentes, tiránicos e irresponsables. Mientras existan, constituirán focos de dificultades y de peligros. Sin embargo, hay muchas razas que dan la impresión de ser tan incapaces de progreso que no hay por qué esperar de ellas un buen gobierno. ¿Qué nos queda, entonces, por hacer? La Providencia,

antaño, disponía que esas razas fuesen exterminadas por otros pueblos de sangre más viril; un Atila o un Tamerlán podaban la rama débil. En la actualidad tenemos un medio más generoso, el de la sustitución de gobernantes, o simplemente el poner consejeros de una raza más avanzada. Esto es lo que ocurre en los Khanatos del Asia Central y con los estados protegidos de la India. Pues bien: si es preciso realizar esa labor, y si somos nosotros los que mejores cualidades reunimos para llevarla a cabo, opino que el evitarla constituiría una cobardía y un crimen.

—Pero… ¿quién decide si se trata de un caso que está pidiendo su interferencia? —objetó el estadounidense—. Valiéndose de un pretexto de esa clase, una nación rapaz podría apoderarse de todos los demás países de la Tierra.

—Inexorable e inevitablemente los acontecimientos lo decidirán. Tomemos de ejemplo este problema de Egipto. Nada más lejos del pensamiento de nuestro pueblo en el año 1881 que una intervención en Egipto; y, sin embargo, el año 1882 nos dejó en posesión del país. No hubo un quiero o dejo de querer en la cadena de acontecimientos. Una degollina en las calles de Alejandría, el apuntar los cañones para forzar con ellos la retirada de nuestra flota, que se encontraba allí, téngalo usted presente, en cumplimiento de solemnes obligaciones de un tratado, provocó el bombardeo por parte nuestra. El bombardeo trajo como consecuencia un desembarco para salvar a la ciudad de la destrucción. El desembarco obligó a extender las operaciones, y aquí nos tiene usted, con el país en nuestras manos como una carga. En los momentos de los disturbios suplicamos e imploramos a los franceses, o a cualquier otra potencia, que acudiesen y nos ayudasen a enderezar las cosas; pero todas esas potencias escurrieron el bulto mientras hubo tarea que realizar, y son las mismas que ahora nos lo echan en cara y nos ponen dificultades. Cuando tratamos de salir de esta aventura, se produjo el salvaje movimiento de los derviches, y no tuvimos más remedio que afirmarnos más que nunca. Jamás quisimos esta obligación; pero, puesto que estamos en ella, debemos llevarla hasta el final como país responsable. Hemos traído la justicia y hemos saneado la administración, y hemos protegido a los pobres. Egipto ha progresado más en los últimos doce años que desde la invasión de los musulmanes en el siglo VII. Fuera de un par de centenares de británicos que invierten su dinero en el país, Inglaterra no ha sacado del mismo ni directa ni indirectamente un solo chelín, y no creo que se encuentre en la Historia una tarea llevada a cabo con mayor éxito y con mayor desinterés.

Headingly dio, pensativo, unas chupadas a su cigarrillo.

—Cerca de donde vivimos nosotros, allá en Back Bay, de Boston, hay una casa que estropea todo el paisaje —dijo—. En la escalinata se ven desperdigadas unas sillas viejas, las bardas se caen a pedazos, y el jardín está abandonado y lleno de matojos; sin embargo, no creo que todo eso justifique que los vecinos se metan dentro por la fuerza, y adecenten la casa de acuerdo con sus propias ideas.

—¿Ni siquiera en caso de incendio? —preguntó el coronel.

Headingly rompió a reír y se levantó de su asiento de tijera, diciendo:

—Bueno; eso no está previsto en la Doctrina de Monroe, coronel. Empiezo a darme cuenta de que el Egipto moderno no le cede nada en interés al antiguo, y que Ramsés II no fue el último de los hombres que han vivido en el país.

Los dos ingleses se levantaron y bostezaron. Cecil Brown dijo a manera de comentario:

—Ha sido un curioso capricho de la suerte el que ha enviado a hombres de una isla pequeña del Atlántico a administrar el país de los faraones. También nosotros desapareceremos a nuestra vez, sin dejar el menor rastro entre las razas que sucesivamente han dominado el país, porque no es costumbre anglosajona el dejar constancia de sus hazañas en las rocas. Me atrevo a decir que el registro más duradero de nuestro paso serán los restos del sistema de desagües de El Cairo, a menos que dentro de mil años demuestren que fue obra de los reyes de la dinastía de los Hyksos —un murmullo de voces lo interrumpió—. Pero aquí tenemos ya de vuelta al grupo que ha ido a tierra.

Por debajo de ellos se oían las suaves tonalidades irlandesas de miss Belmont, y la voz de bajo profundo de su marido, el tirador de rifle de los cabellos de color gris acerado. Mister Stuart, el voluminoso clérigo de Birmingham, discutía una cuestión de piastras con un vocinglero alquilador de borricos, y los demás tomaban parte en la discusión con sus pullas y consejos. Por fin el barullo terminó; el grupo de los que estaban en la cubierta descendió por la escalera; se desearon «buenas noches» mutuamente; se cerraron puertas, y el pequeño vapor quedó silencioso, sin luces e inmóvil en la sombra proyectada por la alta ribera de Halfa. A partir de aquel único lugar donde reinaba la civilización y se gozaba de comodidades empezaba el desierto sin límites, bravío, inmutable, moteado con las negras sombras de las colinas.

3

—¡Alto! ¡Marcha atrás! —gritó el piloto indígena al maquinista europeo.

La redonda proa del vapor movido por la rueda de palas de popa se había hundido en el barro blanduzco de color castaño, y la corriente lo había colocado paralelo al alto ribazo de la orilla. Se echó hasta tierra la larga pasarela, y desfilaron por ella seis soldados de la escolta sudanesa, todos de elevada estatura; sus uniformes de zuavos, de un color azul claro con galones amarillos, y sus kepis de un amarillo y rojo chillones, se destacaban con fuerza en la claridad de la mañana. Por encima de ellos, en lo alto del ribazo, se alineaban los borricos, y el aire estaba lleno del griterío de los encargados de conducir los animales, que pregonaban con voces estridentes los méritos del animal que les pertenecía, y rebajaban en términos insultantes a los animales de los demás.

El coronel Cochrane y mister Belmont estaban de pie, juntos, en el lado de proa, cubiertas las cabezas con sombreros anchos y blanqueados. Miss Adams y su sobrina estaban cerca de ellos, apoyadas en la barandilla.

—Lamento, Belmont, que no venga su esposa —dijo el coronel.

—Ayer sufrió un amago de insolación. Le duele mucho la cabeza. —La voz de Belmont era firme y maciza, como su cuerpo.

—Yo me habría quedado acompañándola, mister Belmont —dijo la solterona estadounidense—; pero me he enterado de que a miss Shlesinger le resulta demasiado pesada la excursión en burro, y tiene, además, que escribir hoy algunas cartas, de manera que su esposa no se encontrará sola.

—Es usted muy amable, miss Adams. Además, ya sabe usted que estaremos de regreso para las dos de la tarde.

—¿Está usted seguro?

—Seguro, porque no llevamos almuerzo, y para entonces estaremos con un apetito formidable.

—Bien; por lo menos no nos faltarán ganas de beber un vaso de vino blanco con soda —dijo el coronel—. Este maldito polvo del desierto le da aroma al peor de los vinos.

—¡Listos ya, señoras y caballeros! —gritó Mansur, el dragomán, adelantándose con cierto aire de sacerdote con sus ropas de vuelo y su rostro limpio y bien afeitado—. Es preciso que nos pongamos rápido en camino a fin de poder estar de vuelta antes del fuerte calor del mediodía —paseó la mirada de sus ojos negros con expresión paternal por el pequeño grupo de sus turistas—. Miss Adams, no se olvide de llevar sus gafas verdes, porque en el desierto el resplandor es muy intenso. Mister Stuart, he reservado para usted un borrico estupendo; un borrico de concurso, señor, el que siempre dedico al caballero de mayor peso. No se preocupe hoy de llevar su guía de monumentos. ¡Adelante, pues, señoras y caballeros, cuando gusten!

Los excursionistas avanzaron uno a uno formando un friso grotesco al cruzar la pasarela, y al remontar el ribazo color castaño, que se desmigajaba. En primer término iba mister Stephens, enjuto, delgado, serio, con su sombrero inglés de paja. Bajo su brazo destacaba la mancha roja del Baedeker; y llevaba en una mano una hoja de papel con notas, como quien lleva el guión de los puntos que ha de tocar en su exposición ante el juez. Para subir ribazo arriba agarró de un brazo a miss Sadie y del otro a su tía; la risa de la joven vibró en el aire de la mañana con nitidez y claridad cuando el Baedeker de mister Stephens cayó con las hojas abiertas a sus pies. Les seguían mister Belmont y el coronel Cochrane; las alas de sus sombreros de sol se tocaban mientras ellos discutían las ventajas relativas del Máuser, el Lebel y el Lee-Metford. Detrás de ellos caminaba Cecil Brown, despreocupado, burlón, reservado. El voluminoso clérigo subió lentamente ribazo arriba, haciendo, entre jadeos, graciosos comentarios sobre sus propios defectos:

—Soy uno de esos hombres que se lo llevan todo por delante —dijo, contemplando con expresión lastimera su obesidad y riéndose de su ocurrencia.

Los últimos eran Headingly, alto y ligero, de hombros un poco cargados, al estilo del hombre estudioso, y Fardet, el parisiense simpático, inquieto y discutidor. Este último cuchicheó a su compañero:

—Fíjese en que hoy llevamos escolta.

—Sí, ya lo he observado.

—¡Bah! —exclamó el francés, extendiendo los brazos en un ademán burlón—. Es como si uno la llevara para un viaje de París a Versalles. Todo esto es puro teatro, monsieur Headingly. No engaña a nadie, pero cae dentro de la comedia. *Pourquoi ces drôles de militaires, dragoman, hein*?

Como en el papel del dragomán estaba el cuidar de todos, miró con cautela a su alrededor, para asegurarse de que los ingleses estaban ya montados y fuera del alcance de su voz.

—¡Es cosa ridícula, monsieur! —dijo, encogiendo su gruesa espalda—. Pero ¿qué se le va a hacer? Es orden oficial del Gobierno egipcio.

—¡Del Gobierno egipcio! ¡De los ingleses, de los ingleses, siempre de los ingleses! —exclamó, irritado, el francés.

El friso se hizo aún más grotesco, pero cambió súbitamente tomando aspecto ecuestre de siluetas netamente recortadas sobre el fondo del cielo egipcio, de un intenso azul. Quienes nunca han cabalgado hasta hacer su viaje a Egipto, se ven allí en la necesidad de cabalgar, y cuando los asnos salen al trote y los soldados irregulares del Nilo avanzan al galope, se produce una escena de velos flotantes, manos que se aferran a la silla, figuras encogidas que se bambolean, y caras llenas de ansiedad, como no se ven en ninguna otra parte. Belmont, con su cuerpo encuadrado balanceándose sobre un burrito blanco, saludaba agitando el sombrero a su esposa, que desde el puente principal del *Korosko* contemplaba cómo se alejaban. Cochrane cabalgaba muy erguido y con aplomo militar, las manos bajas, la cabeza alta, y los tacones hasta cerca del suelo, mientras que el joven de Oxford cabalgaba a su lado, mirando a todas partes con ojos entornados, como si encontrase el desierto poco respetable, y tuviese sus dudas acerca del universo. Detrás de ellos avanzaba en línea el resto de la expedición a lo largo de la orilla del río; sus componentes ofrecían las distintas actitudes del salto y descenso, y de la incomodidad del que cabalga en burro; los cuidadores indígenas corrían cada cual detrás del suyo. Volviendo hacia atrás la vista, podían distinguir el pequeño barco de color plomizo, y el pañuelo que miss Belmont blandía sobre la cubierta. Más allá, el río ancho de color marrón, que fluía en amplias curvas hasta donde, a cinco kilómetros aguas abajo, las casas cuadradas, blancas, que se divisaban sobre las colinas negras y escarpadas, marcaban el lugar de las orillas del Wady Halfa, de donde habían iniciado el viaje aquella mañana. Sadie gritó, muy alborozada:

—¿No es esto lo más encantador del mundo? Me ha tocado un asno que parece marchar como sobre ruedas, y la albarda es muy elegante. ¿Han visto ustedes nada tan habilidoso como estos adornos y abalorios que luce esta bestia alrededor del cuello? Mister Stephens, tiene usted que redactar un memo: *re* borrico. ¿No es así como se dice en correcto estilo legal?

Stephens contempló aquella cara linda, animada, juvenil, que le miraba por debajo del coqueto sombrero de paja, y habría querido tener suficiente

valor para decirle, en el estilo de hablar de la muchacha, que lo más encantador del mundo era ella. Pero lo que mayor temor inspiraba a Stephens era el decir algo que ofendiese a Sadie, y cortó aquellos momentos de agradable intimidad. El cumplido que tenía en la punta de la lengua se achicó hasta convertirse en una simple sonrisa.

—Parece que está muy contenta —dijo.

—¿Y quién dejaría de estarlo en medio de una atmósfera seca y transparente, un cielo azul, la arena amarilla y frágil, y un borrico magnífico que le lleva a una a cuestas? Tengo todo cuanto en el mundo se puede pedir para sentirse dichosa.

—¿Todo?

—Bueno; todo aquello de que puedo servirme en este momento.

—Creo que usted no sabe lo que es estar triste.

—Al contrario, cuando lo estoy, es hasta el punto de no encontrar palabras suficientes para expresar mi tristeza. En el Smith College me he pasado días y días llorando; mis compañeras se volvían locas queriendo averiguar por qué lloraba, puesto que yo no se lo decía, y la verdadera razón de mis llantos ni yo misma la sabía. Es un sentimiento que la envuelve a una como una sombra negrísima y grandísima, sin saber por qué ni para qué; pero que obliga a someterse a él, y a entregarse al desconsuelo.

—¿Y nunca tuvo usted una verdadera causa para ello?

—No, mister Stephens. Toda mi vida lo he pasado muy bien, y cuando vuelvo mi vista atrás, no creo descubrir razón alguna que pudiera producirme tristeza.

—Yo deseo de todo corazón, miss Sadie, que pueda usted decir eso mismo cuando haya llegado a la edad que hoy tiene su tía. Me parece que me llama.

—Mister Stephens, hágame el favor de darle con su látigo al muchacho de mi burro si vuelve a pegar a éste —gritaba miss Adams, avanzando al trotecito en un borrico alto y huesudo—. ¡Eh, dragomán, Mansur, diga a este muchacho que no tolero que se maltrate a los animales, y que debería darle vergüenza! ¡Sí, granuja; debería darte vergüenza! ¡Y me mira sonriente, lo mismo que el anuncio de un dentífrico! ¿Cree usted, mister Stephens, que si yo le hiciera un par de medias de punto de lana a ese soldado negro le permitirían usarlas? El pobre hombre lleva las piernas rodeadas de vendas.

El coronel Cochrane se volvió a mirarla, y le dijo:

—Son las vendas de ordenanza, miss Adams. En la India comprobamos que no hay mejor sostén para las piernas durante una marcha. Son mucho más

prácticas que las medias.

—¡No me diga! Me dan la idea de un caballo enfermo. Hace bonito llevar la escolta de soldados, aunque monsieur Fardet me asegura que no hay nada que temer.

El francés se apresuró a decir:

—Ésa es únicamente una opinión, miss Adams. Quizá el coronel Cochrane tenga otra distinta.

—Es una opinión del señor Fardet que está en pugna con la de los oficiales a quienes incumbe la responsabilidad de cuidar de la seguridad de la frontera —contestó, con frialdad, el coronel—. Convengamos, cuando menos, en que dan mucho mayor pintoresquismo al panorama.

A su derecha el desierto se extendía en largas ondulaciones de arena, que parecían dunas que orlaron en tiempos algún olvidado mar de la era primitiva. Por encima de ellas se alzaban, por el lado de Libia, las cimas negras y dentadas de curiosas colinas volcánicas. De cuando en cuando divisaban por un instante sobre la cresta de aquellas ondulaciones la silueta de un soldado de uniforme azul celeste, que avanzaba rápido, llevando a rastras el rifle. Se recortaba un momento la figura alargada, guerrera, contra el fondo del cielo, y se hundía en seguida en la hondonada, desapareciendo, mientras que unos cuantos centenares de metros más allá surgía otra para desaparecer al instante.

—¿Dónde los reclutan? —preguntó Sadie, siguiendo con la mirada las figuras movedizas—. Me dan la impresión de que tienen más o menos el mismo tono de piel que la mayoría de los criados de los hoteles de los Estados Unidos.

—Como se me ocurrió que quizá me preguntasen algo acerca de ese punto, he tomado un par de notas esta mañana en la biblioteca del barco —dijo el señor Stephens, que no era nunca tan dichoso como cuando había podido anticiparse a algún deseo de la linda estadounidense—. Aquí las tengo; veamos, *re* mejor dicho, acerca de los soldados negros. Pertenecen al décimo batallón sudanés del Ejército egipcio. Se les recluta entre los *dinkas* y los *shilluk*, que son dos tribus negroides que viven al sur del país de los derviches, cerca del Ecuador.

—¿Y cómo pueden los reclutas atravesar el país de los derviches? —preguntó con viveza Headingly.

—No creo que sea muy difícil —dijo irónicamente monsieur Fardet, guiñando un ojo al estadounidense.

—Los veteranos son restos que quedan de los batallones negros. Algunos de ellos sirvieron con Gordon en Khartum, y lo pueden acreditar con su

medalla. Muchos de los otros son desertores del ejército de Mahdi —dijo el coronel.

Miss Adams hizo este comentario:

—Con esas guerreras azules tienen un aspecto muy elegante, por lo menos mientras no necesitemos que intervengan. Pero, si hubiese jaleo, quizá nos alegraríamos de que fuesen menos ornamentales y de un color algo más blanco.

—Yo los he visto, miss Adams —dijo el coronel—, en el campo de batalla, y le aseguro que tengo la mayor confianza en su bravura.

—Acepto esa afirmación suya, sin necesidad de ponerla a prueba —contestó miss Adams con una resolución que hizo sonreír a todos los demás.

El camino había seguido hasta allí la orilla del río, que formaba a su izquierda remolinos, con su corriente caudalosa y violenta, a no mucha distancia de las cataratas. Aquí y allá, la corriente se quebraba contra algún peñasco negro y brillante sobre el que saltaban las salpicaduras de espuma. Más arriba aún, se distinguía la blancura brillante de los rápidos, y los ribazos de la orilla se convertían en ásperos acantilados por encima de los cuales se destacaba una roca de forma semicircular característica. No necesitaban los expedicionarios la ayuda del dragomán para comprender, sin que él se lo dijese, que aquél era el célebre mojón fronterizo que constituía el final de su excursión. Se ofrecía ante ellos una larga extensión de terreno llano, y los burros la tomaron al trotecito. Al extremo de aquel llano se veían rocas desperdigadas, manchas negras sobre el anaranjado de las arenas, y de entre las rocas surgían algunos fustes rotos de columnas y una extensión de muro lleno de inscripciones, que por su tonalidad gris y su solidez parecía más bien obra de la Naturaleza que no del hombre. El gordinflón y pegajoso dragomán se había apeado, y permanecía de pie, ataviado con sus faldas y su sobretodo, esperando que los rezagados se juntasen en torno suyo.

—Señoras y caballeros —exclamó con el aire de un subastador que se dispone a vender un objeto al mejor postor—: Este templo es una bella muestra de la dinastía dieciocho. Ahí tienen la cartela de Ahormes III —y al decirlo apuntó con el mango de su látigo en dirección a unos jeroglíficos, toscos pero complicados, que había en el muro por encima suyo—. Vivió mil seiscientos años antes de Cristo, y se construyó este templo para conmemorar su victoriosa expedición a Mesopotamia. Ahí tenemos la narración de su vida desde que vivía al amparo de su madre hasta su regreso con cautivos amarrados a su carro de guerra. Aquí le ven ustedes coronado con el Bajo Egipto, y con el Alto Egipto ofreciendo sacrificios al dios Amón-Ra, en

acción de gracias por su victoria. Aquí traen a su presencia a los cautivos, y él corta a cada uno la mano derecha. En este rincón pueden ver ustedes el montoncito; son todas manos derechas.

—Dios mío, no me habría gustado vivir aquí en aquellos tiempos —dijo miss Adams.

—Poco ha cambiado —dijo Cecil Brown—. Oriente sigue siendo Oriente. No dudo lo más mínimo de que a una distancia inferior a cien kilómetros del lugar en que nos encontramos…

—¡Cállese! —cuchicheó el coronel.

Y el grupo avanzó siguiendo la línea del muro, con las caras levantadas hacia arriba, y los voluminosos sombreros echados hacia atrás. El sol que tenían a sus espaldas ponía en aquel muro gris un resplandor cobrizo, y proyectaba sobre el mismo las extrañas sombras negras de los turistas, mezclándolas con las figuras de los guerreros de severa expresión, voluminosas narices y hombros en escuadra, y con las deidades grotescas y rígidas que se alineaban a lo largo. La ancha sombra del reverendo John Stuart, de Birmingham, borraba las del rey pagano y del dios a quien éste adoraba.

—¿Qué es eso? —preguntó con su voz sibilante, apuntando con su bastón amarillo de Asuán.

—Un hipopótamo —le contestó el dragomán.

Y todos los turistas dejaron escapar breves risas ahogadas, porque en la piedra tallada parecía sospecharse una reproducción del mismo mister Stuart. Éste protestó, diciendo:

—Pero si no abulta más que un cerdito. Fíjese en que el rey lo atraviesa fácilmente con su lanza.

—Lo representan pequeño para dar a entender que era muy poca cosa comparado con el rey —dijo el dragomán—. Fíjense también en que todos los cautivos del rey no pasan en estatura de su rodilla, y esto no quiere decir que el rey fuese muchísimo más alto, sino muchísimo más poderoso. Observen que el rey abulta más que su caballo, porque es un rey, y el caballo es sólo un caballo. De la misma manera que estas mujercitas que ven ustedes aquí, y allí no son sino sus pequeñas e insignificantes esposas.

—¡Qué bonito! —exclamó, indignada, miss Adams—. Si hubiesen esculpido el alma de aquel rey, habría hecho falta una lupa para verla. ¡Dejar que representasen a sus esposas de esa manera!

—Si hiciesen eso mismo en la actualidad, miss Adams —dijo el francés —, la que se armaría en el país sería mucho mayor que todas las guerras de

Mesopotamia. Pero el tiempo trae la venganza. Quizá no tarde en llegar una época en que se represente a la esposa en figura alta y fornida junto a su marido, pequeño e insignificante… ¿No?

Headingly y Cecil Brown se habían quedado atrás, porque los comentarios locuaces del dragomán, y la charla hueca e insustancial de sus compañeros, chocaban con su sentimiento de solemnidad. Permanecían silenciosos contemplando aquel cortejo grotesco de sombreros de sol y velos verdes, que desfilaba envuelto en el vivo claror del sol frente a la vieja muralla gris. Por encima de ellos revoloteaban dos abubillas moñudas, llamándose la una a la otra entre las ruinas del pilón.

—¿No le parece esto un sacrilegio? —preguntó, por fin, el hombre de Oxford.

Headingly le contestó con emoción:

—No sabe usted cuánto me alegra oírle hablar de esa manera, porque me produce siempre esa misma sensación. Yo no veo claro cómo habría que acercarse a todas estas cosas…, si es que no deberíamos mantenernos alejados de ellas; pero sí estoy seguro de que no es como lo hacemos. En conjunto, prefiero las ruinas que no he visto a las que he visitado.

El joven diplomático miró a lo alto con su sonrisa luminosa característica, que se esfumaba demasiado pronto para dejar paso a su máscara lánguida de hombre *blasé*.

—He adquirido un mapa —prosiguió diciendo el estadounidense—, y a veces en lugares apartadísimos y en mitad del desierto sin agua y sin caminos veo marcada la palabra «ruinas», cuando no la de «restos de un templo». Por ejemplo, el templo de Júpiter Amón, que era uno de los más extraordinarios del mundo, se encontraba a centenares de kilómetros de todo lugar habitado. Ésas son las ruinas solitarias no vistas por nadie, inmutables a través de los siglos, que más atraen mi imaginación. Pero cuando yo presento en la puerta de entrada un boleto, y entro lo mismo que a un circo de Barnum, desaparece de las ruinas toda la sutil impresión de cosa novelesca.

—¡Totalmente de acuerdo! —dijo Cecil Brown, recorriendo con mirada intolerante el panorama del desierto—. Si uno pudiera llegar hasta aquí en un vagabundeo solitario, tropezando con las ruinas por una casualidad, como si dijéramos, y se viera a sí mismo en la soledad más absoluta, envuelto en la luz de penumbra del templo y rodeado por todas partes de estas figuras grotescas, la impresión sería completamente abrumadora. El hombre se postraría lleno de asombro y de temor. Pero junto a Belmont, que habla con voz de bulldog,

y Stuart, que lo hace siseando, y miss Sadie Adams, que deja oír continuamente sus risas…

—Y mientras ese mal cómico del dragomán recita su papel —dijo Headingly—, yo querría permanecer inmóvil y meditando; pero no me es posible. Cuando me vi delante de la Gran Pirámide, sin conseguir un instante de quietud porque me aguijonearon para hacerme subir hasta lo alto, habría hecho con todos ellos una degollina. Le disparé un puntapié a un individuo, que si le doy en la parte carnosa, le habría enviado del golpe hasta lo alto de la pirámide. ¡Viajar desde Estados Unidos para ver la pirámide, y no poder hacer en presencia de ella otra cosa que pegar un puntapié a un árabe!

El hombre de Oxford dejó oír su risa elegante y cansada, y dijo:

—Otra vez se ponen en movimiento.

Los dos hombres se apresuraron a ocupar sus sitios en la cola del para ellos absurdo cortejo.

Caminaron por entre grandes piedras caídas en el suelo y montones de pedruscos y cantos sueltos. Un sendero estrecho y serpenteante iba bordeando por entre las rocas. A sus espaldas otros grandes montones por el estilo, negros y fantásticos como las escombreras próximas a una bocamina, les cortaban toda visión. Reinó el silencio entre el pequeño grupo, y hasta el rostro alegre de Sadie reflejó la aspereza de aquellos contornos. Los soldados de la escolta habían formado grupo, y caminaban junto a los excursionistas, y sus botas rechinaban al pisar sobre los negros cascotes. El coronel Cochrane y Belmont seguían cabalgando juntos en la vanguardia.

—Belmont —dijo el coronel en voz baja—: usted podrá pensar que soy un estúpido, pero esto no me agrada ni pizca.

Belmont dejó escapar una breve risa que parecía un refunfuño, y dijo:

—Vistas las cosas desde el salón del *Korosko*, no se les veía peligro alguno; pero una vez aquí se tiene la sensación de pisar en falso. Sin embargo, ya sabe usted que todas las semanas pasa por aquí un grupo de excursionistas sin que les haya ocurrido nada malo.

—A mí no me importa correr peligro cuando salgo en plan de guerra —contestó el coronel—, eso es cosa natural y forma parte del juego. Pero la situación resulta preocupante yendo acompañado de mujeres y de hombres indefensos. Claro está que la probabilidad de que se nos presenten dificultades es de una entre cien, pero si las tuviésemos…; bueno, no quiero ni pensar en ello. Lo fantástico es la absoluta inconsciencia de esa gente que no cree correr ningún peligro.

—Mister Stephens —oyeron que decía miss Sadie a espaldas de ellos—, los vestidos sastres de Inglaterra me agradan mucho para caminar; pero cuando se trata de vestidos de noche, yo creo que los franceses ganan a los ingleses en elegancia. El corte de vuestras modistas es más severo y no tienen la habilidad de las francesas para disponer las cintitas, los lazos y demás adornos.

Sonriente, el coronel miró a Belmont y dijo:

—Ésa, por lo menos, está con una absoluta serenidad de espíritu. Desde luego que yo no expondría a nadie sino a usted lo que pienso, y me atrevo a decir que mis temores resultarán del todo infundados.

—Verá usted —contestó Belmont—: yo puedo imaginarme que salgan a merodear; pero lo que no puedo suponer es que esa gente venga a la roca del púlpito la misma mañana en que venimos nosotros.

—No me parece una coincidencia tan extraordinaria, si se tiene en cuenta que nuestro viaje ha sido ampliamente anunciado, y que todo el mundo sabe con una semana de anticipación cuál va a ser nuestro programa y en qué lugares se nos puede encontrar.

—Es una probabilidad muy remota —dijo Belmont valerosamente; pero en su interior se alegró de que su esposa se encontrase a salvo y con toda comodidad a bordo del vapor.

Habían vuelto a salir de entre las rocas, y delante de ellos se extendía hasta la base misma de la colina una ancha superficie de arena amarilla bien afirmada.

—¡Arre, arre! —gritaron los muchachos, descargando sus garrotas sobre los costados de los asnos.

Éstos arrancaron al galope, y todo el grupo avanzó en procesión por la llanura. El dragomán no dio la voz de alto hasta que hubieron llegado todos ellos al punto de arranque del sendero que serpentea colina arriba.

—Señoras y caballeros, hemos llegado ya a la célebre roca del púlpito de Abusir. Desde lo más alto de ella disfrutaremos en seguida de una extraordinaria panorámica. Pero fíjense antes cómo en el lado roqueño de la misma están grabados por todas partes los nombres de los grandes personajes que pasaron por aquí en sus viajes, siendo algunos de esos nombres anteriores a la venida de Cristo.

—¿Está entre ellos el de Moisés? —preguntó miss Adams.

—¡Qué cosas se te ocurren, querida! —exclamó Sadie.

—No olvides, sobrina, que Moisés estuvo en Egipto, que era un gran personaje y que quizá pasó por aquí.

El dragomán dijo con mucha seriedad:

—Es muy probable que estuviese grabado el nombre de Moisés, y también el de Herodoto; pero seguramente se borraron hace mucho tiempo. En cambio, podrán ver ustedes en aquella roca negra el de Belzoni. Y más arriba, el de Gordon. Apenas habrá en todo Sudán nombre célebre que no lo encuentren si se empeñan en ello. Y ahora, con su permiso, dejaremos descansar a nuestros borricos y subiremos caminando por el sendero para que puedan ver desde la cima el río y el desierto.

Les bastaron un par de minutos de caminata por la cuesta arriba para desembocar en el círculo de la plataforma que coronaba la roca. A sus pies y en el borde más extremo, había un acantilado negro, perpendicular, de unos cien metros de altura, por cuya base se precipitaba rugiente y en remolinos el río salpicado de espuma. En la atmósfera calurosa y estancada vibraba el siseo de las aguas y su apagado rugir al chocar en las rocas del centro del río. Aguas arriba y aguas abajo se distinguía hasta muy lejos el curso del río, de una anchura de un medio kilómetro, que corría con fuerza por un lecho profundo, levantando en su superficie suaves ondulaciones negras y algunas salpicaduras de espuma. Al otro lado del panorama se extendía un amenazante desierto salpicado de rocas negras, que habían sido arrastradas por la corriente del río en la época de su mayor crecida. Por dondequiera que se dirigiese la vista no se descubría rastro alguno de seres humanos ni de viviendas. El dragomán, moviendo el mango de su látigo hacia Oriente, dijo:

—Allá, en último término, se encuentra la línea militar que va desde Wady Halfa a Sarras. Sarras queda hacia el Sur, debajo de aquella colina negra. Esas dos montañas azules que se descubren muy lejos están en Dangola, a más de un centenar de kilómetros de Sarras. El ferrocarril tiene allí cuarenta kilómetros de trayecto y ha sufrido mucho por los ataques de los derviches, a quienes agrada convertir los raíles en lanzas. También aprecian mucho los alambres del telégrafo. Y ahora, si tienen la amabilidad de dar media vuelta, les explicaré también el panorama que se ve por el otro lado.

Era una extensión tan salvaje e implacable de desierto que podría pertenecer a un planeta frío y desprovisto de toda vida. Se extendía hasta esfumarse en la lejanía, en una bruma suave de color violeta. Las arenas del primer término eran de un brillante amarillo que recordaba el oro, iluminadas por el claror del sol. Aquí y allá, formando una línea, y a distancia los unos de los otros, se veían los seis leales soldados negros descansando inmóviles en sus rifles y proyectando cada uno una sombra que daba la impresión de solidez igual a la de sus cuerpos. Pero, más allá de esta llanura de oro, se

extendía una línea de negros montoncitos de piedra de poca altura, separados entre sí por serpenteantes cañadas de arena amarilla. Por encima de esos montoncitos surgían a su vez otros más elevados y de formas más fantásticas, y más allá, otros, que miraban sucesivamente los unos por encima de los otros hasta que se confundían con aquella lejana bruma violeta. Ninguna de las hileras de colinas alcanzaba altura de consideración —a lo sumo, algunas decenas de metros—; pero sus cimas salvajes y dentadas como sierras y sus escarpadas laderas de piedra quemada por el sol les daban un carácter inhóspito que no se parecía a nada visto anteriormente.

El dragomán señaló con un orgulloso vaivén de la mano:

—He aquí el desierto de Libia, el mayor del mundo. Supongamos que queremos atravesarlo en línea recta partiendo desde aquí, sin desviarnos hacia el Norte ni hacia el Sur; pues bien: las primeras casas con que tropezaríamos estarían en Norteamérica. Qué, ¿no siente usted un ataque de nostalgia, miss Adams?

Pero la solterona estadounidense ya no le prestaba atención, porque Sadie la había agarrado del brazo con una mano y le señalaba algo que se distinguía en el desierto. Con una oleada de emoción que encendía su linda cara, la joven exclamó:

—¿Hay algo que pueda compararse a este cuadro tan pintoresco? Mire usted, mister Stephens: allí tiene lo único que faltaba para dar al panorama la máxima grandiosidad. ¡Vea usted aquellos camellos que salen de entre las colinas!

Se volvieron todos a mirar a la hilera larguísima de jinetes de turbante rojo que salían serpenteando del barranco, y aquel espectáculo impuso a todos un silencio tal, que el zumbido de las moscas resonaba estrepitosamente en sus oídos. El coronel Cochrane había encendido una cerilla y se quedó con ella en una mano y el cigarro apagado en la otra, hasta que la llama le lamió los dedos. Belmont dejó escapar un silbido. El dragomán se quedó mirando atónito, con la boca entreabierta y una curiosa tonalidad de pizarra en sus labios gruesos y rojos. Los demás se miraban unos a otros con una sensación inquieta de que algo no iba bien. El coronel fue quien rompió el silencio, diciendo:

—¡Por vida de…! ¡Belmont, creo que ha salido la probabilidad de uno entre cien!

4

—¿Qué significa eso, Mansur? —gritó con aspereza Belmont—. ¿Qué gente es ésa y por qué se queda usted tan sorprendido?

El dragomán hizo un esfuerzo para serenarse, se pasó la lengua por los labios resecos y contestó con voz temblorosa:

—No sé quiénes pueden ser.

—¿Quiénes van a ser? —exclamó el francés—. Véalo por sus propios ojos. Se trata de gente armada y que va montada en camellos. Serán *Ababdeh, Bisharen*; es decir, beduinos, como los que emplea el Gobierno en la frontera.

—¡Quizá esté en lo cierto, Cochrane! —dijo Belmont, dirigiendo una mirada inquisitiva al coronel—. ¿Por qué no han de ser gentes de esa clase? ¿Por qué no ha de tratarse de gente amiga?

—A este lado del río no existe ningún amigo —contestó con brusquedad el coronel—. De eso tenga la plena seguridad. Nada se gana con disimular. Debemos prepararnos para lo peor.

A pesar de sus palabras permanecieron inmóviles, agrupados y mirando hacia la llanura. Aquella visión repentina les había paralizado sus nervios y creían encontrarse ante una pesadilla, un acontecimiento vago, impersonal, irreal. Los hombres montados en camellos habían desembocado poco a poco en una cañada distante cosa de unos dos kilómetros del camino por el que los excursionistas habían pasado. Tenían, pues, completamente cortada la retirada. A juzgar por el polvo y por la largura de la línea, se trataba de un verdadero ejército que desembocaba en las colinas, porque sesenta hombres montados en camellos ocupaban una considerable extensión. En cuanto llegaron a la llanura arenosa formaron deliberadamente en una línea frontal; después, al toque de una aguda corneta, avanzaron al trote sin perder la línea; todas las figuras de abigarrados colores marcaban idénticos balanceos, y a la cola de sus camellos las arenas se levantaban, formando una nube ondulante de color amarillo. En el mismo instante, los seis soldados negros se replegaron arrastrando sus Martinis, y se agazaparon, como escaramuzadores

bien entrenados, detrás de las rocas, en la grupa de la colina. Los cerrojos de sus fusiles chasquearon a un tiempo cuando el cabo les dio la orden de cargar.

De pronto desapareció la sensación de estupor de los excursionistas, sucediéndole un acceso de energía frenética e impotente. Todos ellos echaron a correr por la plataforma de la roca, acometidos de una agitación inútil e insensata, lo mismo que gallinas asustadas en un corral ante la llegada de la zorra. No acababan de comprender que no había escapatoria posible para ellos. Una y otra vez corrieron hacia el borde del gran acantilado que se alzaba desde las aguas del río, pero ni siquiera el más joven y el más audaz de todos ellos habría sido capaz de descolgarse por allí. Las dos mujeres se aferraron una a cada lado del trémulo Mansur, poseídas del sentimiento de que era el responsable de su seguridad. Cuando el dragomán, en un acceso de desesperación, echó a correr de un lado para otro, sus faldas y las de las mujeres ondeaban todas juntas. Stephens, el abogado, permaneció muy cerca de Sadie Adams, murmurando mecánicamente: «¡No se alarme, miss Sadie, no se alarme!», aunque él mismo temblaba, presa de gran agitación. Monsieur Fardet corría de aquí para allá, dejando escapar un borbotón gutural de erres y dirigiendo miradas furiosas a sus compañeros, como si éstos le hubiesen en cierto sentido traicionado; el obeso clérigo permanecía mientras tanto con la sombrilla abierta, sin poder apartar de los camelleros la estólida mirada de sus ojos abultados y asustados. Cecil Brown se retorcía su bigotito elegante y estaba pálido, pero su expresión era desdeñosa. El coronel, Belmont y el joven graduado de Harvard eran los hombres del grupo más serenos y de mayores recursos.

—Lo mejor es que permanezcamos juntos —dijo con flema el coronel—; no tenemos escape. De modo, pues, que nada adelantamos separándonos y poniéndonos nerviosos.

—Se han detenido —dijo Belmont.

—Saben muy bien que no tenemos salida y llevan la cosa con calma. No se me ocurre nada.

—Podríamos esconder a las mujeres —apuntó Headingly—. Es posible que ellos no sepan cuántos somos. Una vez que se apoderen de nosotros, las mujeres podrían salir de su escondite y regresar al barco.

—¡Perfecto! —exclamó el coronel Cochrane—. ¡Admirable! Por aquí, miss Adams, haga el favor. Traiga aquí a las señoras, Mansur. No hay un instante que perder.

Una parte de la meseta era invisible desde la llanura, y allí levantaron un pequeño túmulo de rocas. Había desperdigados por el suelo gran cantidad de

cantos y lajas escamosas, y fue cosa de poco el apoyar el borde superior de las de mayor tamaño contra la roca, tapando luego los dos costados con otras dos lajas. Como éstas eran de color idéntico al de la roca, aquel escondite improvisado no resultaba muy visible. Las dos mujeres quedaron como estrujadas en el interior, agazapadas, y la sobrina rodeando con sus brazos a la tía. Una vez emparedadas las mujeres, volvieron los hombres a contemplar los jinetes que se acercaban.

En aquel mismo instante crepitó con sequedad rotunda un disparo de rifle de la escolta, y tras el primero otros y otros más; pero aquellos disparos aislados fueron ahogados por el chisporroteo de una ráfaga irregular disparada desde la llanura, y el aire se pobló de rápidos silbidos de balas. Todos los turistas se agruparon detrás de las rocas, a excepción del francés, que seguía yendo y viniendo por la plataforma, dando muestras de irritación y golpeando con el puño su sombrero de sol. Belmont y Cochrane se deslizaron gateando hasta el lugar donde los soldados sudaneses hacían fuego, con lentitud, pero con firmeza, apoyando los rifles en las rocas que tenían delante.

Los árabes habían hecho alto a unos cuatrocientos metros de distancia, y, a juzgar por la lentitud de sus movimientos, era evidente que sabían muy bien que no había escapatoria posible para los excursionistas. Habían hecho alto a fin de comprobar su número antes de lanzarse contra ellos. La mayoría disparaban desde los lomos de sus camellos; pero algunos, los menos, se habían apeado y puesto rodilla en tierra, formando pequeñas y brillantes manchas blancas sobre el fondo amarillo de las arenas. Sus disparos brotaban a veces aislados, en forma de latidos violentos y agudos, y otras en ráfagas crepitantes, como repique del palo de un niño que corre a lo largo de los barrotes de una barandilla. La colina estaba llena de zumbidos, lo mismo que una colmena, y las balas estallaban con secos chasquidos contra las rocas.

—No hace usted bien descubriéndose —dijo Belmont al coronel, arrastrándolo hasta colocarse los dos al amparo de un ancho peñasco dentado detrás del cual estaban cobijados tres sudaneses.

—La mejor esperanza que nos queda es la de un balazo —contestó ceñudo Cochrane—. ¡He sido un condenado estúpido en no haber protestado con mayor energía contra esta ridícula expedición, Belmont! Lo que me toque en suerte me lo tendré bien merecido; pero no se lo merecen estas buenas personas que nada sabían del peligro.

—Creo que no hay salida posible para nosotros, ¿verdad?

—Ni la más mínima.

—¿No cree usted que los disparos de fusil podrían llevar la alarma a las tropas que hay en Halfa?

—No hay posibilidad de que los oigan. De aquí hasta donde quedó fondeado el barco habrá sus buenos diez kilómetros, y desde allí hasta Halfa, otros cinco.

—Pero los del barco darán la alarma al ver que no regresamos.

—¿Y dónde estaremos nosotros para entonces?

—¡Pobre Nora, pobrecita Nora mía! —masculló Belmont bajo las profundidades de su bigote entrecano. Y preguntó después de una pausa breve —: ¿Qué cree, Cochrane, que harán con nosotros?

—Igual pueden degollarnos que llevarnos como esclavos a Khartum. No sé lo que es peor. Uno de nosotros, por lo menos, acabó de padecer.

El soldado que tenían a su lado se sentó bruscamente, y luego se dobló sobre sus rodillas hacia adelante. Su movimiento y su actitud eran tan naturales, que costaba trabajo darse cuenta de que una bala le había atravesado la cabeza. No hizo sobresalto alguno ni dejó escapar un gemido. Sus camaradas se inclinaron un momento sobre él; pero en seguida se encogieron de hombros y volvieron sus negros rostros nuevamente hacia los árabes. Belmont echó mano al Martini del muerto y a su cartuchera.

—No le quedaban más que tres cartuchos, Cochrane —dijo, mostrando los tres pequeños cilindros de latón en la palma de la mano—. Les hemos dejado disparar demasiado pronto y con demasiada frecuencia, en lugar de haber esperado a que se lanzasen al asalto.

—Belmont —exclamó el Coronel—, tiene usted fama de ser un estupendo tirador. Lo he oído nombrar entre los grandes capeones. ¿Cree usted que podría meterle un balazo al jefe de esa banda?

—¿Cuál es de ellos?

—Tiene que ser aquel del camello blanco, por lo que he observado, el que está a la derecha de su línea frontal. Me refiero al que nos está mirando ahora, poniéndose las dos manos de pantalla encima de los ojos.

Belmont metió el cartucho en la recámara y alteró el punto de mira del fusil, diciendo:

—Hay una luz malísima para calcular las distancias. En situaciones de esta clase es cuando resulta útil la trayectoria horizontal baja del Lee-Metford. Voy a dispararle a quinientas.

Hizo fuego, pero ni el camello blanco ni el jinete que observaba sufrieron cambio alguno.

—¿Vio usted si la bala levantó arena?

—No he observado nada.

—Creo que apunté demasiado alto.

—Pruebe usted otra vez.

El hombre, el rifle y la roca permanecieron igualmente firmes; pero ni el camello ni su jinete sufrieron daño alguno. El tercer disparo debió de pasarles más cerca, porque se movieron unos pasos hacia la derecha, como si aquel hombre empezase a sentirse inquieto. Belmont tiró el rifle vacío al suelo, dejando escapar una exclamación de asco.

—Es esa maldita luz —dijo con la cara encendida de desagrado—. ¡Pensar que he malgastado tres cartuchos de esta manera…! Si lo hubiese tenido a esa distancia en Bisley, le habría quitado el turbante de un balazo; pero la vibración de este resplandor produce efectos de refracción. ¿Qué le ocurre al francés?

Monsieur Fardet iba y venía por la plataforma haciendo ademanes de quien ha recibido el aguijón de una avispa. «¡Maldita sea! ¡Maldita sea!», gritaba, enseñando su fuerte y blanca dentadura bajo el negro bigote abrillantado de cosmético. Se apretó violentamente la mano derecha, y brotó de las puntas de sus dedos un pequeño chorro de sangre. Una bala le había rozado la muñeca. Headingly salió corriendo del abrigo detrás del cual estaba agazapado, con el propósito de arrastrar al enloquecido francés a lugar seguro; pero no había dado tres pasos cuando recibió un balazo en los riñones y se desplomó con tremendo estrépito entre las piedras. Se levantó tambaleante y volvió a caer en el mismo lugar, dando tropezones como caballo al que le han roto el espinazo. «¡Me han matado!», cuchicheó cuando el coronel corrió en su ayuda, y acto seguido se quedó inmóvil, con sus mejillas exangües, sobre el fondo de las piedras negras. Un año antes, cuando se paseaba bajo los olmos de Harvard, con seguridad que, puesto a predecir su destino último, habría pensado en todo menos en que acabaría de un balazo disparado por un mahometano fanático en las soledades del desierto de Libia.

Entretanto, el fuego de la escolta había cesado porque habían disparado hasta el último cartucho. Había muerto otro soldado, y el cabo había recibido un balazo en el muslo. Sentado sobre un pedrusco, se vendaba la herida con una expresión preocupada en su negro rostro arrugado, que recordaba a una vieja que estuviese pegando los trozos de un plato roto. Los otros tres hombres calaron sus bayonetas con un chasquido seco y metálico, como hombres resueltos a vender caras sus vidas.

—Vienen al asalto —gritó Belmont, mirando hacia la llanura.

—¡Que vengan! —contestó el coronel, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Pero de pronto sacó un puño y lo blandió con furia, gritando con los ojos congestionados de ira—: ¡Los soldados! ¡Los malditos soldados!

El espectáculo de la muerte de sus compañeros había llenado de pavor a los soldados. Mientras duró el tiroteo, estos habían permanecido apelotonados y formando un grupo entre las rocas de la colina. Convencidos, al ver cargar a los derviches, de que eran ellos los que iban a recibir el primer choque, saltaron sobre sus borricos arrojando gritos inarticulados de espanto y se lanzaron al galope huyendo por la llanura. Mientras duraba el tiroteo, se había desviado hacia el flanco un pequeño grupo de unos ocho o diez camellos, que se lanzaron en busca del grupo de los fugitivos, repartiendo a diestro y siniestro tajos y mandobles con encarnizada ferocidad. Un soldado consiguió sacar ventaja durante un rato a sus perseguidores; pero los camellos, corriendo a largas zancadas, lo alcanzaron, y un árabe clavó su lanza en mitad de la espalda encogida del muchacho. Los pequeños cadáveres, vestidos de blanco, daban la impresión de un rebaño de ovejas rezagadas por el desierto.

Mientras, las personas que estaban en lo alto de la roca no tenían tiempo para ponerse a meditar sobre el destino cruel de los jóvenes soldados. Hasta el coronel se olvidó de ellos, después de aquel primer estallido de ira. Algunos hombres habían avanzado al trote hasta la base de la colina, habían echado pie a tierra y, dejando arrodillados a sus camellos, se habían precipitado como un alud hacia adelante. Cincuenta de ellos trepaban unidos por el sendero y por las rocas, y sus rojos turbantes aparecían y desaparecían al saltar por encima de éstas. Sin disparar un tiro ni detenerse un momento, cayeron sobre los desarmados soldados, matando a uno y pataleando a los otros dos. Siguiendo en su avance desembocaron en la plataforma de la cumbre, donde los contuvo un instante una resistencia inesperada.

Apoyándose mutuamente, los excursionistas habían esperado, cada cual a su manera, la llegada de los árabes. El coronel, de nuevo con las manos en los bolsillos del pantalón, trataba de silbar por entre sus resecos labios. Belmont se cruzó de brazos y se recostó en la roca, ceñudo y con la cara inclinada. Es tan extraña la manera de reaccionar de nuestro espíritu, que los tres sucesivos fallos que había tenido y la mancha que aquello suponía para su fama de tirador le turbaban más que la muerte inminente. Cecil Brown permanecía erguido, y se retorcía nerviosamente las guías de su fino bigote. Monsieur Fardet bramaba por la herida de su muñeca. Mister Stephens, dominado por una sombría impotencia, movía lentamente la cabeza a un lado y a otro, viva

encarnación de la ley y del orden prosaicos. Mister Stuart seguía de pie, con su sombrilla en alto, sin expresión alguna en las facciones de su cara maciza ni en sus ojos castaños, que miraban dilatados. Headingly yacía con sus mejillas exangües descansando inmóviles sobre las piedras. Se le había caído el sombrero blanco, y sus rubios cabellos rizados y su rostro de limpios rasgos, sin una sola arruga, le daban un aspecto juvenil. El dragomán permanecía sentado encima de una piedra, jugueteando nervioso con su látigo burrero. Así fue como los encontraron los árabes cuando llegaron a la cima.

Y de pronto, cuando los que iban delante se abalanzaron para ponerles la mano encima, se vieron detenidos por un incidente inesperado. El obeso clérigo de Birmingham se había quedado, desde la primera aparición de los derviches, como un hombre acometido de catalepsia. No se había movido ni había abierto los labios. Pero, de pronto, despertó espoleado por un impulso de energía forzada y valerosa. Quizá fue efecto del temor mismo, o quizá entró de pronto en ebullición dentro de sus venas la sangre de algún guerrero escandinavo de los *berserk*, ascendiente suyo; el hecho es que lanzó un grito salvaje, y, echando mano a una garrota, empezó a repartir garrotazos entre los árabes a diestro y siniestro, con una furia salvaje muy superior a la de ellos. Una de las personas que ha colaborado en la preparación de este relato asegura que, de todos los cuadros que han quedado grabados a fuego en su cerebro, ninguno ha permanecido tan neto y destacado como el de aquel hombre, que con su ancha cara brillante de sudor y su voluminoso corpachón saltando de un lado para otro con incontenible agilidad, descargaba golpes sobre aquellos salvajes, que retrocedían con muecas amenazadoras. De pronto relampagueó una punta de lanza que salió de una roca con acometida rápida, maligna, en un golpe de abajo hacia arriba; el clérigo cayó de bruces, y la horda pasó por encima de él para apoderarse de sus víctimas. Brillaron ante los ojos de éstas las hojas de acero, manos brutales se aferraron a sus muñecas y gargantas, y acto seguido, con violencia bestial e irrazonable, fueron arrastrados y empujados por el serpenteante sendero abajo hasta el sitio en que estaban esperando los camellos. El francés agitaba en el aire su mano sana mientras caminaba, y repetía a gritos: «¡Viva el califa! ¡Viva el mahdi!», hasta que un golpe dado por detrás con la culata de un Remington le obligó a callar.

Al pie de la roca de Abusir reunieron como un pequeño rebaño aquel grupo de hombres modernos de distintos tipos que había caído en la ruda garra del siglo VII, porque, salvo en sus rifles, ninguna diferencia podía descubrirse entre estos guerreros del desierto y aquellos otros que llevaron por

primera vez la bandera de la media luna fuera de Arabia. El Oriente no cambia, y estos derviches que habían emprendido la incursión guerrera no desmerecían en bravura, crueldad ni fanatismo a sus antepasados. Formaban círculo, apoyándose en sus fusiles y en sus lanzas, en torno a sus desgreñados prisioneros, a los que contemplaban con miradas jubilosas. Vestían prendas que se parecían algo a un uniforme, se cubrían el cuello y la cabeza con turbantes rojos, de manera que la ferocidad de sus caras estaba encuadrada en un marco escarlata, calzado amarillo y sin curtir y blancas túnicas con recuadros incrustados de tela marrón. Iban todos ellos armados de rifles, y uno llevaba colgada del hombro una trompeta pequeña y descolorida. La mitad de ellos eran negros, hombres bien plantados, musculosos, con los miembros de un Hércules de azabache; y la otra mitad eran árabes *baggara*, pequeños, morenos, fuertes y flexibles, de ojillos malignos y labios delgados y crueles. El jefe era también un *baggara*, pero algo más alto de estatura que los demás, con una barba negra que le cubría el pecho y dos ojos fríos y acerados que brillaban como cristales bajo sus cejas tupidas y negras. Esos ojos estaban ahora clavados en sus cautivos y los rasgos de su cara tenían la expresión seria de quien medita. A mister Stuart lo habían trasladado en vilo colina abajo sin el sombrero, con la cara encendida todavía de ira y los pantalones pegados a una parte de su pierna. Los dos soldados sudaneses supervivientes, con sus negras caras y guerreras azules manchadas de sangre, permanecían en posición de firmes y en silencio a uno de los lados del desventurado grupo de cautivos.

Durante algunos minutos el jefe permaneció acariciándose la negra barba, mientras sus ojos feroces recorrían las caras pálidas de sus prisioneros. Algo, que dijo con voz áspera e imperiosa, hizo salir al frente a Mansur, el dragomán, que avanzó con la espalda inclinada y sus manos extendidas en actitud suplicante. Sus ondulantes faldas y el corto sobretodo que llevaba encima de ellas habían parecido siempre un motivo cómico a los excursionistas; pero ahora, bajo el resplandor del sol de mediodía, viéndose rodeados de todas aquellas caras, les pareció que ponían una nota de espanto grotesco en la escena. El dragomán hacía zalemas y más zalemas como si fuese un deslavazado muñeco automático; de pronto, al pronunciar el jefe con aspereza un par de frases breves, se dejó caer súbitamente de rodillas, con la cara en el suelo, frotando la arena con su frente y dando palmadas en ella con sus manos.

—¿Qué significa eso, Cochrane? —preguntó Belmont—. ¿Por qué hace todas esas cosas raras?

—Por lo que a mí se me alcanza, creo que aquí hemos acabado todos —contestó el coronel.

—Pero esto es absurdo —exclamó muy excitado el francés—. ¿Por qué razón ha de querer esta gente hacerme daño a mí, que jamás se lo hice a ellos? Todo lo contrario, siempre fui amigo suyo. Si yo pudiera hablarles, se lo haría comprender. ¡Eh, dragomán, Mansur!

Los excitados ademanes de monsieur Fardet atrajeron sobre él la siniestra mirada del jefe *baggara*. Hizo una nueva pregunta a la que contestó Mansur, arrodillado delante de él.

—Dragomán, dígale que yo soy francés. Dígale que soy un amigo del califa. Dígale que mis compatriotas no tuvieron jamás pelea alguna contra él, y que sus enemigos son también los nuestros.

—Pregunta el jefe cómo se llama tu religión —dijo Mansur—. Dice que el califa no quiere amistad alguna con los infieles y con los no creyentes.

—Dile que en Francia creemos que todas las religiones son buenas.

—Sólo —traducía el dragomán las secas palabras del jefe, un perro blasfemo o el hijo de una perra puede afirmar que todas las religiones son igualmente buenas. Dice que si de veras es usted amigo del califa, aceptará el Corán y se convertirá en este mismo momento en un verdadero creyente. Promete que, si usted lo hace, él lo enviará vivo a Khartum.

—¿Y si no me convierto?

—Sufrirá el mismo destino que los demás.

—Entonces hágame el favor de presentarle mis respetos al señor y de decirle que los franceses no tienen por costumbre cambiar de religión a la fuerza.

El jefe pronunció algunas palabras, y acto continuo se volvió para cambiar impresiones con un árabe pequeño y fornido que tenía a su lado. El dragomán dijo:

—El jefe dice que si vuelve usted, monsieur Fardet, a pronunciar una palabra más lo convertirá en picadillo para dar de comer a los perros. No diga usted nada que pueda irritarle, señor, porque en este momento está consultando sobre lo que ha de hacerse con todos nosotros.

—¿Cómo se llama el jefe? —preguntó el coronel.

—Ali Wad Ibrahim, el mismo que el año pasado hizo otra incursión y mató a todos los habitantes de una aldea nubia.

—He oído hablar de él —dijo el coronel—. Tiene fama de ser uno de los más audaces y fanáticos de todos los jefes que obedecen al califa. Gracias a Dios que las mujeres no han caído en sus garras.

Los dos árabes habían conversado con expresión severa e impasible. Después de hablar se volvieron hacia el dragomán, que seguía de rodillas en la arena. Lo sometieron a un interrogatorio, apuntando con el dedo uno por uno a sus prisioneros. Después volvieron a conferenciar entre sí, y, por último, dijeron algo a Mansur, acompañando sus palabras con un desdeñoso vaivén de la mano, con el que le daban a entender que podía comunicarlo a los demás.

—Gracias al cielo, caballeros, creo que de momento estamos salvados —dijo Mansur, limpiando su frente sudorosa de la arena que a ella había quedado pegada—. Ali Wad Ibrahim dice que, a pesar de que uno de los hijos del profeta no debería tener para los impíos otra cosa que el filo de la espada, quizá convenga más al *beit-el-mal* de Omdurman recibir el oro que sus parientes pagarán por ustedes. Hasta que llegue ese oro trabajaréis como esclavos del califa, a menos que éste os condene a muerte. Van a montar ustedes en los camellos de repuesto y cabalgarán con los guerreros.

El jefe estuvo esperando que el dragomán terminase de hablar. A continuación dio una orden breve, que hizo adelantarse a un negro empuñando una espada larga de color mate. El dragomán empezó a dar chillidos lo mismo que un conejo al ver avanzar al hurón, y se tiró nuevamente al suelo poseído de un tremendo frenesí.

—¿Qué ocurre, Cochrane? —preguntó Cecil Brown, porque el coronel había servido en Oriente y era el único de los expedicionarios que conocía superficialmente el árabe.

—Por lo que puedo sacar en limpio, esa bestia dice que no vale la pena dejar con vida al dragomán, porque nadie se molestará en pagar por él un rescate, y es, además, demasiado gordo para que sea útil como esclavo.

—¡Pobre hombre! —exclamó Brown—. Escuche, Cochrane: dígales que no lo maten. No podemos consentir semejante… carnicería delante nuestro. Dígale que entre todos nosotros reuniremos el dinero del rescate. Yo, por mi parte, me hago responsable de cualquier cantidad que no sea exagerada.

—Yo también ayudaré hasta donde me lo permitan mis recursos económicos —exclamó Belmont.

—Firmaremos una obligación conjunta o una fianza —dijo el abogado—. Si yo dispusiera de papel y lápiz, podría redactarla en un momento, y el jefe puede estar seguro de que constituiría un documento absolutamente correcto y válido.

Pero el árabe que sabía el coronel no llegaba a tanto, y Mansur estaba demasiado enloquecido por el miedo para comprender el ofrecimiento que se

le hacía. El negro miraba interrogativamente al jefe, y de pronto su largo brazo negro tomó impulso hacia arriba, y su espada zumbó por encima de su hombro.

Pero el dragomán había chillado unas frases que detuvieron el golpe y que hicieron que el jefe y el teniente acudieran a su lado, mostrando en sus rostros morenos un nuevo interés. También los demás se acercaron, formando espeso círculo en torno al hombre que se arrastraba y suplicaba.

El coronel no entendió de pronto el significado de aquel súbito cambio, ni tampoco los demás habían profundizado en la razón a que obedecía; pero un secreto instinto iluminó súbitamente la visión mental de Stephens, y le hizo gritar con verdadera furia:

—¡Calla tu boca, ruin individuo! ¡Miserable! ¡Silencio! ¡Antes la muerte, antes mil veces la muerte!

Pero era demasiado tarde, y ya era patente para todos el inmoral recurso de que aquel cobarde había echado mano con la esperanza de salvar su vida. Estaba a punto de traicionar a las mujeres. Vieron cómo el jefe, con una expresión desdeñosa propia del hombre valeroso en su rostro sereno, hizo un ademán altanero de acceder, y entonces Mansur habló con frase rápida y llena de ansiedad, apuntando hacia lo alto de la colina. A una orden del *baggara*, se lanzaron a la carrera una docena de los camelleros por el sendero arriba, perdiéndose de vista al llegar a la cima. Se escuchó luego un grito agudísimo, un alarido horrible y potente de sorpresa y de terror, y un instante después reapareció el grupo, arrastrando en medio de ellos a las mujeres. Sadie, joven y ágil, se mantuvo a la par de ellos, mientras bajaban saltando por la ladera, y volvía la cabeza por encima del hombro para dar ánimos a su tía. Ésta forcejeaba entre los hombres vestidos de blanco que bajaban a la carrera, y con sus miembros enjutos y boca abierta producía la impresión de una gallina a la que se saca a viva fuerza del gallinero.

Los negros ojos del jefe miraron con indiferencia a miss Adams; pero se animaron de un fuego secreto al ver a la joven. Acto seguido dio una orden tajante, y los cautivos fueron llevados apresuradamente, formando un rebaño lamentable y abatido hasta el grupo de camellos arrodillados. Ya para entonces habían sido despojados de todo cuanto llevaban en los bolsillos, y el producto del despojo fue echado en uno de los talegos de pienso para los camellos, cuya boca anudó Ali Wad Ibrahim con sus propias manos.

—Cochrane, escuche —cuchicheó Belmont, mirando con ojos ardientes al miserable Mansur—. Tengo un pequeño revólver en el bolsillo de la cadera,

que no han encontrado. ¿No le parece que debo matar a tiros a ese maldito dragomán por haber delatado a las mujeres?

El coronel cabeceó lenta y negativamente, y dijo con expresión sombría:

—Es preferible que lo guarde usted. Quizá les sea útil en otro sentido a las mujeres antes que acabe todo esto.

5

Los camellos, unos de color chocolate y otros blancos, permanecían arrodillados formando una larga fila; sus rumiantes mandíbulas se movían rítmicamente de un lado para otro, y sus cabezas, en elegante equilibrio, se volvían a derecha e izquierda con melindrosa y deliberada afectación. La mayor parte eran hermosos animales, auténticos trotadores árabes, de miembros esbeltos y cuellos finamente curvados, como lo exige la pureza de casta; pero también había entre ellos algunas bestias más lentas y pesadas, de pelambre descuidado y desfigurados por cicatrices ennegrecidas de viejas cauterizaciones. Eran éstos los que iban cargados con el alimento y los pellejos de agua de los merodeadores, pero en cosa de pocos minutos se redistribuyeron las cargas de manera que quedase sitio para los cautivos. Ninguno de éstos iba atado, salvo mister Stuart. Los árabes, sabedores de que era clérigo, y acostumbrados como estaban a asociar la idea de religión con la de violencia, juzgaron que su furioso arrebato había sido cosa natural, y lo consideraban como el más peligroso y agresivo de los prisioneros. Le ataron, pues, las manos con una manea de camello trenzada; pero a los demás, incluso al dragomán y a los dos soldados heridos, se les permitió montar, sin otras precauciones para evitar su fuga que la que ofrecía la lentitud misma de los camellos en que cabalgaban. A continuación, entre los gritos de los hombres y los bramidos de los camellos, se obligó a éstos a levantarse, y el largo e irregular cortejo se puso en movimiento, dando la espalda al río, y de cara hacia la bruma violeta y brillante que cercaba como una colgadura la inmensa extensión del desierto, bello y terrible, moteado, igual que la piel del tigre, por las manchas de las rocas negras y el oro de las arenas.

Ninguno de los cautivos, a excepción del coronel Cochrane, había montado hasta entonces en camello. Cuando miraban hacia abajo les parecía estar a gran distancia del suelo, y el curioso movimiento ondulante de los animales, unido a lo inseguro de la silla, los mareaba y asustaba. Pero sus incomodidades físicas desaparecieron en el torbellino de sus más dolorosos pensamientos íntimos. ¡Qué abismo se había abierto entre su antigua y su

nueva vida! Y, sin embargo, ¡qué breves eran el tiempo y el espacio que mediaban entre esas dos vidas! No hacía aún una hora estaban en la cima de aquella roca, charlando y riéndose, quejándose del calor y de las moscas, irritándose ante las pequeñas incomodidades. Headingly había llevado hasta la disconformidad su crítica de las tonalidades de la Naturaleza. Lo que los prisioneros no olvidarían era la tonalidad de sus mejillas sobre la piedra negra. Sadie había chachareado acerca de los vestidos estilo sastre y de las modas de París. Ahora marchaba medio enloquecida y sujetándose con todas sus fuerzas al pomo de la silla de madera del camello, y la idea del suicidio se alzaba en su cerebro como una estrella de esperanza. El sentimiento de humanidad, la justicia, las razones, todo había desaparecido, quedándole únicamente la brutal humillación de la fuerza. Mientras tanto, más allá de la segunda punta roqueña, seguía esperándoles su barco, con su salón-comedor, sus blancos manteles y vasos de cristal resplandecientes. En su imaginación se representaban con claridad el toldo blanco, miss Shlesinger con su sombrero amarillo para el sol, y mistress Belmont reclinada en su silla de lona. Estaba casi a su vista aquel trocito flotante que era como una astilla desgajada del hogar, y cada paso silencioso y desgarbado de los camellos los iba alejando irremediablemente del mismo. ¡Qué bondadosa se les presentaba aquella misma mañana la Providencia, y qué grata la vida! Quizá un poco vulgar, ¡pero qué dulce y descansada! ¡En cambio, ahora…!

El rojo turbante, las chilabas con remiendos incrustados y el calzado amarillo habían hecho comprender al coronel que no se trataba de una cuadrilla de merodeadores, sino de una fuerza perteneciente al ejército regular del califa. Ahora, al lanzarse a cruzar el desierto, demostraron poseer la ruda disciplina que exigía la misión que tenían que desempeñar. Un kilómetro por delante, y muy lejos en uno y otro flanco, cabalgaban los jinetes de reconocimiento, hundiéndose y reapareciendo entre las amarillas dunas arenosas. Ali Wad Ibrahim marchaba a la cabeza de la caravana, y su segundo, pequeño y fornido, la cerraba. El grupo se extendía en un espacio de unos trescientos metros, marchando en el centro el grupo abatido de los prisioneros. Nadie trató de mantenerlos apartados unos de otros, y pronto se las ingenió mister Stephens para que su camello se colocase entre los dos de las mujeres.

—Miss Adams, no se deje dominar por el abatimiento —le dijo—. Han cometido con nosotros un atropello que no tiene ninguna excusa, pero no cabe duda de que se tomarán medidas para remediarlo por quien corresponda.

Estoy convencido de que sólo tendremos que sufrir molestias pasajeras. De no haber sido por ese miserable de Mansur, nadie las habría descubierto.

Producía dolor contemplar el cambio que había tenido lugar en la menuda dama bostoniana, porque en una hora se había arrugado hasta quedar convertida en una vieja. Sus morenas mejillas se habían hundido, y sus ojos brillaban inexpresivamente desde unos alvéolos profundos y sombreados que, llenos de miedo, se dirigían continuamente hacia Sadie. Debe de existir algún ángel salvador de náufragos que sólo puede cosechar sus mejores tesoros en las horas de desastre. Todas aquellas personas profanas marchaban hacia la muerte, y, de repente, de ellas habían desaparecido la frivolidad y el egoísmo, y cada cual pensaba y se dolía sólo de la suerte de los demás. Sadie en su tía, ésta en Sadie, los hombres en las mujeres, Belmont pensaba en su esposa…, pero pensó en algo más, porque castigó con su tacón el costado de su camello hasta que se situó al lado de miss Adams, y le cuchicheó:

—Quiero entregarle a usted algo. Puede ser que nos encontremos pronto separados, y por eso conviene disponer las cosas desde ahora mismo.

—¡Separados! —gimió miss Adams.

—No levante la voz, porque ese condenado de Mansur podría traicionarnos de nuevo. Espero que no ocurra, pero bien pudiera ser. Debemos estar preparados para lo peor. Por ejemplo, quizá decidan desembarazarse de nosotros los hombres y dejarlas con vida a ustedes.

Miss Adams se estremeció.

—¿Y qué debo hacer? ¡Por amor de Dios, mister Belmont, dígame qué es lo que tengo que hacer! Soy una mujer mayor, que ha vivido ya su vida. Pasaría por todo, si sólo se tratase de mí. Pero se trata de Sadie, y me vuelvo loca de sólo pensarlo. La madre de ella nos espera en casa, y yo…

Entrelazó sus manos enjutas, angustiada mortalmente por sus pensamientos.

—Alargue la mano por debajo de su guardapolvo —dijo Belmont, arrimando su camello hasta tocar el costado del de miss Adams—. No lo suelte. ¡Ahí está! Escóndalo ahora entre sus ropas, y él podrá servirle de llave para abrir cualquier puerta.

Miss Adams comprendió al tacto qué era lo que Belmont le había deslizado en la mano, y se lo quedó mirando un instante con asombro y desconcierto. Acto seguido contrajo los labios y agitó su cara severa y morena con un movimiento de desaprobación. Sin embargo, ocultó en lugar seguro el pequeño revólver, y siguió cabalgando con el cerebro convertido en un torbellino. ¿Era posible que ella fuese Elisa Adams, de Boston, la misma cuya

vida feliz y sin complicaciones había oscilado entre la cómoda casa de la Commonwealth Avenue y la iglesia presbiteriana de Tremont? Se veía ahora, cabalgando sobre un camello, asiendo con la mano un revólver y sopesando mentalmente las razones que podrían justificar un asesinato. ¡Oh engañadora y traicionera vida! ¿Cómo podemos fiarnos de ti jamás? Preséntate a nosotros en tu aspecto peor y seremos capaces de hacerte frente; pero cuando más hemos de temerte es precisamente cuando te nos presentas con tu máxima dulzura y suavidad.

—En el peor de los casos, miss Sadie, lo más que exigirán de nosotros es un rescate —dijo Stephens, razonando contra sus propias convicciones—. Además, nos encontramos aún muy cerca de Egipto, y a gran distancia del país de los derviches. Con seguridad que emprenderán una enérgica persecución contra estos asesinos. Esfuércese por mantenerse animosa y espere, que todo se arreglará bien.

—¡Mister Stephens, si yo no estoy asustada! —dijo Sadie, volviendo hacia él un rostro pálido que desmentía sus palabras—. Todos estamos en las manos de Dios, y con seguridad que Él no se mostrará cruel con nosotros. Es cosa sencilla hablar de que debemos confiar en Dios cuando todo va bien, pero ahora se nos pone realmente a prueba en esa confianza. Si Él lo ve todo desde más allá de ese cielo azul…

—Lo ve todo, querida niña —dijo a espaldas de ellos una voz.

Y se encontraron con que el clérigo de Birmingham se había unido al grupo. Aferrado con sus manos atadas a la silla del camello, su cuerpo gordinflón se balanceaba peligrosamente de un lado a otro a cada zancada del animal. Su pierna herida rezumaba sangre y estaba llena de moscas, y el sol abrasador del desierto le daba de lleno en la cabeza desnuda, porque en la refriega había perdido el sombrero. Una calentura creciente veteaba sus carrillos voluminosos y blancos con estrías de rojo y encendía sus castaños ojos bovinos. A sus compañeros de excursión les había parecido siempre una persona basta y vulgar, pero ahora aparecía purificado, espiritualizado, exaltado. Se había convertido en un hombre tan serenamente fuerte, que con sólo mirarle se sentían los demás fortificados. Habló de la vida y de la muerte, del presente y de las esperanzas del futuro; y la negra nube de la aflicción de aquellos hombres empezó a mostrarse. Cecil Brown se encogió de hombros, porque no podía cambiar en una hora sus convicciones de toda la vida; pero los demás, incluso el francés Fardet, se sintieron conmovidos y fortalecidos, y cuando el clérigo recitó una oración, todos ellos se quitaron los sombreros. El coronel hizo con su pañuelo de seda encarnada un turbante, e insistió en que

mister Stuart se lo pusiese. Con sus ropas sencillas y aquel lujoso adorno en la cabeza daba toda la impresión de haberse disfrazado para divertir a los niños.

A la fatiga dolorosa de sus cuerpos, producida por el movimiento de los camellos, vino a sumárseles el tormento sordo, incesante e insoportable de la sed. El sol se proyectaba sobre ellos con crudeza desde lo alto, y luego desde abajo, reverberando en las arenas amarillas, y la llanura inmensa brillaba y ardía hasta llegar a producirles la sensación de que caminaban sobre una hoja de metal en fusión puesta a enfriar. Tenían los labios secos y apergaminados, y las lenguas como tiras de cuero curtido. Ceceaban de una manera curiosa al hablar, porque únicamente pronunciaban sin esfuerzo las letras vocales. Miss Adams había inclinado la cabeza sobre el pecho, y su gran sombrero le ocultaba la cara.

—Mi tía se desmayará si no se le da pronto agua —dijo Sadie—. ¿Qué se puede hacer, mister Stephens?

Los derviches que cabalgaban más cerca de ellos eran todos *baggaras*, a excepción de un negro, individuo de aspecto horrendo, con toda la cara marcada por la viruela. Sin embargo, comparando la expresión de su cara con la de sus camaradas árabes, parecía hombre de buenos sentimientos, y Stephens se aventuró a tocarle en el codo, señalándole luego su odre de agua y apuntando después hacia la agotada miss Adams. El negro cabeceó negativamente con brusca energía, pero al mismo tiempo dirigió una mirada significativa hacia los árabes, como diciendo que obraría de otro modo si no fuera por ellos. Luego apoyó su dedo índice en el pecho de su chilaba y dijo:

—Tippy Tilly.

—¿Y qué es eso? —preguntó el coronel Cochrane.

—Tippy Tilly —repitió el negro, bajando la voz, como dando a entender que no quería que le oyesen sus compañeros. El coronel movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Mis conocimientos del árabe no llegan a tanto. No lo comprendo.

—Tippy Tilly. Hicks Pashá —insistió el negro.

—Creo que este hombre está lleno de sentimientos amistosos hacia nosotros, pero no acabo de comprenderle —dijo Cochrane a Belmont—. ¿No querrá decir que se llama Tippy Tilly, y que él fue quien mató a Hicks Pashá?

El negro puso al descubierto su gran dentadura blanca al escuchar sus propias palabras repetidas por el coronel, y exclamó:

—¡Aiwa! Tippy Tilly…, Bimbashi Mortimer… ¡Boum!

—¡Por Júpiter, que ya di con ello! —exclamó Belmont—. Está tratando de expresarse en inglés, y su Tippy Tilly es en su chapurreo lo más

aproximado a «Egipty Artillery», es decir, la Artillería egipcia. En otras palabras: que ha servido en la Artillería egipcia bajo el mando de Bimbashi Mortimer. ¡Comprendo! Cayó prisionero cuando Hicks Pashá fue derrotado, y se hizo derviche para salvar el pellejo. ¿Cómo liga todo eso?

El coronel pronunció algunas palabras en árabe, y el otro le contestó; pero se aproximaron dos árabes, y el negro aceleró el paso de su camello, dejándolos atrás.

—Acertó usted por completo —dijo el coronel—. Ese hombre siente simpatía por nosotros, y preferiría ser soldado del jedive a luchar por el califa. No sé si podría ayudarnos en algo, pero en situaciones más desesperadas me he encontrado, y salí de ellas. Tengamos en cuenta que todavía no estamos fuera del alcance de posibles fuerzas perseguidoras, ni lo estaremos hasta pasadas cuarenta y ocho horas.

Belmont hizo un cálculo de la situación con la lentitud y cautela que en él eran características, y dijo:

—Cuando estábamos en la roca serían las doce. Si no nos ven llegar a eso de las dos se alarmarán.

—Sí —le interrumpió el coronel—, porque ésa fue la hora señalada para el almuerzo. Recuerdo que dije que al regresar yo me bebería… ¡Dios santo, mejor es no pensarlo!

—El capitán es un viejo inválido dormilón —prosiguió Belmont—, pero yo tengo confianza absoluta en la decisión y rapidez para la acción de mi esposa. Ella exigirá que se dé inmediatamente la alarma. Supongamos que el barco inicia su regreso a las dos y media. Como navegarán a favor de la corriente, estará en Halfa hacia las tres. ¿Qué tiempo cree que se necesita para que el Cuerpo de Camelleros vengan en busca nuestra?

—Pongamos que una hora.

—Y otra para que crucen el río. Podrán estar en Abusir y descubrir las huellas para eso de las seis. Desde allí la carrera no ofrece dificultades. Llevamos sólo cuatro horas de ventaja, y algunos de estos animales están muy agotados. ¡Todavía podemos ser salvados, Cochrane!

—Por lo menos —dijo para sí el coronel— algunos de nosotros. No confío en que el padre llegue con vida a mañana, ni tampoco miss Adams. Ninguno de los dos está curtido para aguantar esta situación. Pero no nos olvidemos de que esta gentuza tiene la mala costumbre de asesinar a sus prisioneros cuando ven que hay probabilidades de que sean libertados. Escuche, Belmont: si acaso usted sale con vida y yo me quedo por aquí, hay

un asunto referente a una hipoteca que yo quisiera que usted lo arreglase en mi nombre. Y siguieron cabalgando, hombro con hombro.

El amigo negro que se había dado a conocer como Tippy Tilly se las arregló para poner en manos de mister Stephens un pedazo de paño empapado en agua, con el que miss Adams humedeció su boca. Fueron suficientes unas gotas para revigorizarla, y, una vez pasado aquel primer agobio abrumador, volvió a hacer acto de presencia su temperamento yanqui, enérgico y elástico.

—Mister Stephens, no parece que esta gente tenga malos propósitos respecto a nosotros —dijo—. Supongo que ellos tienen una religión operante, una religión propia suya, y, sea ésta la que sea, lo que para nosotros es pecado, también lo será para ellos.

Stephens cabeceó negativamente, pero guardó silencio. Había visto cómo mataron a los muchachos de los burros, y miss Adams no. Ésta siguió diciendo:

—Quizá Dios nos ha enviado para que los guiemos por un sendero mejor. Es posible que hayamos sido elegidos para realizar entre ellos una buena obra.

De no ser por su sobrina, el temperamento enérgico y emprendedor de aquella mujer habría sido capaz de ufanarse ante la posibilidad de evangelizar Khartum, y de convertir Omdurman en una copia en pequeño, con buen alcantarillado y amplias avenidas, de cualquiera de las ciudades de Nueva Inglaterra.

—¿A que no saben ustedes en qué estoy pensando todo el tiempo? —preguntó Sadie—. ¿Se acuerdan del templo que vimos…, cuánto hace de eso? ¡Pero si fue esta misma mañana!

Los tres dejaron escapar una exclamación de sorpresa. Sí, había sido aquella mañana; parecía, sin embargo, tan lejos, tan lejos, tan perdido en el confuso pasado de sus vidas, y eran tan nuevos y absorbentes los pensamientos que entre aquella y la hora presente se habían interpuesto…

Embargados por aquella extraña dilatación del tiempo cabalgaron en silencio, hasta que, por último, Stephens recordó a Sadie que había dejado sin acabar de desarrollar su idea.

—¡Ah, sí! Me estaba acordando de la pintura mural que vimos en aquel templo. ¿Recuerdan ustedes la hilera de cautivos que eran arrastrados hasta los pies del gran rey? ¡Qué grande era su abatimiento en medio de los guerreros que los conducían! ¿Quién iba, sí, quién iba a pensar que nosotros nos encontraríamos en la misma situación tres horas después? y mister Headingly…

Miss Sadie volvió la cara hacia otro lado y empezó a llorar.

—No te apenes, Sadie —le dijo su tía—. Recuerda lo que nos ha dicho el sacerdote de que todos nosotros sin excepción estamos en el hueco de la mano de Dios. ¿Hacia dónde cree usted que nos llevan, mister Stephens?

El canto rojo de su Baedeker sobresalía aún del bolsillo del abogado, porque sus secuestradores no lo juzgaron de valor. Éste miró hacia el libro:

—Si por lo menos me dejan esto, lo consultaré cuando hagamos un alto. Tengo una idea general de la región, porque el otro día tracé un mapa pequeño. El río corre de Sur a Norte, de manera que llevamos rumbo hacia Occidente. Me imagino que se apartarán de la orilla del Nilo por temor a verse perseguidos. Recuerdo que existe una ruta de caravanas que corre paralela al río, pero unos noventa kilómetros hacia el interior. Si continuamos en esta misma dirección un día entero, hemos de dar con ella forzosamente. La ruta pasa siguiendo una línea de pozos. Si no recuerdo mal, desemboca por el lado de Egipto en Assiout, y por el otro lado penetra en el país de los derviches, de modo que quizá…

Una voz aguda, vehemente, le cortó la frase, estallando de pronto como un torrente de palabras que brotaban empujándose unas a otras, palabras sin sentido, que se sucedían sin cesar en airadas afirmaciones y disparatadas repeticiones. Las mejillas de mister Stuart se habían enrojecido, la mirada de sus ojos era inexpresiva, pero brillante, y conforme cabalgaba en su camello, cotorreaba sin ton ni son, hablaba mecánicamente. ¡Bondadosa madre Naturaleza, que no consiente que sus hijos lleguen demasiado lejos en el sufrimiento! «Esto pasa de la raya —dice ella—; la pierna herida, los labios encostrados, el alma llena de ansiedad y de cansancio. ¡Desvaría un rato, hasta que el cuerpo en que habitas vuelva a ser más habitable!», y se lleva con halagos el alma hasta el Nirvana del delirio, mientras que las pequeñas células laboriosas trabajan y se afanan en el interior para disponer las cosas de mejor manera mientras está fuera. Siempre que descubras, lector, el velo de crueldad con que se cubre la Naturaleza, esfuérzate por ver a través del mismo, y quizá logres alguna vez distinguir detrás suyo un rostro muy sencillo y muy cariñoso.

Los guardianes árabes miraron de soslayo aquel súbito estallido del clérigo, porque bordeaba con la locura, y ésta es para ellos una cosa sobrenatural que les inspira temor. Uno de ellos avanzó a la carrera y conversó con el emir. Cuando estuvo de vuelta dijo algo a sus camaradas, y dos de ellos se situaron uno a cada lado del camello del sacerdote para impedir que se cayese. El amigo negro colocó su cabalgadura a la par de la del coronel, y le dijo cuchicheando.

—Belmont, enseguida vamos a hacer una parada —dijo Cochrane, una vez recibió el mensaje.

—¡Gracias a Dios! Quizás nos den un poco de agua. No es posible que sigamos así.

—Le he dicho a Tippy Tilly que si él es capaz de ayudarnos, lo volveremos a convertir en un Bimbashi en cuanto estemos de vuelta en Egipto. Creo que él estaría dispuesto a hacerlo si pudiese. Por Júpiter, Belmont, vuélvase a mirar hacia el río.

Su ruta, que venía cruzando por montículos de piedras de negras aristas dentadas cubiertas a trechos de arena, sitios a los que cualquiera habría creído imposible que trepasen los camellos, desembocaba ahora en una llanura de suelo duro, ondulante, cubierto de espesa capa de cascajo rodado, que bajaba y subía hasta llegar a las colinas color violeta que cerraban el horizonte. Con tal regularidad se sucedían las largas ondulaciones recubiertas de cascajo color castaño, que producían el efecto de olas negras de una monstruosa marejada terrestre. Y allá brotaban entre las piedras pequeños matojos color verde-salvia de hierba camellera. Pero aquellos hombres sólo tenían enfrente la llanura ondulante y las colinas color violeta. ¡Nada más! Quedaban detrás las rocas negras dentadas, con laderas de color naranja, de arena, que acababan de atravesar, y allá lejos, muy lejos, una estrecha línea verde que señalaba el curso del río. ¡Qué frescor y hermosura la de aquel verdor en medio del desierto odioso y falto en absoluto de vida! A un lado podían distinguir la elevada roca, la roca maldita que los había atraído hacia su desgracia. Y al otro, el río, que trazaba una curva, marcada por los centelleos del sol en la superficie de las aguas. ¡Qué lejos volaron los pensamientos de todos ellos ante aquel resplandor líquido, que despertaba con violencia los anhelos de su vida animal, sus brutales ansias primitivas! Habían perdido la familia, el país, la libertad, todo; pero ellos sólo pensaban en el agua, en el agua, en el agua. Mister Stuart, en medio de su delirio, pedía a gritos naranjas, y a sus compañeros les resultaba insoportable oír sus palabras. Únicamente el rudo y fornido irlandés se sobrepuso a aquel apremiante anhelo físico. El resplandor del río caía más o menos hacia Halfa, y quizá su mujer se hallaba sobre aquellas mismas aguas que él estaba contemplando. Se bajó el sombrero hasta cubrirse los ojos y cabalgó en un sombrío silencio, mordisqueando sus bigotes rebeldes de color gris de acero.

El sol, poco a poco, fue descendiendo hacia Occidente, y las sombras de los cautivos empezaron a arrastrarse a lo largo del camino por el que habrían deseado marchar. La temperatura había refrescado, y la brisa del desierto se

había levantado por encima de la llanura ondulante sembrada de piedras. El emir, que iba al frente, había llamado junto a sí a su lugarteniente, y ambos miraban por todas partes, protegiéndose con las palmas de las manos, en busca de alguna señal conocida. De pronto, el camello del jefe dejó escapar un gruñido satisfecho y pareció como que perdía estatura en las rodillas y en las corvas de las patas traseras, y fue achicándose en tres curiosos respingos, como de junturas rotas, hasta que su estómago quedó apoyado en el suelo. A medida que los camellos que venían detrás iban llegando a su altura, hacían lo mismo, hasta que todos estuvieron tumbados formando una larga línea. Los jinetes saltaron a tierra y fueron sirviéndoles el pienso bien cortado sobre telas que les colocaban delante, porque ningún camello que se respete come del suelo. Había algo de femenino y delicado en la suave mirada de sus ojos, en su manera de comer, tranquila y sin apresuramientos, y en sus actitudes condescendientes y melindrosas. Se hubiera dicho que un grupo de solteronas relamidas se había adentrado en el corazón del desierto de Libia.

Nadie se metió con los prisioneros, ni con las mujeres ni con los hombres, porque ¿cómo iban a escaparse en el centro de aquella inmensa llanura? En una sola ocasión se acercó a ellos el emir, y permaneció peinándose su barba de un color azul renegrido, mientras los examinaba pensativo con ojos negros y siniestros. Miss Adams observó estremecida que la mirada del emir siempre terminaba en Sadie. Viendo su angustioso estado, dio una palmada y acudió un negro con un pellejo de agua, del que sirvió a cada uno cosa de medio cubilete. Estaba caliente y era cenagosa, pero ¡qué delicia fue para sus paladares abrasados! El emir dijo al dragomán algunas palabras en tono brusco y se alejó.

—Señoras y caballeros… —comenzó a decir Mansur con algo de su antigua solemnidad.

Pero la fulminante mirada del coronel le cortó las palabras en la punta de la lengua, y entonces empezó a excusarse con un largo y titubeante discurso por lo que había hecho.

—¿Qué otra cosa podía yo hacer con el cuchillo en la garganta? —terminó lloriqueando.

—Lo que sentirás alrededor de tu cuello será un dogal, si volvemos a encontrarnos —gruñó salvajemente Cochrane—. Mientras tanto…

—Tiene razón, coronel —le interrumpió Belmont—; pero por nuestra propia conveniencia debemos enterarnos de lo que ha dicho el jefe.

—Yo al menos nada quiero saber con este maldito granuja.

—Creo que eso es ir demasiado lejos. Vamos a oír lo que tiene que decirnos.

Cochrane se encogió de hombros. Las privaciones le habían vuelto irritable y tuvo que morderse el labio para abstenerse de contestar con rudeza. Se alejó caminando lentamente, con paso militar.

—¿Qué fue, pues, lo que dijo? —preguntó Belmont, dirigiendo al dragomán una mirada tan severa como la del coronel.

—Parece algo mejor dispuesto que antes. Dijo que les habría dado mayor cantidad de agua si él mismo no anduviese escaso de ella. Dice que mañana alcanzaremos los pozos de Selimah, y que todos podrán beber cuanta agua quieran, incluso los camellos.

—¿No dijo cuánto tiempo nos detendremos aquí? —Dijo que descansaríamos un momento y luego volveríamos a seguir nuestro camino. ¡Oh, mister Belmont…!

—¡Cállese la boca! —replicó secamente el irlandés, y empezó a calcular de nuevo tiempos y distancias.

Si todo había sucedido según él esperaba, y si su mujer había insistido en que el indolente capitán marchase inmediatamente a dar la alarma a Halfa, ya los perseguidores estarían sobre las huellas. El Cuerpo de Camelleros de la caballería egipcia avanzaría mejor y con mayor rapidez a la luz de la luna que en pleno día. Sabía que en Halfa tenían por costumbre mantener en todo momento un escuadrón listo para lanzarse al campo en cualquier momento. Había comido en la mesa de los oficiales, y éstos le habían informado de la rapidez con que podían entrar en acción. Le habían enseñado los tanques de agua y los víveres que había preparados junto a cada una de las bestias, y él se había quedado admirado ante lo perfecto de las disposiciones, estando lejos de pensar en aquel momento lo que aquello podía significar un día para él. Transcurriría seguramente una hora para cuando volviesen a ponerse en camino desde el lugar en que estaban descansando. Con ello ganarían una hora. Quizá a la mañana siguiente…

Súbitamente sus pensamientos sufrieron una terrible interrupción. El coronel, desvariando como un loco furioso, surgió en lo alto de la ondulación más próxima a ellos, llevando a cada lado un árabe que lo sujetaba por una muñeca. Su rostro estaba amoratado de furor y excitación, dando tirones, para librarse de aquellas garras.

—¡Malditos asesinos! —bramó mientras se inclinaba y retorcía, y al ver a los demás compañeros de cautiverio, gritó—: ¡Belmont, han matado a Cecil Brown!

Lo que había ocurrido era lo siguiente: en su lucha contra su propia irritación, Cochrane se había alejado paseando hasta la próxima ondulación del terreno, descubriendo desde allí en la hondonada siguiente un grupo de camellos, y junto a éstos, a un grupo vociferante de hombres enfurecidos. En el centro del grupo estaba Brown, pálido, ojeroso, con su bigotito erguido y sus maneras desdeñosas. Le habían registrado los bolsillos, como a todos; pero ahora parecían resueltos a arrancarle todas las ropas con la esperanza de encontrar algo que suponían había ocultado. Un negro repugnante que llevaba en las orejas aros de plata se reía y mofaba en la misma cara impasible del joven diplomático. Al coronel le pareció que había algo de heroico y de casi inhumano en aquella blanca serenidad y en aquella mirada abstraída. Le habían desabrochado ya la chaqueta, y la negra mano del moreno se alzó hasta el cuello de Brown y le desgarró la camisa hasta la cintura. Al ruido del desgarrón y al contacto odioso de los dedos ásperos, aquel hombre distinguido, producto refinado del siglo XIX, se desprendió de todas las tradiciones de su vida y quedó convertido en un salvaje frente a otro salvaje. Enrojeció su cara, encrespó los labios y castañeó los dientes igual que los de un mono, y sus ojos enfurecidos parecían salírsele de las órbitas, aquellos ojos indolentes que con tal placidez brillaban siempre. Se arrojó contra el moreno y lo golpeó una y otra vez, con poca fuerza, pero con maligna intención en su ancha cara negra. El agredido se echó un instante hacia atrás, asustado ante aquel súbito arrebato de furor. Pero luego, lanzando un grito impaciente y amenazador, sacó del interior de su amplia manga un cuchillo y le propinó una cuchillada de abajo arriba por debajo del brazo acometedor. Brown cayó sentado al recibir el golpe y empezó a toser, como hombre que se atraganta comiendo y tose con furia, incesantemente, con sucesivos espasmos. Luego las rojas mejillas adquirieron una palidez abigarrada, se oyeron en su garganta estertores líquidos y, llevándose la mano a la boca, cayó al suelo de costado. El negro, después de lanzar un brutal gruñido de desprecio, volvió a esconder el cuchillo dentro de la manga, mientras el coronel, loco de rabia impotente, era sujetado por los que estaban cerca y arrastrado hasta donde estaba el desamparado resto de la expedición. Le ataron las manos y cayó por fin al suelo, sumido en enconado silencio, junto al delirante clérigo.

Así que, después de Headingly, era ahora Cecil Brown el que se había ido. Los ojos anhelantes de cada uno miraban una tras otra las pálidas caras, preguntándose a quién le tocaría a continuación desaparecer. De los que aquella mañana se habían destacado como un friso de alegres jinetes sobre el fondo del cielo azul del alba, vistos desde las sillas de la cubierta del *Korosko*,

dos de los diez habían muerto y otro más se había vuelto loco. La excursión que había empezado como un placer estaba llegando a su punto crítico.

Fardet, el francés, estaba sentado, solitario, con la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas, mirando con desconsuelo hacia el desierto. Belmont vio que el francés experimentaba un súbito sobresalto y que erguía la cabeza como perro que oye pasos extraños. Luego, engarabitando los dedos, adelantó la cara y miró fijamente hacia las negras colinas orientales desde las que habían venido. Belmont siguió la dirección con su mirada, y, sí, en efecto, ¡algo se movía allí! Vieron el centelleo que producían unos metales y el súbito resplandor y ondulación de ropas blancas. Uno de los exploradores derviches colocados en el flanco hizo girar dos veces su camello en señal de peligro y descargó una vez su rifle al aire. Apenas se había apagado el eco del disparo cuando ya todos estaban en sus sillas, lo mismo árabes que negros. Otro instante más, y ya los camellos estaban en pie y avanzando lentamente hacia el punto desde el que se había dado la alarma. Varios hombres armados rodearon a los prisioneros, y para darles a entender que debían estar quietos, metieron los cartuchos en las recámaras de sus Remingtons.

—¡Por vida de…, que son hombres montados en camellos! —gritó Cochrane, y olvidó todos sus pesares al esforzar la mirada para ver quiénes podían ser los recién llegados—. Creo que son de los nuestros.

Y en medio de aquella confusión se soltó las manos de la cuerda que las sujetaba.

—No creí que actuasen con tal rapidez —dijo Belmont, y sus ojos relampaguearon bajo sus tupidas cejas—. Se han presentado un par de horas antes de lo que razonablemente era dable esperar. ¡Hurra monsieur Fardet! *Ça va bien, n'est ce pas?*

—¡Estupendo! ¡Hurra, hurra! ¡Vivan los ingleses! ¡Vivan los ingleses! —vociferaba a voz en cuello el excitado francés en el momento en que la cabeza de una columna de camellos empezó a surgir serpenteando de entre las rocas.

—Belmont —exclamó el coronel—. Escuche. Estos individuos nos matarán a balazos cuando vean que todo se acabó. Yo sé cómo las gastan y debemos estar preparados para ese momento. ¿Estará usted listo para abalanzarse sobre ese individuo tuerto? Yo me encargaré de ese negro grandullón, si es que logro rodearlo con mis brazos. Stephens, usted debe también hacer lo que pueda. ¿Me comprende, Fardet? Hay que atacar a esos lechuguinos antes que ellos puedan herirnos. Tú, dragomán, diles a estos dos soldados sudaneses que estén listos…; pero, pero… —sus palabras murieron

en un murmullo y tragó saliva por dos veces, hasta que dijo, con voz que parecía pertenecer a otra persona—: Pero ¡si son árabes!

Fue el momento más amargo de todo aquel amargo día. El infeliz mister Stuart, sentado en el lecho de guijarros y con la espalda apoyada en las costillas del camello, gorgoriteaba de risa muy satisfecho, porque seguramente aquellas minúsculas y activas células trabajadoras le habían sugerido alguna broma en medio de sus pensamientos. Su cara regordeta se arrugaba y se retorcía de gusto. Pero ¡qué tristes y desconsolados se sentían todos los demás! Las mujeres lloraban. Los hombres volvieron la cara hacia otro lado con un mutismo que era superior a las lágrimas. Monsieur Fardet se tapó la cara y fue sacudido por áridos sollozos.

Los árabes disparaban al aire sus fusiles dando la bienvenida a sus amigos, y estos devolvían el saludo agitando en el aire sus lanzas y sus rifles, sin detener el trote de sus camellos. Formaban una partida menos numerosa que la anterior, pues no pasaban de treinta, pero vestían los mismos turbantes rojos y chilabas con incrustaciones. Uno de ellos era portador de una bandera blanca que tenía un texto garrapateado en rojo. Pero algo había en el grupo que atraía sobre sí las miradas y los pensamientos de todos los turistas, apartándolos de todo lo demás. Miraban una figura blanca que oscilaba, apenas visible, entre las filas de los guerreros del desierto. Fue Stephens el que gritó al fin:

—¿Qué es aquello que viene entre ellos? ¡Fíjese, miss Adams! ¡No cabe duda de que es una mujer!

Algo venía encima de un camello, pero resultaba muy difícil verlo del todo. Y de pronto, al establecer contacto los dos grupos de árabes, los jinetes abrieron sus líneas y lo vieron con toda claridad.

—¡Una mujer blanca!

—¡El barco! ¡Han asaltado el barco!

Belmont lanzó un grito que resonó por encima de todo:

—¡Nora, amor mío! ¡Mantente animosa! ¡Aquí estoy yo y no te pasará nada!

6

Se habían apoderado, pues, del *Korosko*, y las probabilidades de salvación con que calculaban —todos aquellos complicados cálculos de horas y distancias— resultaban tan inútiles como el espejismo que brillaba sobre el horizonte. Nadie daría la alarma en Halfa hasta que, llegada la noche, viesen que no regresaba el vapor. En cuanto avanzasen un centenar de kilómetros más ya estarían dentro del territorio de los derviches. Era, pues, cada vez más remota la perspectiva de que las fuerzas egipcias pudiesen darles alcance. Todos quedaron sumidos en una desesperanza muda y ceñuda, a excepción de Belmont, al que los guardianes tuvieron que sujetar a fin de que no acudiese en ayuda de su esposa.

Los dos grupos se habían fusionado en uno solo. Los árabes cambiaban entre sí saludos y relatos de lo que les había ocurrido, con toda la solemnidad y seriedad que es en ellos característica, mientras que los negros reían, charlaban y gritaban con tan despreocupado buen humor que ni tan siquiera el Corán ha podido alterar. El jefe de los recién llegados era un hombre de barba gris, de cara enjuta, ascética, nariz gruesa, rudo y tajante en sus maneras y de porte guerrero. El dragomán dejó escapar un gemido al verlo e hizo chocar con aflicción las palmas de sus manos, como quien ve acumularse dificultades en el horizonte.

—Es el emir Abderramán —dijo—. Ahora sí que me temo que no vamos a llegar vivos a Khartum.

Aquel nombre no significaba nada para los cautivos, excepto para el coronel Cochrane que había oído hablar de él como de un monstruo de crueldad y de fanatismo, de un musulmán sanguinario, de la vieja escuela que peleaba y predicaba, llevando de una manera inflexible las rudas enseñanzas del Corán hasta sus últimas consecuencias. Hablaron Abderramán y Wad Ibrahim con mucha gravedad, con el camello del uno al costado del camello del otro y los rojos turbantes inclinados el uno hacia el otro, juntándose la barba negra de uno con la barba blanca del otro. Luego se volvieron ambos para mirar largo rato y fijamente al grupo de pobres y abatidos cautivos que

se apretujaban unos contra otros. El jefe más joven señalaba y explicaba, y el de más edad escuchaba con expresión severa e impasible.

—¿Quién es ese anciano de barba blanca y de aspecto tan distinguido? —preguntó miss Adams, que había sido la primera en reponerse de la amarga desilusión.

—Desde ahora en adelante es el jefe de ellos —contestó Cochrane.

—¿Eso quiere decir que le manda también a ese otro?

—Sí señora —intervino el dragomán—. Desde este momento es el jefe de todos.

—Con eso salimos ganando. Me hace recordar al viejo Mathews, que estaba en la iglesia presbiteriana cuando Scott era el pastor. De cualquiera de las maneras, yo prefiero estar en poder suyo antes que en el de ese otro de la barba negra y de la mirada de pedernal. Sadie, corazón, ¿te sientes mejor ahora que está refrescando?

—No se preocupe por mí, tía. Y usted, ¿qué tal está?

—Pues verás: mi fe se ha fortalecido. Empecé por darte un mal ejemplo, porque perdí la cabeza al ver la rapidez con que ocurrió todo, y preguntándome qué diría de mí tu madre que te confió a mi custodia. ¡Por vida mía, que el *Boston Herald* dará noticia en grandes titulares! Creo que alguien tendrá que pagar las consecuencias.

—¡Pobre mister Stuart! —exclamó Sadie al llegar de nuevo a sus oídos el monótono runruneo de la voz del delirante—. Acérquese, tía, para ver si puede hacer algo que le produzca alivio.

—Lo que me preocupa es lo que habrá podido ocurrirle a la señora Shlesinger y a su hija —exclamó Cochrane—. Veo a su esposa, Belmont; pero no veo a nadie más.

—La traen hacia aquí, gracias a Dios —exclamó el irlandés—. Ella nos lo contará.

Corrió a estrechar y besar la mano que su esposa le alargó cuando fue a ayudarla a apearse del camello.

—¿No te han maltratado, Nora?

La cara bondadosa y serena de la irlandesa, con sus ojos grises cariñosos, trajo alivio y esperanza a todos los del grupo. Era una piadosa católica romana, y el credo de esta religión sirve de magnífico puntal en las horas de peligro. La religión, en sus diversas formas, cumplía el mismo benéfico oficio para ella, para el coronel anglicano, para el ministro disidente, para las yanquis presbiterianas e incluso para los fusileros negros, que eran paganos. A todos les decía entre cuchicheos que el daño mayor que nos puede hacer el

mundo es una cosa pequeña, y que, por ásperos que nos parezcan los caminos de la Providencia, lo más inteligente y lo mejor que podemos hacer, bien mirado todo, es dejarnos llevar gozosamente hacia donde su mano poderosa nos guía. Entre todos aquellos compañeros de desgracia no existía un dogma común, pero estaban poseídos del espíritu íntimo y profundísimo, de la serena y esencial resignación que es el fondo, tan viejo como el mundo, común a todas las religiones.

—¡Pobre! —exclamó la recién llegada—. Veo que lo han pasado ustedes mucho peor que yo. Te aseguro, querido John, que estoy perfectamente y que ni siquiera he pasado sed, porque el grupo nuestro llenó sus pellejos en el Nilo y me dieron a beber cuanto quise. Pero no veo por aquí ni a mister Headingly ni a mister Brown. Y el pobre mister Stuart, ¡en qué estado lo encuentro!

—Para Headingly y Brown acabaron ya los problemas —le contestó su marido—. No sabes, Nora, la de veces que he dado gracias a Dios de que no estuvieras con nosotros. Y, a fin de cuentas, aquí estás.

—¿Y dónde me corresponde estar sino junto a mi esposo? Prefiero con mucho, con mucho, estar aquí que sana y salva en Halfa.

—¿Habrán recibido allí la noticia? —preguntó el coronel—. Una de las lanchas logró huir. En ella iba la señora Shlesinger, su hijo y la niñera. Cuando los árabes iniciaron su asalto al barco estaba yo en mi camarote. Las personas que se encontraban sobre cubierta pudieron huir, porque la lancha estaba al costado del barco. Ignoro si alguna de ellas resultó herida, porque los árabes dispararon sobre ellas.

—¿Que dispararon, dices? —preguntó jubiloso Belmont, porque su viveza de irlandés captaba instantáneamente el fulgor del sol—. Pues, entonces, por Júpiter, que aún hemos de poder con ellos, porque la guarnición oyó seguramente el tiroteo. ¿Qué opina usted, Cochrane? Podemos calcular que desde hace cuatro horas están sobre su huella como desesperados. Podemos esperar que aparezca en cualquier instante por encima de esa ondulación el casco rodeado de un pañuelo de seda de cualquier oficial inglés.

Pero la desilusión última había dejado al coronel frío y escéptico.

—Será mejor que no vengan si no traen fuerzas suficientes —dijo—. Éstos son gente escogida y llevan buenos mandos, y estando en su propio terreno aguantarán mucho —se detuvo súbitamente, miró a los árabes y exclamó—: ¡Por vida de…, que vale la pena contemplar este espectáculo!

La extremidad inferior del gran disco rojo del sol había traspuesto el barranco violeta que cerraba el horizonte. Era la hora de la plegaria para los árabes. Si se hubiese tratado de una civilización más vieja y más sabia, sus

hombres se habrían vuelto de cara hacia aquel objeto magnífico que se les manifestaba sobre la línea del horizonte y le habrían rendido adoración. Pero estos indómitos hijos del desierto poseían en lo esencial una elevación mayor que los persas. Para ellos, lo ideal estaba por encima de lo material, y se pusieron a orar de espaldas al sol y vueltos de cara hacia el santuario central de su religión. ¡Y qué manera de orar la de aquellos fanáticos musulmanes! Absortos y estáticos, con ojos de anhelo y rostros acalorados, erguían la espalda, la doblaban, y rozaban con su frente las pequeñas alfombras sobre las que oraban. ¿Quién, viéndolos en aquel instante, entregados con fervor íntimo y enérgico a sus devociones, podía dudar de que exista en el mundo, desde Cabo Juby hasta los confines de China, un enorme poder, reaccionario, pero tremendo, integrado por millones incontables de hombres poseídos de un solo pensamiento? Que los arrastre una ola común, que surja un gran soldado o un gran organizador entre ellos y que aproveche el material magnífico que tiene a mano, y quién sabe si no será ésa la escoba de que ha de servirse la Providencia para barrer la podredumbre decadente, intolerable y sin entusiasmos del sur de Europa, como lo hizo ya un milenio antes de ahora, dejando espacio limpio para una raza mejor.

Cuando sonó la corneta los árabes se pusieron en pie, y los cautivos comprendieron que su mala suerte les obligaba a viajar durante toda la noche después de haber viajado durante el día entero. Belmont dejó escapar un refunfuño, porque estaba en que sus perseguidores les darían alcance antes que hubiesen levantado el campamento. Los demás, en cambio, se habían acostumbrado ya a aceptar lo inevitable. Les habían repartido a cada uno una hogaza aplastada de pan árabe —¿qué plato delicado del jefe de cocina del vapor les había sabido tan bien como aquel pan seco y moreno?— y después, ¡oh delicia máxima!, les sirvieron un segundo vaso de agua por persona, porque los pellejos de los de la última partida venían ampliamente provistos. ¡Qué cielo sería esta tierra nuestra si el cuerpo pudiera seguir al alma en sus andanzas con la misma facilidad con que el alma se pliega al cuerpo! Satisfechas de momento sus más bajas necesidades materiales, empezaron sus espíritus a cantar en su interior y montaron en sus camellos, poseídos hasta cierto punto del sentimiento de lo novelesco de su situación. Mister Stuart siguió tendido en el suelo, cotorreando sin ton ni son, y los árabes no intentaron montarlo sobre la silla de su camello. La ancha cara pálida, mirando hacia el cielo, del clérigo se destacaba entre la creciente oscuridad.

—¡Eh, dragomán! —gritó el coronel—. Dígales que se olvidan de mister Stuart.

—Es inútil, señor —le contestó Mansur—. Dicen que está demasiado gordo y que ya no le llevarán más lejos; que se morirá, y que no quieren tomarse por él mayores molestias.

—¡Que lo van a dejar ahí! —gritó Cochrane—. ¡Se morirá de hambre y de sed! ¿Dónde está el emir? ¡Oiga! —gritó a voz en cuello cuando el árabe de la barba negra cruzaba por delante, dando a esa palabra el tono conminatorio que acostumbraba a usar cuando llamaba a uno de los muchachos burreros que tardaba en hacer lo que debía.

El jefe ni tan siquiera se dignó contestarle, pero dijo algo a uno de los de su escolta, que al acto respondió con un tremendo culatazo de su Remington en las costillas del coronel. El viejo soldado se dobló hacia adelante jadeando y se agarró medio inconsciente al pomo de la silla de su cabalgadura, que echó a caminar. Las mujeres empezaron a llorar, y los hombres, apretando los puños y mascullando maldiciones, se retorcieron en aquel infierno de ira impotente, en el que la injusticia brutal y los malos tratos se imponían sin freno y ante los que no se podía protestar. Belmont echó la mano al bolsillo de atrás buscando su pequeño revólver, pero de pronto se acordó de que se lo había entregado a miss Adams. Si su mano impetuosa lo hubiese empuñado en ese momento, allí habría muerto el emir y allí habría tenido lugar la degollina de todo el grupo.

Mientras avanzaban montados en sus cabalgaduras, tuvieron ocasión de contemplar uno de los más extraños fenómenos del desierto egipcio, aunque los malos tratos de que había sido objeto su compañero no les dejó humor para apreciar su belleza. Cuando desapareció el sol, el horizonte siguió de una tonalidad de violeta pizarrosa. Pero ésta empezó de pronto a iluminarse y a tomar vivacidad y acabó adoptando las características de una falsa aurora, pareciendo como si el sol, acometido de vacilaciones, volviese sobre sus pasos en el camino que acababa de abandonar. Una franja de sonrosados arreboles se extendió por Occidente, con el borde superior de una bella y delicada tonalidad verdemar. Todo ello volvió a apagarse poco a poco hasta adquirir el color pizarroso, señal de que había caído la noche. Hacía sólo veinticuatro horas que, a esa misma hora, sentados en sus sillas de lona, hablaban de política sobre la cubierta del *Korosko, a* la luz de las estrellas, y tan sólo doce desde que almorzaron y salieron, frescos y ágiles, para su última excursión de placer. Desde entonces había caído sobre ellos todo un mundo de nuevas experiencias e impresiones. ¡Con qué rudeza los habían sacado a empellones de su vida satisfecha, que ellos daban como cosa natural! Allí estaban las mismas trémulas estrellas de plata que ellos habían contemplado

la noche anterior, allí estaba la misma luna en cuarto creciente; pero ellos… ¡Qué abismo entre aquella vida regalada y ésta de ahora!

La larga línea de los camellos avanzaba calladamente como fantasmas por el desierto. En la vanguardia y en la retaguardia, las siluetas blancas y oscilantes de los árabes. Reinaba en su entorno el más completo silencio, hasta que de pronto, desde muy atrás, les llegó una voz humana que cantaba con fuerza, monótonamente, sin musicalidad. ¡Qué extraña impresión producía la voz lejana en la inmensa soledad muda! Pero aquel canto adoptó de pronto un ritmo bien conocido y casi percibieron las palabras:

> Plantamos nuestra tienda movediza
> todas las noches,
> todas las noches, a un día de marcha,
> más cerca siempre de la meta.

¿Era mister Stuart, que había recobrado el conocimiento, o era una simple coincidencia el que ese himno se le hubiese ocurrido en su delirio? Sus amigos volvieron la cara hacia atrás, y miraron con ojos húmedos en la oscuridad, porque todos ellos sabían que la meta estaba ya muy cerca para aquel caminante. Su voz fue achicándose gradualmente hasta convertirse en un runruneo, siendo absorbida finalmente en el silencio imponente del desierto.

—Mi querido Cochrane, espero que no estará usted herido —dijo Belmont, apoyando su mano en la rodilla de Cochrane.

El coronel se había erguido, aunque se observaba en su respiración un ligero jadeo.

—Ya me he repuesto. A propósito: ¿sería usted tan amable de indicarme cuál de ellos ha sido el que me golpeó? —Es ese que va ahí, el del camello que camina junto al de Fardet.

—El joven del bigote, ¿verdad? no lo distingo con absoluta claridad a esta luz; pero creo que le reconoceré entre los demás. Gracias, Belmont.

—Por un momento temí que le hubiese roto algunas costillas.

—Lo único que me dejó fue sin aliento.

—Debe de ser usted de hierro. El golpe fue espantoso. ¿Cómo es posible que se haya repuesto usted tan pronto y tan bien?

El coronel carraspeó, y dijo entre tartamudeos:

—La verdad es, mi querido Belmont…, bueno, no quiero que corra la voz, sobre todo entre las mujeres; la verdad es que me siento más viejo que en otros tiempos, y antes que perder el porte militar, al que tanto apego he tenido siempre, yo uso…

—¡Corsé, por Júpiter! —exclamó, asombrado, el irlandés.

—No es eso precisamente, pero sí un ligero apoyo artificial —contestó con cierta tiesura el coronel, y desvió la conversación hacia las posibilidades del mañana.

Aquella travesía nocturna por el desierto la recuerdan todavía en sus pesadillas los cautivos supervivientes, su realidad misma fue como una pesadilla, el silencio con que los llevaban aquellas patas de cascos blancos, esponjosos, y las figuras oscilantes, de brillo movedizo, de que iban flanqueados. Parecía que el universo todo estuviese flotando delante de ellos lo mismo que la esfera de un reloj. Brillaba una estrella igual que una linterna que estuviese al mismo nivel de su camino. Un instante más tarde volvían a fijarse en ella y la encontraban a un palmo por encima, y debajo de aquélla brillaba otra. Una hora tras otra el ancho río fluía con sosiego sobre el fondo azul oscuro, un río de mundos y de sistemas planetarios que se deslizaba mayestático por encima de sus cabezas, vertiéndose sobre el negro horizonte. Los cautivos hallaban un vago consuelo en su inmensidad y belleza, porque entre el juego de aquellas fuerzas inmensas, su propia suerte y su propia personalidad resultaban triviales y sin importancia. El gran cortejo celeste avanzaba lentamente a través del firmamento: primero ascendía, luego flotaba en una casi inmovilidad aparente, y después iba hundiéndose con grandiosidad, hasta que allá en el Lejano Oriente apareció el primer frío resplandor grisáceo y unos y otros se sorprendieron dolorosamente con la visión de sus rostros macilentos.

Si el día los había atormentado con el calor, la noche les trajo una tortura más intolerable: la del frío. Los árabes se fajaron en sus amplias ropas y se cubrieron las cabezas. Los cautivos, a pesar de golpearse una contra otra las palmas de las manos, temblaban llenos de sufrimiento. La que más vivamente sentía el frío era miss Adams, mujer muy enjuta y en la que la circulación de la sangre era imperfecta debido a los años. Stephens se despojó de su chaquetilla de Norfolk, se la echó a la estadounidense por encima de los hombros y siguió cabalgando al lado de Sadie, silbando y chachareando para hacer creer a esta última que su tía le había quitado una carga de encima al llevar su chaquetilla; pero el engaño era demasiado ruidoso para no resultar evidente; sin embargo, quizá fuese hasta cierto punto verdad que Stephens sentía el frío menos que los demás, porque en su corazón ardía un fuego muy antiguo, y un júbilo curioso se entremezclaba en forma inexplicable con todas sus desdichas de ahora, hasta el punto de que se habría visto apurado para decir si esta aventura constituía la mayor desgracia o la mayor bendición de

su vida. Mientras estuvieron a bordo del barco, la juventud de Sadie, su belleza, su inteligencia y buen humor concurrían para hacerle comprender que lo más que podía esperar era que la joven lo soportase caritativamente. Pero ahora tuvo la sensación de que le era, en efecto, útil a la joven, de que ésta iba aprendiendo, cada hora que pasaba, a volverse hacia él como quien se vuelve hacia el protector natural que uno tiene, y, por encima de todo, el abogado había empezado a encontrarse a sí mismo, es decir, a comprender que él era un hombre, verdaderamente fuerte y digno de confianza, que hasta entonces había estado escondido detrás de todas las artimañas de la rutina que habían formado a su alrededor una segunda naturaleza artificial que había llegado incluso a engañarle a él mismo. Su sangre empezó a caldearse con una leve llama de respeto a sí mismo. Había perdido su juventud cuando había sido joven, y esa juventud volvía ahora a surgir en su edad mediana igual que una magnífica flor retrasada.

—Mister Stephens, yo he llegado a creer que usted no cesa de disfrutar con todo esto que nos sucede —le dijo Sadie con algo de enojo.

—Yo no diría tanto —contestó—. Sin embargo, estoy seguro de que no me apartaría de usted ahora aunque pudiese hacerlo.

Era esa la expresión más próxima a la ternura que Stephens había pronunciado hasta entonces, y la joven alzó los ojos hacia él, sorprendida. Después de un silencio, dijo:

—Creo que toda mi vida he sido una muchacha muy mala. Como siempre lo he pasado bien, jamás me he detenido a pensar en los que eran desgraciados. Esto de ahora me ha vuelto seria, y si regreso, seré una mujer más buena, una mujer que lo tomará todo más en serio.

—Y yo seré un hombre mejor. Me imagino que es con esa finalidad que se nos envía el sufrimiento. Fíjese de qué manera ha sacado a la superficie las buenas cualidades de todos nuestros amigos. Por ejemplo, en el caso del pobre mister Stuart. ¿Habríamos podido saber nosotros, de no haber ocurrido esto, todo lo noble y entero que era? y vea usted también a Belmont y a su esposa cómo van delante de nosotros sin dar señal alguna de temor, cogidos de la mano, pensando únicamente el uno en el otro. Y Cochrane, que mientras estuvimos a bordo me pareció siempre un hombre altanero y de escasa comprensión. Fíjese en el valor que demuestra y en su generosa indignación en cuanto ve que maltratan a otra persona. También Fardet se muestra valeroso como un león. Yo creo que la desgracia nos ha beneficiado a todos.

—Quizá sería eso verdad —Sadie suspiró—, a condición de que la aventura terminase ahora mismo, pero si esto se prolonga y hemos de pasar

semanas y meses de aflicción para que nos maten al fin, yo no comprendo dónde vamos a cosechar el fruto de la mejora de carácter que experimentamos. Supongamos por un momento que usted se salva. ¿Qué es lo que haría?

El abogado titubeó; pero los instintos de su profesión seguían obrando con fuerza sobre él.

—Yo estudiaría si hay aquí lugar para emprender una acción judicial y contra quién. Quizá fuese contra los organizadores de la expedición, por habernos traído hasta la roca de Abusir y quizá contra el Gobierno egipcio por no proteger sus fronteras. Desde el punto de vista legal, es un problema interesante. Y usted, ¿qué es lo que haría, Sadie?

Por primera vez Stephens suprimía el tratamiento formulista de miss; pero la joven estaba excesivamente preocupada para reparar en ello.

—Seré más comprensiva con los demás —dijo—. Trataré de hacer feliz a alguna otra persona en recuerdo de los sufrimientos por los que he pasado.

—Usted no hizo otra cosa en toda su vida que llevar la felicidad a los demás. Es una cosa que no puede evitar —dijo Stephens. La oscuridad le quitaba dificultades para salir de la reserva con que procedía habitualmente—. Necesita muchísimo menos que todos nosotros esta dura lección. ¿En qué sentido podría mejorar su carácter?

—Se ve que usted me conoce muy poco. He sido siempre muy egoísta e irreflexiva.

—Por lo menos, no necesitaba estas emociones fuertes, porque, aun sin ellas, tenía usted bastante sensibilidad. En cambio, para mí la cosa ha sido muy distinta.

—Mister Stephens, ¿por qué razón necesitaba usted sufrir emociones?

—Porque cualquier cosa es mejor que el estancamiento. El dolor es mejor que el estancamiento. Yo acabo de empezar a vivir. Hasta ahora fui una máquina que actuaba como tal en el mundo. Era hombre de una sola idea, y el hombre de una sola idea está sólo a un paso de ser un cadáver. Eso es lo que hasta este momento no había empezado a comprender. Durante años y años no he sufrido una sola sacudida, no he sentido jamás palpitar mi cuerpo al latido de una auténtica emoción humana. No disponía de tiempo para ello. Había observado esas emociones en los demás, y me había preguntado confusamente si en mi manera de ser había algo que me impedía compartir esos sentimientos de los demás seres mortales. Pero estos últimos días me han demostrado que yo puedo vivir con vehemencia, que puedo sentir ardientes esperanzas y miedos mortales, que puedo odiar y que puedo…, que puedo

sentirme sacudido por todos los sentimientos enérgicos de que es capaz un alma. He resucitado; quizá haya resucitado al bordo mismo del sepulcro, pero puedo decir, al menos, que he vivido.

—¿Y por qué llevaba usted en Inglaterra esa vida que mata el alma?

—Era ambicioso. Quería llegar. Además, estaba obligado a pensar en mi madre y en mis hermanas. Ya está amaneciendo, gracias a Dios. Pronto se les pasará el frío a usted y a su tía.

—¡Y usted en mangas de camisa!

—No se preocupe. Yo tengo muy buena circulación sanguínea, y lo paso perfectamente sin chaqueta.

Había terminado la noche larga, fría, fatigosa, y el profundo azul del firmamento se había iluminado hasta convertirse en un maravilloso malva-violeta, en el que brillaban todavía las estrellas de mayor magnitud. A sus espaldas, la línea gris se había ido deslizando más y más arriba en el cielo adquiriendo un suave color carmesí, a través del cual penetraban temblorosos en forma de abanico los rayos del sol invisible. De pronto, los viajeros sintieron en sus espaldas la tibia caricia de aquellos rayos, y vieron en el suelo delante de ellos unas sombras negras netamente dibujadas. Los derviches aflojaron sus capas y rompieron a hablar alegremente entre ellos. También los cautivos empezaron a descongelarse, y comieron con avidez la *dura* que les sirvieron para desayuno. Hicieron un breve alto, y le fue servida a cada prisionero una taza de agua.

—¿Puedo hablarle un momento, coronel Cochrane? —preguntó el dragomán.

—No, no puede —le contestó secamente el coronel.

—Mire que es algo muy importante y que de ello podría resultar la salvación de todos.

El coronel frunció el ceño y se atusó el bigote, preguntando por último:

—¿De qué se trata?

—Debe usted fiarse de mí, porque me importa tanto como a usted mismo el poder regresar a Egipto. Allí están mi mujer, mi casa y mis hijos, y de este lado me espera una vida de esclavo para siempre. No tiene usted motivos para dudarlo.

—¡Bien, prosiga!

—¿Recuerda usted al negro con el que habló, el que dijo que había servido con Hicks?

—Sí, ¿qué le pasa?

—Ha estado hablando conmigo durante toda la noche. Mantuvimos una larga conversación, y él me dijo que no le entendía muy bien a usted ni usted a él, y que por eso me hablaba a mí.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que entre los árabes estaban ocho soldados egipcios, seis de ellos negros y dos *fellahs*. Dijo que quería que usted le prometiese que si les ayudaban a fugarse recibirían una buena recompensa.

—Claro que la recibirán.

—Cien libras egipcias cada uno es lo que pidieron.

—Las tendrán.

—Le dije que yo se lo preguntaría a usted, pero que estaba seguro de que aceptaría.

—¿Qué es lo que se proponen hacer?

—No pudieron prometer nada; pero creen que lo más conveniente es que ellos cabalguen en sus camellos lo más cerca posible de ustedes, para aprovechar cualquier circunstancia favorable que se presente.

—Bien; vete y dile que si nos ayudan, yo les prometo doscientas libras a cada uno. ¿No crees que podríamos también comprar a algunos árabes?

Mansur cabeceó negativamente y dijo:

—Es demasiado peligroso, porque, si nos falla la tentativa, eso significaría la muerte para todos. Voy a comunicarle lo que usted me ha dicho.

Como al descuido, se dirigió hasta donde se encontraba el conocido guerrero negro peinando a su camello y esperando la contestación.

El propósito de los emires había sido hacer un alto de media hora como máximo; pero los camellos en los que cabalgaban los cautivos estaban agotados por aquella marcha larga y apresurada, y daban muestras evidentes de encontrarse en la imposibilidad de reanudar la marcha hasta que no hubiera transcurrido algún tiempo. Habían apoyado en el suelo sus largos cuellos, lo que constituye en esos animales el síntoma máximo de fatiga. Cuando los dos jefes vieron aquello movieron expresivamente las cabezas, y el terrible Abderramán contempló con su expresión dura e impasible a los cautivos. De pronto dijo algo a Mansur, cuyo rostro empalideció todavía más al oírlo.

—Dice el emir Abderramán —les dijo a continuación Mansur a los cautivos— que si ustedes no se convierten a la religión musulmana no vale la pena que se detenga toda la caravana hasta que los camellos se repongan y puedan llevarlos. Dice que sin ustedes podrían caminar a doble velocidad. Por esa razón, quiere saber de una vez por todas si ustedes aceptan el Corán —y luego, sin cambiar de tono, como si estuviese traduciendo lo que le habían

ordenado, prosiguió—: Sería preferible, con mucho, el que ustedes se aviniesen a ello, porque, de lo contrario, ordenará, con toda seguridad, que los maten a todos.

Los desdichados cautivos se miraron unos a otros con desesperación. Los dos emires no les quitaban la vista de encima, contemplándolos con expresión severa.

—Por mi parte —dijo Cochrane—, me da lo mismo morir aquí y ahora que ser esclavo de Khartum.

—¿Qué dices a esto, Nora? —preguntó Belmont.

—Si morimos juntos, no creo que pase miedo, John.

—Es un absurdo que yo muera por una cosa en la que jamás tuve fe —dijo Fardet—. Sin embargo, a un francés no le permite su honor convertirse de esa forma —se irguió, con la muñeca herida descansando en el escote de su chaqueta, y pronunció dos frases que eran dos gallardas mentiras—: Soy cristiano y seguiré siéndolo.

—¿Qué dice usted, mister Stephens? —preguntó Mansur en tono suplicante—. Quizá bastaría con que se convirtiese uno de ustedes para que los emires cambien de actitud y se muestren satisfechos. Yo le suplico que acceda usted a lo que ellos piden.

—No, no puede ser —contestó tranquilamente el abogado.

—Y usted, miss Sadie, ¿por qué no lo hace? ¿O usted, miss Adams? Bastará con que lo digan una sola vez, y quedarán a salvo.

—¿Crees, querida tía, que podríamos hacerlo? —gimoteó la joven aterrada—. ¿Sería tan gran pecado el que dijésemos que nos convertíamos?

La anciana la rodeó con sus brazos y le susurró al oído:

—No, no, mi querida y pequeña Sadie. ¡Has de ser fuerte! Si hicieses eso, sentirías repugnancia de ti para toda tu vida. Agárrate fuertemente a mí, corazón, y reza si acaso te sientes flaquear. No te olvides de que tu vieja tía Elisa te tiene en todo momento de la mano.

Aquella fila de hombres y mujeres desgreñados y con las ropas sucias, que hasta entonces sólo habían pensado en pasarlo bien, supieron durante un momento portarse heroicamente. Miraron cara a cara a la muerte, y cuanto más cerca la vieron, menores fueron sus miedos. Sentían más bien una especie de curiosidad, junto con el hormigueo que suele sentirse al acercarse al sillón del dentista. El dragomán movió sus hombros y sus manos con el gesto de quien da a entender que ha fracasado. Entonces el emir Abderramán dijo algo a un negro, y éste se alejó presuroso.

—¿Para qué pide él unas tijeras? —preguntó el coronel que había entendido algo.

—Va a herir con ellas a las mujeres —contestó Mansur con el mismo ademán de impotencia.

Corrió por todos aquellos hombres y mujeres un escalofrío, y se quedaron mirando a su alrededor con ojos dilatados y presos de un espanto irremediable. Una cosa era la muerte en abstracto, y otra aquellos detalles insoportables. Cada cual se había preparado para aguantar cualquier daño en su propia persona; pero sus corazones experimentaban todavía ternura unos hacia otros. Las mujeres no dijeron nada; pero todos los hombres runruneaban entre sí.

—Miss Adams, recuerde que tiene la pistola —dijo Belmont—. ¡Démela! ¡No consentiremos que las torturen! ¡No lo soportaremos!

—¡Mansur, ofrézcales dinero! ¡Ofrézcales lo que sea! —gritó Stephens—. Escuche: yo me haré mahometano si prometen no tocar a las mujeres. Después de todo, eso no obliga a nada, porque lo habremos hecho a la fuerza. No puedo tolerar que torturen a las mujeres.

—¡Espere un momento, Stephens! —dijo el coronel—. No perdamos la cabeza. Se me ha ocurrido una idea. Escucha, dragomán. Dile a ese malvado viejo de la barba blanca que nosotros no sabemos una palabra acerca de su maldita religión de pacotilla. Tradúceselo con suavidad. Dile que no puede esperar que adoptemos su religión hasta que no sepamos qué marca especial de porquería necesita que nosotros creamos. Dile que si él quiere aleccionarnos, nosotros estamos completamente dispuestos a prestar oídos a sus enseñanzas, y puedes agregarle que una religión capaz de producir tipos como él o como ese otro patán de la barba negra tiene por fuerza que despertar el interés de cualquiera.

El dragomán, recurriendo a toda clase de zalemas y gestos suplicantes de las manos, explicó que los cristianos se encontraban llenos de dudas y que únicamente hacía falta un poco más de la enseñanza del Profeta para guiarlos hasta entrar por el camino de Alá. Los dos emires se acariciaron sus barbas y miraron con recelo a sus cautivos. De pronto, habló Abderramán a Mansur con su manera terminante y rigurosa, y los dos emires se alejaron paseando tranquilamente. Un instante después se oyó el toque de corneta que daba la señal de partida.

—Esto es lo que él ha dicho —explicó Mansur, cabalgando en mitad de los cautivos—. Hacia mediodía llegaremos a los pozos, y allí descansaremos. Su propio ulema, que es un hombre muy santo y muy docto, vendrá a darles

una lección de una hora. Al cabo de ese tiempo tendrán ustedes que decidirse por una cosa o por otra. Una vez que ustedes hayan elegido, ustedes decidirán si van a Khartum o si quieren morir. Esa es su última palabra.

—¿Y no aceptarán un rescate?

—Wad Ibrahim aceptaría; pero el emir Abderramán es un hombre terrible. Yo les aconsejo que accedan a lo que les pide.

—¿Por qué no te conviertes tú? Tú también eres cristiano.

Mansur se ruborizó todo lo que le permitía el color de su cara.

—Lo era esta mañana —contestó con ironía—. Quizá vuelva a serlo mañana por la mañana. Yo sirvo al Señor mientras lo que Él me pide parece razonable; pero esto no lo es.

Dicho esto se alejó en su cabalgadura por entre los guardianes con una libertad que demostraba que aquel cambio de fe lo había colocado en una situación muy distinta de la de los otros cautivos.

Iban, pues, a tener un indulto de algunas horas, aunque cabalgasen en medio de la tétrica sombra de la muerte que se iba cerrando a su alrededor. ¿Qué tiene la vida, que nos aferramos a ella? No son los placeres, porque también aquellas personas cuyas horas de vida son un largo e incesante dolor se echan atrás llorando en el momento en que parece que la muerte misericordiosa extiende hacia ellos los brazos que han de darles el descanso. No son tampoco las personas a las que estamos ligadas, porque cambiaríamos todas nuestras relaciones antes de entrar por nuestra libre voluntad por el ancho camino que tienen que trillar todos los hijos e hijas del hombre. ¿Es el miedo a perder el Yo, ese amado e íntimo Yo al que nosotros creemos conocer muy bien, aunque no deje nunca de hacer cosas que nos sorprenden a nosotros mismos? ¿Es eso lo que obliga al que está resuelto al suicidio a aferrarse desesperado a la pilastra del puente al verse arrastrado por la corriente del río? ¿O es acaso que la Naturaleza siente tal temor de que todos sus fatigados trabajadores puedan arrojar a un tiempo sus herramientas y cruzarse de brazos, por lo que ha inventado esta manera de mantener a todo el mundo sujeto de una manera constante a su trabajo actual? Sea lo que sea, es una realidad, y aquellos hombres y mujeres, cansados y ofendidos, se regocijaban de contar con algunas horas de sufrimiento.

7

No había nada en el panorama, conforme avanzaban, que les hiciese comprender que no seguían estando en el lugar mismo en que se encontraban el día anterior, a la hora del ocaso. Hacía mucho que habían dejado atrás la región en que las fantásticas colinas negras bordean el Nilo, y sólo se veía por todas partes la llanura color castaño, ondulante y cubierta de grava; el oleaje de tierra que llevaba en su superficie brillantes cantos rodados y alguna que otra mata raquítica de hierba de un verde de salvia. Delante de los viajeros, lo mismo que a sus espaldas, la llanura se extendía hasta tomar en la última lejanía una suave cuesta en dirección a la línea de colinas color violeta. El sol no se había levantado aún lo suficiente para producir la estremecida luminosidad tropical, y el ancho panorama se destacaba con líneas claras y visibles, de color castaño con una franja de violeta, en la atmósfera seca y transparente. La larga caravana, esparcida en larga línea, avanzaba al compás que le marcaba el paso oscilante de los camellos de carga. Muy lejos, cabalgaban en ambos flancos los soldados de reconocimiento, deteniéndose en cada cresta para mirar hacia atrás, haciendo pantalla a sus ojos con las manos. Vistos a distancia, parecía como que sus lanzas y sus rifles brotaban de sus cuerpos, rectos y finos, igual que agujas de hacer punto.

—¿A qué distancia cree que nos encontraremos del Nilo? —preguntó Cochrane.

Cabalgaba mirando por encima del hombro, esforzando los ojos hacia el horizonte oriental.

—Unos buenos ochenta kilómetros —contestó Belmont.

—Yo diría que menos —dijo el coronel—. No es posible que llevemos caminando más de quince o dieciséis horas, puesto que el camello no recorre por hora más de tres kilómetros y medio, como no sea al trote. Con eso llegaríamos a unos cincuenta o más kilómetros, que, a pesar de todo, me parecen muchos para escapar. No creo que hayamos mejorado mucho con este retraso. ¿En qué podemos confiar? Ya podemos prepararnos a tragar la píldora.

—¿Quién habla de morir? —exclamó el animoso irlandés—. De aquí al mediodía hay muchas horas. Hamilton y Hedley, del Cuerpo de Camelleros, son buenos oficiales, y seguro que están tras nuestra pista como el rayo. Ellos no traen camellos con pertrechos que les obliguen a caminar con mayor lentitud. ¡Puede apostarse la vida a que no los traen! Bien lejos estaba yo de imaginar la otra noche que cené con ellos en la mesa de oficiales, cuando me explicaban todas las precauciones que tenían tomadas contra cualquier asalto, que iba a tener que contar con ellos para salvar nuestras vidas.

—Bueno; jugaremos nuestras cartas hasta la última baza, aunque son pocas las esperanzas que tenemos —dijo Cochrane—. Debemos, desde luego, mostrarnos delante de las mujeres todo lo optimistas que podamos. Veo que Tippy Tilly cumple su palabra, porque si no me equivoco, son esos los cinco negros y los dos *fellahs* de que habló. Todos ellos cabalgan juntos y se mantienen cerca de nosotros; pero no veo cómo van a poder ayudarnos.

—Me he hecho devolver mi pistola —cuchicheó Belmont, y su barbilla cuadrada y su boca enérgica se endurecieron como si fueran de granito—. Si ellos intentan algo con las mujeres, me propongo matarlas primero con mi propia mano.

—¡Magnífico! —dijo Cochrane, y siguieron cabalgando en silencio.

Ninguno de los cautivos hablaba mucho. Un sentimiento curioso, ensoñador, de ensimismamiento, se fue apoderando poco a poco de todos. Era como si hubiesen ingerido algún narcótico, el piadoso calmante del que la Naturaleza se sirve cuando una gran crisis ha llevado al exceso la excitación de los nervios. Pensaban en sus amigos y en sus vidas pasadas de la manera comprensiva con que uno contempla lo que ya está terminado. Una sutil dulzura se mezclaba con la tristeza que les inspiraba su destino. Rebosaban la tranquila serenidad del que nada espera. El coronel dijo, mirando a su alrededor:

—Esto es endiabladamente bonito. Yo siempre tuve la idea de que me gustaría morir en una de las brumas de Londres, bien espesa, completa y amarilla. Me consolaba pensando en que no lo podría cambiar por cosa peor.

—Yo siempre había deseado morir mientras estaba durmiendo —dijo Sadie—. ¡Qué hermoso el despertarse y descubrir que está ya una en el otro mundo! Hetty Smith solía recitar una composición en el colegio en la que decía: «No me digáis buenas noches. Deseadme, en cambio, buenos días en otro mundo más hermoso».

La tía puritana cabeceó en señal de censura ante aquella idea, y dijo:

—Es terrible presentarse sin preparación alguna ante el Creador.

—Lo terrible de la muerte es su soledad —dijo mistress Belmont—. Si muriésemos junto con las personas a quienes amamos, no le daríamos una importancia mayor que la que damos a un traslado de casa.

—Si ocurre lo peor de lo peor, no moriremos solitarios —dijo su esposo—. Todos iremos juntos y nos encontraremos esperándonos al otro lado a Brown, Headingly y Stuart.

Fardet se encogió de hombros. No creía en la supervivencia después de la muerte, pero envidiaba la tranquilidad con que aquellos dos católicos daban por seguro todo lo del Más Allá. Sonrió pensando en lo que dirían sus amigos del café Cubat si se enterasen de que había entregado su vida por la fe cristiana. Ese pensamiento le divertía unas veces, pero otras le sacaba de quicio, y cabalgaba con estallidos alternos de risa y de furor, cuidando mientras tanto de su muñeca herida igual que cuida una madre a un bebé enfermo.

Hacía algún rato que se distinguía a través del desierto duro y lleno de cascajo una franja aislada de color amarillo, larga y estrecha, que se extendía de Norte a Sur hasta perderse de vista. Era una nube de polvo que sólo tenía algunos centenares de metros de profundidad, y que no alcanzaba más de tres o cuatro metros de altura. Los cautivos se quedaron asombrados al observar que los árabes apuntaban hacia ella con expresión sumamente preocupada, y que al llegar al borde de la misma se detuvieron como si se encontraran en la orilla de un río no vadeable. Eran unas arenas muy ligeras y menudas como el polvo; cualquier pequeño soplo del viento las hacía subir por los aires igual que un torbellino de moscas. El emir Abderramán trató de obligar a su camello a cruzar la nube de arena pero la bestia, después de un par de zancadas, se clavó en el suelo estremeciéndose de espanto. Los dos jefes hablaron durante unos momentos y de pronto la caravana entera volvió las cabezas de los camellos hacia el Norte dejando a la izquierda la franja de arena.

—¿Qué es eso que hace que nos desviemos de nuestra ruta? —preguntó Belmont al dragomán que cabalgaba a su lado.

—Es arena movediza —contestó Mansur—. Hay ocasiones en que el viento la arrastra toda de esa manera hasta un solo sitio. Quizá mañana, si el viento se levanta, no quedará un solo granito de toda ella, porque la arrastrará otra vez por los aires. Hay ocasiones en las que el árabe tiene que dar un rodeo de unos cincuenta kilómetros para esquivar un ventisquero de arena de ese tamaño. Si intenta cruzarlo, su camello se perniquiebra y el jinete se hunde y es tragado por las arenas.

—¿Hasta dónde llegará esto?

—Eso nadie puede saberlo.

—Cochrane, esto nos favorece. Cuanto más nos demoremos, mayores son las posibilidades de que nos salvemos.

Por centésima vez se volvió para inspeccionar todo el espacio comprendido entre ellos y la larga y limpia línea del horizonte que tenían a sus espaldas. Inmenso, vacío, pardo, se extendía el desierto, pero por ninguna parte se veía el centelleo del acero o el brillo de los yelmos blancos por los que tanto suspiraban.

No tardaron en soslayar el obstáculo que tenían delante, porque éste se iba achicando hasta convertirse en una raya de polvo como la que se acumula en una habitación deshabitada. Era un espectáculo curioso el de aquellos árabes que, cuando ya la nubecilla de polvo era tan angosta que se podía pasar de un salto, seguían avanzando muchos centenares de metros antes que arriesgarse a cruzarla de frente. Al encontrarse de nuevo ante una extensión de tierra dura y cómoda, castigaron con el látigo a sus bestias, y éstas se lanzaron a un trotecillo que forzó a los presos a cabecear y doblarse, poseídos de una angustia grotesca y ridícula. Al principio aquello les divirtió, y se sonrieron mutuamente, pero la diversión se convirtió pronto en una tragedia, a medida que el terrible dolor producido por aquella manera de cabalgar les fue torturando el espinazo y la cintura, con tirones profundos y sordos que se convirtieron gradualmente en desgarradora angustia.

—Ya no puedo aguantar más, Sadie —gritó de pronto miss Adams—. He resistido cuanto he podido. Voy a caerme.

—No, no, querida tía, porque te destrozarás los miembros si lo haces; aguanta un poquitín más y quizá ellos hagan un alto.

—Échese hacia atrás y agárrese a la parte posterior de la silla —dijo el coronel—. Así; ya verá cómo con eso se le afloja la tensión.

El coronel quitó de su sombrero el pañuelo de seda y, haciendo un nudo con sus dos extremidades, lo pasó por el pomo delantero de la silla de miss Adams, diciéndole:

—Apoye su pie en el cabestrillo, y afiáncese en él lo mismo que si fuera un estribo.

El alivio fue instantáneo, y entonces Stephens dispuso otro igual para Sadie. Pero uno de los fatigados camellos de carga se vino al suelo con estrépito, las cuatro patas abiertas como si lo hubiesen descuartizado, y la caravana tuvo que volver a su tranquilo paso de antes.

—¿Es que hemos topado con otro cinturón de arena movediza? —preguntó el coronel.

—No, aquello que se ve es de color blanco —dijo Belmont—. Oiga, Mansur, ¿qué es aquello que tenemos delante de nosotros?

El dragomán cabeceó negativamente, y dijo:

—Lo ignoro, señor, porque nunca vi hasta ahora semejante cosa.

Una línea blanca, tan recta y tan visible como si la hubiesen dibujado con tiza de parte a parte de una mesa color castaño, se divisaba a través del desierto de Norte a Sur. Era muy angosta, pero se extendía sin ruptura alguna de línea de horizonte a línea de horizonte. Tippy Tilly dijo algo al dragomán, y éste explicó:

—Es la gran ruta caravanera.

—¿Y qué es lo que le da esa blancura?

—Los esqueletos —respondió sin cambiar de acento.

Parecía increíble y, sin embargo, era verdad, porque a medida que fueron acercándose vieron que, en efecto, era un camino trillado a través del desierto, ahondado por el largo uso, y tan cubierto de huesos que producía la impresión de una cinta blanca continua. Por todas partes se veían desperdigados cráneos largos y hocicudos, y las hileras de costillas se sucedían con tal continuidad que daban en algunos lugares la sensación de una serpiente monstruosa. La ruta sin fin brillaba al sol como si estuviese pavimentada de marfil. Venía siendo desde miles de años atrás la carretera que cruzaba el desierto, y todos los animales de las incontables caravanas que en todo ese tiempo habían muerto quedaron allí conservados por el aire seco y antiséptico. No era, pues, de extrañar que apenas fuese posible dar un paso sin pisar alguno de los esqueletos. Stephens dijo:

—Ésta tiene que ser la ruta de que yo hablé antes. Recuerdo que la señalé en el mapa que dispuse para usted, miss Adams. El Baedeker dice que ha sido abandonada por haberse interrumpido todo movimiento comercial desde la sublevación de los derviches, pero que antaño fue el camino principal por el que eran conducidas las pieles y la goma de Darzur hasta el Bajo Egipto.

Los cautivos contemplaron aquello con curiosidad desinteresada, porque ya tenían en su destino actual materia suficiente que les absorbía su atención. La caravana tomó entonces la dirección Sur, siguiendo la vieja ruta del desierto, y aquel Gólgota de carretera les pareció camino adecuado para lo que al final de la misma les esperaba. Los camellos cansados y los cansados jinetes se arrastraron juntos hacia la meta desdichada.

A medida que se acercaba el momento crítico en que había de decidirse su destino, el coronel Cochrane, abrumado por sus temores de que les ocurriese a las mujeres algo terrible, se apeó de su orgullo para pedir consejo al dragomán renegado. Éste era un villano y un cobarde, pero, siendo oriental, conocía por lo menos el punto de vista de los árabes. Su cambio de religión le había hecho estrechar contactos con los derviches, cuyas conversaciones íntimas había sorprendido. El temperamento tieso y aristocrático de Cochrane forcejeó antes de rebajarse a pedir consejo a un hombre semejante, y cuando por fin lo hizo, el tono de su voz era áspero y no denotaba la más mínima simpatía.

—Tú conoces a esos canallas, y miras las cosas desde su mismo punto de vista —le dijo—. Nuestra finalidad debe consistir en estirar las cosas durante veinticuatro horas más. Pasado ese tiempo, ninguna importancia tiene lo que nos ocurra, porque estaremos fuera del alcance de nuestros posibles libertadores. Pero ¿cómo nos las podríamos arreglar para retardar sus resoluciones otro día más?

—Usted ya conoce mi opinión —contestó el dragomán—. Antes de ahora le he contestado. Si todos ustedes hacen lo que yo, pueden estar seguros de llegar a salvo a Khartum. Si no lo hacen, no pasarán del lugar en que acampemos luego.

La nariz aguileña del coronel tomó un ángulo más elevado, y sus enjutas mejillas se colorearon de un rojo irritado. Siguió cabalgando en silencio por algún tiempo, porque los años que había servido en la India le habían dado un genio de quisquilla salpimentada, a la que los incidentes últimos habían echado su buen condimento de mostaza. Pasaron unos minutos antes que se aventurase a responder.

—Vamos a dejar eso a un lado —dijo reticente—. Hay cosas que pueden hacerse y otras que no son posibles. Ésta no lo es.

—Ustedes sólo necesitan simularlo.

—Basta —dijo con brusquedad el coronel.

Mansur se encogió de hombros.

—¿Qué adelantamos con que usted me pregunte, si mis respuestas le irritan? Si no desea seguir mi consejo, haga otra tentativa por su parte. No podrán ustedes al menos decir que yo no hice cuanto pude por salvarlos.

—No estoy irritado —contestó el coronel con acento más conciliador—, pero eso que nos aconsejas sería rebajarnos hasta un punto que no estamos dispuestos. Lo que yo he pensado es esto: tú podrías, si te parece bien, dar a entender a ese sacerdote o ulema que ha de hablarnos, que ya nos vamos

suavizando en esa cuestión. Teniendo en cuenta el hoyo en que estamos metidos, no creo que se nos pueda censurar mucho por ello. Después, cuando él nos haya hablado, nosotros podríamos seguir la comedia, hacer como que nos interesamos, pedir nuevas enseñanzas, y de esa manera alargaríamos el asunto durante uno o dos días; ¿no te parece que sería el mejor juego?

—Ustedes procedan como mejor les parezca —dijo Mansur—. Yo les he dicho de una vez por todas lo que opino. Si usted desea que yo le hable al ulema, lo haré. Es aquel hombrecito gordo de la barba blanca, que cabalga sobre el camello pardo, allí delante. Puedo decirle que tiene entre esa gente fama de que convierte a los infieles, y eso le produce un gran orgullo, de modo que si él sospecha que puede convertirles a ustedes al Islam, preferirá, sin duda, que no les hagan ningún daño.

—Pues, entonces, dile que nuestras almas están bien dispuestas —dijo el coronel—. Yo no creo que el *padre* hubiera llegado tan lejos; pero, puesto que él ha muerto, bien podemos nosotros estirar un poco la cosa. ¡Háblale, pues, Mansur, y si te las compones bien, estamos dispuestos a olvidar lo pasado!. A propósito, ¿te ha dicho algo Tippy Tilly?

—No, señor. Ha juntado a sus hombres, pero no sabe todavía de qué manera podrá ayudarles.

—Ni yo tampoco. Bueno, acércate al ulema, y yo explicaré a mis compañeros lo que hemos convenido.

Todos los cautivos se mostraron conformes con el plan del coronel, con la única excepción de la anciana señora de Nueva Inglaterra, que se negó en redondo a mostrar interés alguno en la fe mahometana, diciendo:

—Soy demasiado vieja para doblar la rodilla ante Baal.

Todo lo más que pudieron conseguir de ella fue que no se opusiese abiertamente a nada de lo que sus compañeros pudieran hacer o decir. Fardet tomó el hilo del discurso mientras cabalgaban juntos, y dijo:

—¿Y quién ha de exponer nuestras dudas al sacerdote? Es muy importante que se haga la cosa con toda naturalidad, porque si él sospecha que únicamente tratamos de ganar tiempo, romperá todo trato con nosotros.

Puesto que la proposición es de Cochrane, yo creo que debería de hacerlo él.

—Perdonen —exclamó el francés—. Yo nada tengo que decir contra nuestro amigo el coronel, pero no todos servimos para hacerlo. Si lo intenta, fracasaremos. El cura ese penetrará en los verdaderos sentimientos del coronel.

—¿Que penetrará? —preguntó con dignidad el coronel.

—Sí, amigo mío, penetrará porque usted, al igual de muchos de sus compatriotas, carece de empatía para comprender las ideas de los demás, siendo ese el gran defecto que yo le encuentro a su nación.

—¡Dejémonos de políticas! —exclamó con impaciencia Belmont.

—No hablo desde el punto de vista político, sino desde otro muy real. ¿Cómo puede el coronel Cochrane simular ante ese sacerdote que está realmente interesado en su religión, siendo así que para él no existe en el mundo otra religión que la pequeña iglesia en que nació y se educó? Yo quiero que conste que no creo que el coronel sea en modo alguno hipócrita, pero tengo la seguridad de que no sabría actuar de manera que engañase a un hombre tan bregado como este ulema.

El coronel cabalgaba muy rígido y con la cara inexpresiva de quien no está completamente seguro de si lo están elogiando o insultando. Por último, dijo:

—Puede usted, si le agrada, hacer de portavoz. Desde luego, me sentiré muy satisfecho de que me releven de esa misión.

—Yo creo que estoy en mejor disposición para desempeñarla, puesto que a mí me interesan por igual todos los credos religiosos. Yo si le pido explicaciones, es porque de verdad las deseo, y no porque estoy representando un papel.

—Yo creo firmemente que sería mucho mejor que monsieur Fardet se encargase de este asunto —dijo la señora Belmont con firme convicción, y ello bastó para que el asunto quedase decidido.

El sol estaba ya muy alto, e iluminaba con brillo intenso los blancos esqueletos que empedraban la ruta. El tormento de la sed volvió de nuevo sobre el pequeño grupo de supervivientes; nuevamente, mientras cabalgaban con las lenguas resecas y los labios encostrados, bailaba ante sus ojos, igual que un espejismo, la visión del salón del *Korosko,* y veían la blanca mantelería, las listas de vinos junto a sus cubiertos, los largos cuellos de las botellas y los sifones en el aparador lateral. Sadie, que hasta entonces se había conducido muy bien, se vio acometida de pronto de histerismo, y sus chillidos de risa insensata ponían horriblemente los nervios de punta al resto del grupo. Su tía por un lado, y mister Stephens por el otro, hacían todo cuanto les era posible para tranquilizarla, y la muchacha, fatigada y sobreexcitada, volvió a sumirse en algo que era mitad sueño y mitad desmayo; cayó como un guiñapo sobre el pomo de la silla, y si no rodó hasta el suelo fue porque los amigos se apiñaron a su alrededor. Los camellos de carga estaban casi tan rendidos como sus jinetes, y éstos tenían una y otra vez que dar tirones a los ronzales

que tenían pasados por la nariz para que no se echasen al suelo. De un extremo al otro del horizonte se extendía la bóveda única del azul sin mancha, y en lo más alto de aquella concavidad monstruosa reptaba el sol inexorable, como deidad magnífica, pero bárbara, que reclamaba para sí un tributo de sufrimiento humano como si fuese un derecho suyo inmemorial.

Seguían caminando por la vieja ruta comercial, pero su avance era muy lento, y más de una vez los dos emires habían retrocedido juntos en sus camellos, cabeceando ominosamente al contemplar el estado de fatiga de los camellos de carga sobre cuyo espinazo iban encaramados los cautivos. El más rezagado de todos era uno montado por un soldado sudanés herido. Renqueaba malamente con un esguince en un tendón, y sólo a fuerza de aguijonearlo lograban que siguiese a los demás. Cuando el animal cruzaba cojeando por delante del emir Wad Ibrahim, éste se echó el Remington a la cara y le metió una bala en la cabeza. El sudanés herido salió disparado hacia adelante desde la alta silla, y cayó pesadamente sobre la ruta endurecida. Sus compañeros de desgracia, al volverse a mirar, vieron cómo se ponía en pie, tambaleándose y con una expresión desencajada en el rostro. En el mismo instante, uno de los *baggaras* se dejó caer del camello con una espada en la mano.

—¡No miren! ¡No miren, por favor! —gritó Belmont a las señoras.

Y todos ellos siguieron cabalgando sin girar las caras. No oyeron ruido alguno; pero pocos minutos después pasó por su lado el *baggara* limpiando su espada en el velludo cuello del camello en que montaba. Al pasar trotando por su lado los miró, y sus dientes brillaron con rápida y maliciosa sonrisa. Pero los que han llegado a lo más hondo de la angustia humana están, por lo menos, defendidos contra el porvenir. Aquella sonrisa maligna y amenazadora que en otra ocasión quizá les hubiera producido escalofríos, les dejó ahora inconmovibles, o cuando más, sólo despertó en ellos el más tenue de los resentimientos.

Había en la vieja ruta de las caravanas muchas cosas que habrían despertado el interés de los cautivos si se hubiesen hallado en otra situación. Aquí y allá, a lo largo de la misma, se veían los restos de antiguos edificios que se desmoronaban; eran tan antiguos, que resultaba imposible fijarles fecha; pero indudablemente estuvieron destinados en alguna remota civilización a proporcionar a los viajeros sombra contra el sol o protección contra los siempre rebeldes hijos del desierto. Los adobes de que estaban construidos aquellos refugios indicaban que los materiales habían sido transportados desde el Nilo lejano. En lo alto de un pequeño montículo vieron

una vez el pedestal destrozado de una columna de granito rojo de Asuán, con el símbolo de las alas desplegadas del dios egipcio grabado en el mismo, y debajo del símbolo, la cartela de Ramsés II. Han transcurrido tres mil años, y uno encuentra por todas partes las huellas imborrables del rey guerrero. La supervivencia más asombrosa de la historia es, sin duda, la de que podamos contemplar todavía a ese hombre, de prominente y dominadora nariz, yacente, con sus poderosos brazos cruzados sobre el pecho, mayestático hasta en su ruina, en el museo de Gizeh. Para los cautivos, aquella cartela era un mensaje de esperanza, porque venía a decirles que se hallaban todavía dentro de la influencia de Egipto. Belmont dijo:

—Dejaron aquí una vez su tarjeta, y la pueden volver a dejar.

Todos se esforzaron por sonreír ante aquellas palabras. Se les presentó poco después una de las visiones más dichosas en que puede descansar la mirada de los hombres. Aquí y allá, en las depresiones que había a uno y otro lado del camino, venían apareciendo unas a manera de espumas verdes, lo que quería decir que el agua no andaba muy lejos de la superficie. De pronto, sin transición alguna, el camino se hundió en una hondonada en forma de cazuela, con un elegantísimo grupo de palmeras, y un verde césped encantador al pie de las mismas. El sol que caía sobre aquel retazo brillante de color limpio y tranquilo, circundado del pardo resplandor del desierto, desprovisto de vegetación que lo rodeaba, le hacía brillar lo mismo que la más pura de las esmeraldas en un engaste de cobre bruñido. Pero no era sólo su belleza; era también lo que prometía para el futuro, a saber, agua y sombra; es decir, todo lo que los fatigados viajeros podían pedir. Hasta Sadie pareció reanimarse con aquel panorama consolador, y los camellos fatigados bufaron y rompieron a caminar a paso más vivo, estirando sus largos cuellos y olfateando el aire. Después de la ruda aspereza del desierto, les pareció a todos que jamás habían contemplado nada tan hermoso como aquello. Miraron desde arriba el verde césped, sobre el que las copas de las palmeras proyectaban sus negras sombras en forma de estrellas, y luego alzaron la vista hacia aquellas hojas de un color verde oscuro que se proyectaban contra el brillante azul del firmamento; se olvidaron de la inminencia de la muerte ante la hermosura de aquella naturaleza, a cuyo seno estaban a punto de retornar.

Los pozos, que se hallaban en el centro del palmeral, consistían en siete concavidades grandes y dos pequeñas en forma de sartén, llenas de agua de un color de turba, y suficientes para proveer ampliamente a cualquier caravana. Camellos y hombres bebieron de aquella agua ansiosamente, aunque tenía un sabor muy salado. Se ataron los camellos a estacas; los árabes

extendieron a la sombra sus esterillas de dormir, y se dijo a los cautivos, después de servirles una ración de dátiles, que podían hacer lo que gustasen durante las horas que restaban de calor, y que el ulema les hablaría antes de la puesta del sol. Se reservó a las mujeres la sombra más espesa de una acacia, y los hombres se tendieron debajo de las palmeras. Las grandes hojas verdes producían un lento siseo por encima de ellos; escuchaban el apagado runrún de la conversación de los árabes, y el sordo rumiar de los camellos; y de pronto, gracias al más misterioso y menos comprendido de los malignos, el uno se vio en un verde valle de Irlanda, la otra paseando por la recta de la Commonwealth Avenue, y el tercero se encontró comiendo en una mesita redonda frente al busto de Nelson en el club del Ejército y de la Marina, y el siseo de las ramas de las palmeras se transformó para él en el ininterrumpido runruneo del Pall Mall. Así fue como sus almas marcharon cada cual por una dirección, retrocediendo a lo largo de caminos de su memoria, extraños y sin huellas precedentes, mientras que los cuerpos cansados y doloridos yacían insensibles, bajo las palmeras, en el oasis del desierto de Libia.

8

Tippy Tilly despertó al coronel Cochrane de su sueño dándole un tirón en el hombro. Al abrir los ojos vio ante sí el rostro negro y lleno de ansiedad del antiguo artillero egipcio. Tenía el dedo encorvado apoyándolo en sus gruesos labios de color de hígado, mientras sus ojos negros miraban a derecha e izquierda con incesante vigilancia.

—¡Estése callado! ¡No se mueva! —cuchicheó en árabe—. Yo me tenderé a su lado, y así no podrán distinguirme de los demás. ¿Me comprende lo que le digo?

—Sí; pero habla despacio.

—Muy bien. Yo no me fío mucho de Mansur. Prefiero hablar directamente con el Miralai.

—¿Qué tienes que decirme?

—He esperado mucho, hasta que estuviesen todos ellos dormidos; pero dentro de una hora nos llamarán para la plegaria del amanecer. Antes que nada, aquí tiene un revólver, para que no pueda decir que está desarmado.

Era un arma anticuada; pero el coronel vio el brillo de un casquillo de percusión y comprendió que estaba cargada. Cogió el revólver y lo deslizó en el bolsillo interior de su chaqueta de Norfolk, y dijo:

—Gracias; sigue hablando despacio, para que pueda entenderte.

—Somos ocho los que deseamos volver a Egipto. Además, en su grupo hay cuatro hombres. Uno de nosotros, Mehemet Alí, ha atado juntos doce camellos, que son los más rápidos de todos, fuera de los que cabalgan los emires. Hay centinelas que montan la guardia, pero están desparramados en todas las direcciones. Los doce camellos están aquí, junto a nosotros —se giró y señaló detrás de la acacia—. Si logramos montar en ellos y arrancar, no creo que haya muchos capaces de alcanzarnos, y para ellos reservamos nuestros rifles. Los centinelas no son lo bastante fuertes para detenernos a nosotros siendo tantos. Los pellejos están llenos de agua, y mañana por la noche podremos estar a la vista del Nilo.

El coronel no lo comprendió todo; pero sí lo suficiente para que en su corazón burbujease un pequeño rayo de esperanza. El último y terrible día había dejado sus huellas en el rostro lívido del coronel y en sus cabellos, que se estaban volviendo rápidamente blancos. Cualquiera le habría tomado por el padre de aquel militar ágil y bien conservado que se paseaba con la espalda bien erguida y el paso de guerrero por el puente del *Korosko*.

—Eso está muy bien —contestó—; pero ¿qué vamos a hacer con las tres mujeres?

El soldado negro se encogió de hombros y respondió:

—¡Mefish! Una de ellas es vieja, y en todo caso dispondremos de mujeres abundantes si logramos regresar a Egipto. A estas no les harán daño alguno, pero las llevarán al harén del califa.

—Lo que dices es un disparate —contestó el coronel con severidad—. Nos llevamos con nosotros a nuestras mujeres, o no nos moveremos de aquí.

—El que habla disparates me parece que es usted —contestó, irritado, el negro—. ¿Cómo puede usted exigirnos a mis compañeros y a mí que hagamos una cosa que está destinada a fracasar? Desde hace años que estamos esperando una oportunidad como ésta, y ahora que ha llegado, usted la quiere echar a perder con esa insensatez acerca de las mujeres.

—¿Qué es lo que os hemos prometido si llegamos a Egipto? —preguntó Cochrane.

—Doscientas libras egipcias y el ascenso en el Ejército, todo bajo la palabra de un inglés.

—Perfectamente. Pues entonces recibiréis cada uno trescientas libras si elaboráis otro plan que nos permita llevar también a las mujeres.

Tippy Tilly se rascó la lanuda cabeza, lleno de perplejidad.

—Podríamos, buscando alguna excusa, traernos otros tres de los camellos más rápidos hasta cerca de aquí. Hay ciertamente otros tres camellos muy buenos entre los que se encuentran cerca del fuego principal, pero ¿cómo vamos a conseguir colocar encima de ellos a las mujeres? y aunque lo consiguiéramos, sabemos muy bien que se caerían en cuanto los camellos empezasen a galopar. No estamos seguros de que ustedes mismos, los hombres, no se caigan, porque no es cosa sencilla sostenerse sobre un camello al galope; pero es imposible que se sostengan las mujeres. No; las dejaremos aquí, y si ustedes no quieren dejarlas, entonces nosotros les abandonaremos a todos ustedes y nos escaparemos solos.

—Entonces no hay más que hablar. ¡Marchaos! —dijo, con brusquedad, el coronel, y se compuso como para seguir durmiendo. Demasiado sabía que con

los árabes es el hombre que no habla quien tiene mayores probabilidades de salirse con la suya.

El negro se alejó sigilosamente y a poca distancia de allí le salió a su encuentro uno de sus camaradas *fellahs*, Mehemet Alí, que era el que cuidaba los camellos. Ambos discutieron unos momentos, porque aquellas trescientas monedas de oro no eran cosa a la que se pudiera renunciar con facilidad. El negro volvió con mucho sigilo hasta reunirse con el coronel Cochrane.

—Mehemet Alí está conforme —dijo—. Ya ha marchado a poner la cuerda en la nariz de otros tres camellos más. Pero es una locura, y todos nosotros marcharemos a la muerte. Y ahora venga conmigo, y despertaremos a las mujeres y se lo diremos.

El coronel sacudió a sus compañeros y les cuchicheó lo que se tramaba. Belmont y Fardet estaban dispuestos a correr cualquier peligro. Stephens, al que la perspectiva de morir pasivamente no le asustaba mucho, se sintió presa de una temerosa convulsión ante la idea de realizar esfuerzos activos para evitarlo, y se echó a temblar en todos sus miembros largos y enjutos. Luego sacó su Baedeker y empezó a escribir su testamento en la guarda del volumen, pero le temblaba la mano y le resultó casi ilegible. Por una extraña disposición de aquella alma de hombre de leyes, la muerte, aun siendo violenta, tenía un lugar en el orden de cosas establecido, si se aceptaba tranquilamente, mientras que una muerte que alcanzaba a una persona que galopaba frenéticamente por el desierto resultaba del todo irregular y trastornaba el orden de las cosas. No era la muerte lo que él temía, sino la humillación y la angustia de una lucha inútil por escapar de ella.

Tippy Tilly y el coronel Cochrane habían reptado juntos hasta la sombra de la voluminosa acacia donde estaban tumbadas las mujeres. Sadie y su tía dormían abrazadas, y la cabeza de la muchacha descansaba sobre el pecho de la anciana. La señora Belmont estaba despierta, y se hizo cargo de todo al instante. En cambio, miss Adams dijo con ansiedad:

—Tienen que abandonarme, seré pesada. ¿Qué más me da, de todos modos, con los años que tengo?

—No y no, tía Elisa. Yo no me moveré sin usted. ¡Ni se le ocurra pensar tal cosa! —exclamó la muchacha—. Es preciso que venga con nosotros inmediatamente, o de lo contrario las dos nos quedaremos aquí donde estamos.

—Vamos, vamos, señora —dijo el coronel—; no hay tiempo para discusiones ni insensateces. Las vidas de todos nosotros dependen de que haga usted un esfuerzo, porque de ninguna manera las dejaremos aquí.

—Me caeré del camello.

—La ataré con el pañuelo de mi casco. ¡Lástima que no disponga del pañuelo-cinturón que dejé al pobre Stuart! Bien, Tippy; creo que podemos lanzarnos a la aventura.

Mientras tanto el soldado negro había estado mirando con rostro desconsolado hacia el desierto, y dio media vuelta, lanzando una maldición.

—¡Miren lo que hemos conseguido con toda su insensatez! ¡Han echado abajo nuestras probabilidades lo mismo que las suyas!

De pronto media docena de camelleros montados habían aparecido en el borde superior de la hondonada en forma de taza, recortándose con nitidez y relieve sobre el fondo del firmamento crepuscular, allí donde el recipiente de cobre se juntaba con su inmensa tapa azul. Venían a toda prisa, y agitaban sus rifles en el aire a medida que avanzaban. Un instante después la corneta tocó alarma, y todo el campamento se puso en pie con el bordoneo de una colmena que se hubiese volcado. El coronel volvió corriendo a reunirse con sus compañeros, y el soldado negro, a su camello. Stephens pareció sentir alivio. Belmont puso rostro huraño, mientras que Fardet, accionando con su mano sana, parecía un loco furioso, y gritaba:

—¡Maldita suerte! ¿No hay manera de que esto acabe? ¿No vamos a escapar jamás de las manos de estos derviches?

—¿De modo que, en efecto, son verdaderos derviches? —preguntó el coronel irónica y agriamente—. Parece que está usted rectificando sus opiniones. Yo pensé que se trataba de una ficción del Gobierno británico.

El genio de aquellos pobres hombres se estaba poniendo irritable y agresivo. La burla del coronel fue como aplicar una cerilla a un depósito de pólvora, y un instante después saltaba el francés delante del coronel vomitando un torrente de frases airadas. Antes que Belmont y Stephens pudieran apartarlo de allí, ya había cerrado sus manos sobre la garganta del coronel.

—Si no fuera por sus canas… —le gritó.

—¡Maldito desvergonzado! —exclamó Cochrane.

—Si hemos de morir, muramos como caballeros, y no como unos golfos pendencieros —dijo Belmont con dignidad.

—Yo únicamente dije que me alegraba de que monsieur Fardet haya aprendido algo con lo que nos ha ocurrido —contestó, burlón, el coronel.

—¡Cierre la boca, Cochrane! ¿Qué se propone usted ofendiéndole? —exclamó el irlandés.

—¡Por Dios, Belmont, que se propasa usted! No tolero que nadie me hable en ese tono.

—Pues tenga cuidado con el que usted mismo emplea.

—¡Caballeros, caballeros, tengan en cuenta que hay aquí señoras! —exclamó contemporizador Stephens.

Aquellos hombres sobreexcitados y nerviosos se sumieron de nuevo en el silencio, yendo y viniendo de un lado para otro, y atusándose con rabia el bigote. El mal humor es cosa de fácil contagio, y hasta el mismo Stephens empezó a enfadarse por la irritación de sus compañeros, y les reprendía cuando pasaban por delante de él. Se encontraban en el momento en que su destino hacía crisis, proyectándose sobre ellos la sombra de la muerte. Y, sin embargo, sus almas sólo pensaban en pequeños agravios tan insignificantes que ni siquiera encontraban palabras adecuadas para expresarlos. El dolor eleva al alma humana hasta alturas extraordinarias, pero el péndulo no interrumpe sus oscilaciones.

Al cabo de un momento tuvieron que dedicar su atención a cuestiones de mayor importancia. Alrededor de los pozos se celebraba un consejo de guerra, y los dos emires, severos e impasibles, prestaban oídos al excitado informe del jefe de la patrulla. Los cautivos pudieron observar que, si bien el viejo permanecía rígido, como una figura cincelada, el emir, más joven, se pasó una o dos veces la mano con gesto nervioso por la barba, y que sus dedos, enjutos y morenos, se crispaban entre las hebras largas y negras.

—Me parece que los del Cuerpo de Camelleros vienen siguiendo nuestra pista —dijo Belmont—. Creo, además, a juzgar por el jaleo que se traen, que no deben andar muy lejos.

—Eso debe ser. Algo les ha puesto en vilo.

—Ahora está dando órdenes. ¿De qué se trata? ¡Eh, Mansur! ¿Qué ocurre ahora?

El dragomán se acercó presuroso, y en su cara morena brillaba la luz de la esperanza.

—Creo que han visto algo que les ha asustado. Debe de ser que vienen siguiéndonos. Han dado orden de llenar los pellejos y de estar preparados para ponerse en marcha así que oscurezca. Pero me han mandado que les reúna a ustedes porque el ulema va a venir a convertirles a todos. Ya le he anunciado que están ustedes muy propicios para convertirse a su fe.

Quizá nunca se sepa hasta dónde había llegado Mansur en las seguridades que había dado al predicador musulmán; éste se acercaba a ellos en aquel mismo instante con sonrisa paternal y satisfecha, como persona a la que

espera una tarea grata y fácil. Era tuerto, con la barba blanca formando fleco alrededor de su cara regordeta; pero que seguramente había sido más gruesa todavía, porque tenía gran número de pliegues y dobleces. Lucía en su cabeza un turbante verde, símbolo de que había hecho su peregrinación a La Meca. Llevaba una alfombra parda en una mano, y una copia en pergamino del Corán en la otra. Extendió su alfombrita en el suelo, e hizo una señal a Mansur para que se pusiese a su lado; acto seguido, y con un amplio ademán circular de su mano, dio a entender a todos los cautivos que se congregasen en torno de él, y luego, señalando el suelo, les indicó que tomasen asiento. Se sentaron a su alrededor, a la sombra de la palmera, sobre el césped verde y corto, aquellos siete seres desamparados, de un credo distinto, y en medio de ellos se sentó también el predicador, pequeño y gordinflón. A medida que iba exponiéndoles los principios de una fe más nueva, más ruda y más fanática, el ojo único del ulema iba saltando de una cara a otra de entre sus oyentes. Éstos escuchaban con atención, y cabeceaban afirmativamente cuando Mansur les traducía la plática; a cada signo de asentimiento, las maneras del predicador se iban haciendo más amables y su palabra más afectuosa.

—¿Por qué habéis de consentir en morir, corderitos míos, si todo lo que se os exige es que abandonéis lo que os llevará a un infierno por toda la eternidad, y que aceptéis, en cambio, la ley de Alá tal cual fue escrita por su profeta, y que os conducirá a goces inimaginables, tal como está prometido en el Libro del Camello? ¿Qué es lo que dice el elegido? —y echó mano de uno de tantos textos, que tienen fuerza de argumentos para quien cree ya en una religión determinada—. ¿No es, además, evidente que Dios está con nosotros al darnos como nos dio la victoria contra los rifles de los turcos cuando no teníamos más armas que los palos? ¿No nos hemos apoderado de El Obeid, y de Khartum, no derrotamos a Hicks y no degollamos a Gordon, y no hemos salido victoriosos de cuantos vinieron contra nosotros? ¿Quién podrá decir, pues, que no nos acompaña la bendición de Alá?

Mientras duró la disquisición del predicador, el coronel había estado mirando lo que ocurría a su alrededor, y había visto que los derviches limpiaban sus fusiles, contaban los cartuchos, y hacían todos los preparativos propios de los soldados que esperan verse pronto en combate. Los dos emires conferenciaban entre sí con semblantes llenos de gravedad, y el jefe de la patrulla apuntaba en dirección a Egipto cuando les hablaba. Era evidente que si conseguían dar largas a las cosas durante algunas horas, tendrían una probabilidad, por lo menos, de rescate. Los camellos no estaban todavía repuestos de su cansancio después de aquella larga marcha, y si los

perseguidores estaban cerca, era casi seguro que acabarían alcanzándolos. Dijo, pues:

—Por amor de Dios, Fardet, esfuércese por que nos siga el juego. Creo que si logramos alargar la situación otra hora, más o menos, tenemos una probabilidad…

Pero no; la dignidad herida de un francés no se apacigua fácilmente. Monsieur Fardet permanecía sentado contra el tronco de la palmera, con expresión de desagrado, y sus negras cejas caídas sobre los ojos entornados totalmente ausentes. No contestó; pero siguió atusándose el bigote, fuerte y tupido.

—¡Vamos, Fardet! Estamos todos pendientes de usted —le dijo Belmont.

—Que sea el coronel quien se encargue de ello, que tiene que meterse en todo —contestó, con despecho, el francés.

—¡Vamos, cálmese! —le contestó Belmont, intentando calmarlo, como si tratase con un muchacho rebelde—. Tengo la completa seguridad de que el coronel le expresará su pesar por lo ocurrido, reconociendo que ha hecho mal.

—No haré ni lo uno ni lo otro —contestó, secamente, el coronel.

—Además, esa es una cuestión puramente personal —prosiguió, apresuradamente, Belmont—. Si nosotros le pedimos que preste más atención al predicador, lo hacemos mirando por el bien de todos, porque estamos convencidos de que es usted quien mejor puede realizar la tarea de hablarle.

Pero el francés se limitó a encogerse de hombros, y adoptar una expresión todavía más lúgubre.

El predicador se fijaba sucesivamente en las caras de los cautivos, y la expresión amable empezó a esfumarse en su cara gruesa y abotagada. Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, y su boca tomó una expresión dura y severa, acabando por decir al dragomán:

—¿Es que estos infieles se están burlando de mí? ¿Por qué hablan entre ellos y no me dicen nada?

—Ese hombre se está impacientando —dijo Cochrane—. Puesto que ese condenado individuo no quiere ayudarnos, intentaré salir del paso lo mejor que pueda.

Pero el fácil ingenio de una mujer salvó la situación.

—Monsieur Fardet —dijo la señora Belmont—, estoy segura de que usted, que es francés y como tal un hombre galante y de honor, no permitirá que sus sentimientos ofendidos sean un obstáculo para el cumplimiento de su promesa y de la obligación que tiene de favorecer a tres mujeres desamparadas.

Fardet se puso inmediatamente en pie.

—Señora, usted ha comprendido mi carácter —exclamó con la mano sobre el corazón—. Soy incapaz de abandonar a una dama. Haré todo cuanto pueda para salir airoso en este asunto. Veamos, Mansur: puedes decir a ese santo varón que estoy dispuesto a discutir con tu mediación los altos problemas que su fe nos plantea.

Demostró una habilidad que asombró a sus compañeros. Adoptó el tono del hombre que se siente vivamente atraído, pero al que le queda todavía en el alma una sola y pequeñísima duda. Pero a medida que el predicador hacía desaparecer aquella nubecilla, surgía siempre alguna otra insignificante pero contumaz cuestión que le impedía aceptar de una manera absoluta la fe del Islam. Sabía mezclar todas sus preguntas de una manera tan hábil, con elogios personales al ulema, y de felicitaciones para los mismos cautivos por haber tenido ocasión de escuchar las enseñanzas de un hombre tan sabio y de un teólogo tan profundo, que las fláccidas bolsas de los párpados inferiores del predicador se estremecían de satisfacción al escucharle, y el francés lo iba llevando de una manera feliz y esperanzadora de una explicación a otra explicación, mientras el azul del firmamento se hacía violeta, y las hojas verdes se convertían en negras, hasta que las serenas estrellas de mayor magnitud brillaron una vez más entre las copas de las palmeras.

—A propósito de esas doctrinas de que habla, cordero mío —dijo el predicador en respuesta a un razonamiento de Fardet—, las he estudiado en la universidad de El Azhar, en El Cairo, y sé muy bien a qué se refieren. Pero la ciencia del creyente no es igual que la del infiel, y no conviene que nosotros pretendamos indagar demasiado profundamente en los proyectos de Alá. Unas estrellas tienen estela; pero otras no la tienen, dulce corderito mío; pero ¿qué adelantamos con saber cómo se llaman las que la tienen y cómo las que no? Dios las ha hecho a todas, y ellas están muy seguras en sus manos. Por eso, amigo mío, no te hinches con el saber insensato de las gentes del Occidente, y bástate con saber que sólo existe una sabiduría: la de plegarse a la voluntad de Alá, tal como la expuso su profeta elegido en el libro en que éste la dejó escrita para nosotros. Y ahora, corderos míos, veo que estáis dispuestos a ingresar en el Islam, y ha llegado ya el momento de hacerlo, porque esa corneta nos advierte que estamos a punto de emprender la marcha, y el excelente emir Abderramán ordenó que os decidáis en un sentido o en otro, antes que abandonemos los pozos.

—¡Sin embargo, padre mío, hay otros puntos sobre los que me agradaría mucho ser instruido!, porque es en verdad un placer el escuchar vuestras

palabras después de las confusas explicaciones que hemos recibido de otros doctores —dijo el francés.

Pero el predicador se había puesto en pie, y en su ojo único asomaba una vibración de recelo.

—Podemos dejar estas otras enseñanzas para más adelante —dijo—, puesto que hemos de viajar juntos hasta Khartum, y será para mí un verdadero placer durante el viaje haceros crecer en sabiduría y en virtud.

Se dirigió hasta la hoguera más próxima, y agachándose con la pomposa lentitud de un hombre voluminoso, volvió junto al grupo trayendo en la mano dos palos medio chamuscados, y los colocó en el suelo en forma de cruz. Los derviches acudieron formando grupos para presenciar el acto en que los nuevos conversos serían admitidos a su rebaño. Se situaron alrededor formando círculo a la luz del ocaso, cual figuras altas y fantasmagóricas, mientras los largos cuellos y las arrogantes cabezas de los camellos se balanceaban por encima.

—Como ahora no puedo dedicaros más tiempo —dijo el predicador con voz que había perdido su tono conciliador y persuasivo—, he formado aquí en el suelo con dos palos el símbolo necio y supersticioso de vuestro credo antiguo. Lo pisotearéis en señal de que renunciáis al mismo, y besaréis el Corán, en señal de que lo aceptáis. Las demás enseñanzas que os son necesarias os las daré durante el viaje.

Aquel grupo que formaban los cuatro hombres y las tres mujeres se puso en pie para afrontar la crisis de su destino. Con excepción de miss Adams y de la señora Belmont, ninguno de ellos tenía profundas convicciones religiosas. Todos eran personas mundanas, y algunos estaban en desacuerdo con todo cuanto aquel símbolo representaba. Pero estaban poseídos de su orgullo de europeos, del orgullo de la raza blanca, que los mantenía aferrados a la fe de sus compatriotas. Era un móvil pecaminoso, mundano, ajeno a las enseñanzas cristianas, pero que estaba a punto de convertirlos en mártires públicos del credo cristiano. En la muda tensión de sus nervios, los ruidos más pequeños resonaban en sus oídos con súbita magnitud. El siseo de las hojas de las palmeras encima de ellos les parecía el fluir de las aguas de un río caudaloso, y allá lejos, muy lejos, percibieron el pataleo sordo y suave de un camello que galopaba.

—Algo viene hacia nosotros —cuchicheó Cochrane—. Trate usted de entretenerlos unos cinco minutos más, Fardet.

El francés se adelantó, con un vaivén de su mano herida, y con el aire de quien está dispuesto a pasar por todo.

—Di a este santo varón que estoy dispuesto a aceptar sus enseñanzas, y lo mismo les ocurre, estoy seguro, a todos mis amigos —dijo Fardet al dragomán—. Pero yo desearía que él hiciese una cosa que disiparía todas las dudas posibles que aún pudieran quedar en nuestros corazones. El que una religión es verdadera puede afirmarse por los milagros que hacen quienes la profesan. Aunque yo sólo soy un cristiano muy humilde, puedo realizar algunos en virtud de mi religión. Pero usted, siendo como es superior su religión, puede hacer, sin duda, muchos más, y por eso le ruego que nos dé una señal que nos permita afirmar que sabemos que la religión del Islam es la más poderosa de todas.

El árabe oculta detrás de su dignidad y reserva un importante fondo de curiosidad. El silencio que se hizo entre los árabes expectantes demostró que las palabras del francés, traducidas por Mansur, les atraían.

—Esas son cosas que sólo están en las manos de Alá —dijo el sacerdote—. No nos toca perturbar sus leyes; pero si tú gozas de esos poderes que dices, haz que seamos testigos de ellos.

El francés se adelantó, y alargando la mano, extrajo un dátil, ancho y reluciente, de la barba del predicador. Se lo tragó, e inmediatamente extrajo otro de su codo izquierdo. Durante el viaje a bordo del barco había hecho con frecuencia aquel juego de prestidigitación para divertir a sus compañeros de excursión, y estos se habían reído educadamente a costa del francés, porque este no tenía la habilidad suficiente para engañar a los despiertos observadores europeos. Pero ahora les pareció que aquel sencillo ejercicio de prestidigitación iba a ser quizá el punto del que estarían pendientes sus destinos. Surgió de entre el círculo de árabes un profundo runruneo de sorpresa, que se agrandó cuando el francés extrajo otro dátil de la nariz de un camello y lo lanzó por los aires sin que, aparentemente, volviese a caer a tierra. Sus compañeros advirtieron con claridad que era de la manga entreabierta de donde salía todo; pero la tenue luz crepuscular favorecía al prestidigitador. Tan absorta y encantada estaba la concurrencia, que nadie reparó en un camellero que pasó trotando con rapidez por entre los troncos de las palmeras. Todo habría marchado bien si Fardet, arrastrado por su propio éxito, no hubiese tratado de repetir una vez más su truco, cayéndole el dátil de la mano, detalle que puso de relieve el engaño. Fue inútil que tratase de pasar a otro de los recursos de su pequeño repertorio. El ulema dijo algo, y uno de los árabes cruzó la espalda de Fardet con un golpe de la gruesa empuñadura de su lanza, y el irritado sacerdote gritó:

—Basta ya de juegos de chiquillos. ¿Somos nosotros hombres o niños para que hayas tratado de engañarnos de esta manera? Aquí está la cruz, y aquí el Corán. ¿Cuál es vuestra elección?

Desconsolado, Fardet miró a sus compañeros, y dijo al coronel Cochrane:

—Yo ya no puedo hacer nada más; usted me pidió cinco minutos, y se los he ganado.

—Quizá baste con ellos —contestó el soldado—. Aquí tenemos a los emires.

El camellero cuyo trotar lejano habían oído se había dirigido hacia donde estaban los dos jefes árabes, y les había hecho un breve informe, acompañado con enérgicos golpes del dedo índice en la dirección de donde acababa de llegar. Hubo entre los emires un rápido cambio de palabras, y a continuación se dirigieron hacia el grupo que rodeaba a los cautivos. Aunque bárbaros y fanáticos no por eso dejaban de ser dos hombres de continente mayestático, al avanzar por entre la penumbra crepuscular del bosque de palmeras. El severo viejo de la barba blanca alzó la mano, habló rápidamente con frases breves y contundentes, y sus salvajes seguidores le ladraron lo mismo que los sabuesos al jefe de caza. El fuego que ardía en sus ojos altaneros volvió hacia los seguidores reflejado en un centenar de otros ojos ardientes. Allí se veía la fuerza y la amenaza del movimiento en favor de Mahdi; allí, en aquellos rostros convulsos, en aquel fleco de brazos agitados en alto, en aquellas almas frenéticas, al rojo vivo, que no pedían otra cosa sino morir derramando su sangre, a condición de que sus propias manos estuviesen manchadas con la sangre de sus enemigos.

—¿Abrazaron los cautivos la fe verdadera? —preguntó el emir Abderramán, mirándolos con sus ojos crueles.

El ulema tenía que cuidar de su propia reputación, y no podía confesar un fracaso.

—Estaban a punto de hacerlo cuando…

—Déjalos por un momento, ulema —le interrumpió.

Una orden suya y todos los árabes saltaron sobre sus camellos. El emir Wad Ibrahim se puso inmediatamente en marcha con casi la mitad de la cuadrilla. Los otros quedaron montados y dispuestos, con sus rifles a mano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Belmont.

—Las cosas van mejorando —exclamó el coronel—. Por vida de…, que me parece que acabaremos por salir con bien del paso. El Cuerpo de Camelleros sigue nuestra pista muy de cerca.

—¿Cómo lo sabe?

—¿De qué otra cosa podrían asustarse?

—¡Coronel! ¿Cree usted de verdad que nos salvaremos? —sollozó Sadie.

La monótona rutina de aflicción por la que había pasado amortiguó los nervios de todos, haciéndolos incapaces de vivas sensaciones; pero este súbito retorno de esperanza les produjo la misma agonía que se siente al revivir un miembro del cuerpo que se había helado. Hasta el enérgico Belmont, tan dueño de sí mismo, estaba lleno de dudas y recelos. Se mantuvo esperanzado cuando no tenía señal alguna de que les viniera socorro, pero ahora temblaba al ver que se acercaba.

—De venir, habrán venido en número suficiente —exclamó—. Por Júpiter, que si el comandante les dejó venir formando un destacamento débil, habrá que someterle a un consejo de guerra.

—De todos modos, estamos en las manos de Dios —dijo su mujer con acento irlandés acariciador—. Arrodíllate conmigo, querido John, por si lo hacemos por última vez, y pide a Dios que no nos separemos ni en la tierra ni en el cielo.

—¡No hagan ustedes eso! ¡No hagan eso! —exclamó el coronel, lleno de ansiedad, porque vio que el tuerto ulema tenía clavado en ellos su ojo sano.

Pero era demasiado tarde, porque los dos católicos se habían arrodillado y se santiguaban. La cara del sacerdote musulmán se contrajo con un espasmo de furor ante aquel testimonio público del fracaso de sus esfuerzos de misionero. Se volvió y dijo algo al emir.

—¡Levántense! —gritó Mansur—. ¡Levántense si estiman en algo su vida! Le está pidiendo permiso para matarlos.

—¡Que haga lo que mejor le parezca! —contestó el terco irlandés—. Nos pondremos en pie cuando hayamos dado fin a nuestras oraciones, y no antes.

El emir escuchaba al sacerdote mahometano, con la siniestra mirada fija en el hombre y la mujer que estaban de rodillas. De pronto dio una o dos órdenes, y acercaron cuatro camellos. Los dos camellos de carga en que habían cabalgado hasta entonces los cautivos seguían sin ensillar en el lugar mismo en que los habían maneado.

—¡No sea usted insensato, Belmont! —gritó el coronel—. Todo depende de que les llevemos la corriente. ¡Levántese, Belmont, por Dios! Lo único que consigue con eso es irritarlos.

El francés miró a la pareja y se encogió de hombros, exclamando:

—¡Válgame Dios! ¿Dónde se vio gente más absurda? ¡Sólo faltaba esto! —agregó con un chillido, al ver que las dos mujeres estadounidenses se

arrodillaban junto a la señora Belmont—. Lo mismo que hacen los camellos: se arrodilla uno, se arrodillan todos. ¿Dónde se vio cosa tan disparatada?

También mister Stephens se había arrodillado junto a Sadie, ocultando su rostro macilento entre sus manos largas y delgadas. Únicamente el coronel y monsieur Fardet permanecían en pie. Cochrane miró al francés con mirada interrogadora, y dijo finalmente:

—Después de todo, es una estupidez orar durante toda la vida, y no hacerlo ahora, cuando no tenemos otra esperanza que la bondad de la Providencia.

Con el busto rígido y erguido militarmente, se dejó caer de rodillas, con su mandíbula blanca y sin afeitar caída sobre el pecho. El francés contempló un momento a sus compañeros arrodillados, y luego miró hacia los rostros irritados del emir y del ulema, y refunfuñó:

—*Sapristi*! ¿Irán esos a pensar que un francés les tiene miedo?

Entonces, santiguándose con ostentación, se arrodilló junto a los demás. Sucias, harapientas, desastradas, las siete figuras arrodilladas esperaron humildemente su destino, envueltas en la negra sombra que proyectaba la palmera.

El emir se volvió hacia el sacerdote musulmán con sonrisa burlona, y apuntó con el dedo hacia aquel resultado palpable de sus predicaciones. Luego dio una orden, y los cuatro hombres fueron sujetados en un instante; un par de hábiles vueltas dadas con una manea de camello bastaron para inmovilizarlos. Fardet lanzó un gemido, porque la cuerda le había penetrado en la herida abierta que tenía en su muñeca. Los otros mantuvieron la dignidad de la desesperación. Mansur exclamó, retorciéndose las manos:

—Lo han echado todo a perder, y también me han arruinado a mí. Las mujeres serán puestas encima de aquellos tres camellos.

—¡Jamás! —gritó Belmont—. ¡No podrán separarnos! —se abalanzó como un loco, pero las privaciones le habían debilitado, y dos hombres fornidos le sujetaron, uno por cada codo.

—¡No te excites, John! —le gritó su esposa cuando la llevaban apresuradamente hacia el camello—. Ningún daño me ocurrirá. No forcejees, porque de otro modo te atacarán.

Los cuatro hombres se retorcieron de dolor al ver cómo arrancaban de su lado y se llevaban a rastras a las mujeres. Todas sus anteriores angustias no habían sido nada comparadas con ésta de ahora. Sadie y miss Adams parecían medio desmayadas de miedo. La única que se mostró valerosa fue la señora Belmont. Cuando estuvieron en sus cabalgaduras, los camellos se alzaron, y

fueron llevados hasta debajo del árbol junto al que los cuatro hombres estaban de pie, Belmont dijo, levantando la vista hasta su esposa:

—En el bolsillo tengo la pistola, y si pudiera entregártela, eso me tranquilizaría.

—Guárdala, John, que quizá te sea útil todavía. Yo nada temo. Desde que hemos orado tengo la sensación de que nuestros ángeles guardianes nos protegen con sus alas.

También ella fue lo mismo que un ángel guardián cuando se volvió hacia la aterrada Sadie, y logró a fuerza de mimos devolver un poco de esperanza a la desconsolada joven.

El árabe pequeño y fornido que había mandado hasta entonces la retaguardia de Wad Ibrahim se había reunido con el emir y con el ulema; los tres cambiaron impresiones entre sí, mirando algunas veces de soslayo a los prisioneros. De pronto el emir habló a Mansur, y éste dijo a los demás:

—El jefe quiere saber cuál de ustedes cuatro es el más rico —los dedos del dragomán se retorcían nerviosos y tironeaban constantemente la parte delantera de su sobretodo.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó el coronel.

—Lo ignoro.

—La cosa es clarísima —exclamó monsieur Fardet—. Quiere saber cuál de nosotros le conviene dejar con vida para que le paguen un rescate por él.

—Deberíamos decidir entre nosotros la contestación —dijo el coronel—. Usted, Stephens, es verdaderamente quien tiene que decidir, porque estoy seguro de que es el más rico de todos nosotros.

—Yo no estoy seguro de eso —contestó el abogado—; pero, en todo caso, no quiero tener preferencia alguna sobre los demás.

El emir volvió a hablar en tono áspero e imperioso, y Mansur tradujo con impaciencia:

—Dicen que los camellos de carga están agotados, y que sólo queda una bestia capaz de seguir la marcha. Está preparado para que monte uno de ustedes, y tienen que decidir ustedes mismos quién ha de ser. Si hay alguno más rico que los demás, se le dará preferencia.

—Dile que todos somos igualmente ricos.

—Dice que, siendo así, elijan ustedes mismos quién ha de montar en el camello.

—¿Y los demás?

El dragoman se encogió de hombros. Entonces dijo el coronel:

—Puesto que uno solo de nosotros ha de salvarse, creo que ustedes convendrán conmigo en que le corresponde a Belmont, que es casado.

—Sí, sí —exclamó Fardet—; que sea monsieur Belmont.

—Opino lo mismo —dijo Stephens.

Pero el irlandés no quiso ni oír hablar de semejante cosa, y exclamó:

—De ninguna manera. Debemos correr todos la misma suerte. Nos hundimos todos o salimos todos a flote, y que el diablo se lleve al que flaquee.

Llegaron hasta el acaloramiento en aquel forcejeo de generosidades. Uno de ellos dijo que debía marchar el coronel, porque era el más viejo, y eso irritó muchísimo a Cochrane, que protestó:

—Cualquiera creería oyéndoles que soy un octogenario. Esas observaciones están completamente fuera de lugar.

—Pues entonces —dijo Belmont— neguémonos todos a aceptar el ofrecimiento.

—Eso no me parece muy razonable —exclamó el francés—. Queridos amigos, fíjense en que se llevan solas a las mujeres. Es preferible con mucho que uno de nosotros marche con ellas y les sirva de ayuda.

Se miraron unos a otros llenos de perplejidad. Lo que Fardet decía era, sin duda, lo más sensato, pero ¿cómo iba ninguno de ellos a abandonar a sus camaradas? El emir mismo sugirió la solución.

—Dice el jefe —tradujo Mansur— que si ustedes no se ponen de acuerdo en quién ha de marcharse, lo mejor será que lo dejen en manos de Alá y lo echen a suertes.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer —dijo el coronel, y sus tres compañeros cabecearon afirmativamente. El predicador musulmán se les acercó con cuatro astillas de corteza de palmera entre los dedos, de las que sobresalían únicamente las puntas. Mansur dijo:

—Dice que quien saque la más larga tendrá el camello.

—Es absolutamente preciso que nos sometamos a lo que salga —dijo Cochrane, y también ahora sus compañeros cabecearon su conformidad.

Frente a aquellos hombres, los derviches habían formado un semicírculo con un fleco de cabezas oscilantes de camellos. Tenían delante la hoguera, que proyectaba su roja luz sobre el grupo. El emir permanecía de espaldas al fuego, y dando su rígida cara a los prisioneros. Detrás de los cuatro hombres había una línea de guardianes, y detrás de éstos las mujeres, que contemplaban desde lo alto de sus camellos aquella tragedia. El ulema tuerto

y regordete adelantó el puño cerrado, sonriendo maliciosamente, con las cuatro briznas pardas sobresaliendo por entre sus dedos.

Lo presentó en primer lugar a Belmont. El irlandés dejó escapar un refunfuño involuntario, y su mujer jadeó a espaldas suyas, al ver la astilla que había sacado. Luego le tocó el turno al francés, cuya astilla era media pulgada más larga que la de Belmont. Después vino el coronel Cochrane, cuya astilla era mayor que las otras dos juntas. La de Stephens era tan pequeña como la de Belmont. El coronel había resultado el ganador en aquella horrenda lotería, y dijo:

—Belmont, le cedo muy a gusto mi puesto. No tengo ni mujer ni hijos, y muy pocos amigos en el mundo. Vaya con su mujer, que yo me quedaré más satisfecho.

—¡De ninguna manera! La palabra es la palabra. El juego ha sido limpio, y el premio para el más afortunado.

—El emir dice que monte usted inmediatamente —dijo Mansur.

Y un árabe arrastró sin contemplaciones al coronel por la cuerda con que tenía sujetas las muñecas hasta el camello que le esperaba.

El emir dijo a su subordinado:

—Irá en la retaguardia. Llévate también contigo a las mujeres.

—¿Y qué hago con este perro de dragomán?

—Ponlo junto con esos otros.

—¿Y qué hago con todos? —Mátalos.

9

Como ninguno de los tres entendía el árabe, la orden dada por el emir habría sido un misterio para ellos de no haber visto la conducta de Mansur. Después de su traición y de todas sus obsequiosidades y de su apostasía, el desdichado dragomán vio realizados sus peores temores al dar el jefe de los derviches su concisa orden. El pobre desdichado lanzó un chillido de terror y se arrojó al suelo de cara, aferrándose a la extremidad de la chilaba del árabe, clavando sus dedos morenos en el borde del vuelo de la prenda de algodón. El emir dio un tirón para quedar libre, y viendo que no soltaba prenda y seguía agarrado convulsivamente, se volvió y pegó un puntapié a Mansur, con la maligna irritación con que golpea uno para librarse de un gozquejo molesto. El fez alto y rojo del dragomán voló por los aires y Mansur quedó con la cara en el suelo lanzando gemidos en el mismo lugar en que la atontadora patada del calloso pie del árabe lo había dejado tumbado.

En el campamento era todo actividad, un ir y venir. El viejo Abderramán hacía rato que ya estaba montado en su camello, y algunos de la partida salían en seguimiento de sus compañeros. El jefecillo achaparrado, el ulema y una docena de derviches rodearon a los cautivos. No habían montado todavía en sus camellos, porque les habían encargado el papel de ejecutores de la sentencia. Los tres hombres comprendieron al mirar a las caras de estos guardianes que quedaba ya poquísima arena en la clepsidra de sus vidas. Sus muñecas seguían atadas, pero sus guardianes ya no les sujetaban por la cuerda. Los tres se volvieron para decir adiós a las mujeres, que se alejaban en los camellos.

—Todo se acabó, Nora —dijo Belmont—; es mala suerte, porque había, aunque remota, una posibilidad de que nos libertasen; pero hemos obrado lo mejor que hemos podido.

Por primera vez el ánimo de su esposa se había desplomado. Sollozaba convulsivamente, tapándose la cara con las manos.

—¡No llores, querida mía! Lo hemos pasado bien el uno junto al otro. Haz presente mi cariño a todos los amigos que tenemos en Bray. Recuérdame a

Amy McCarthy y a los Blessingtons. Encontrarás que te queda lo suficiente para vivir e incluso para ahorrar, pero sigue los consejos de Rogers en la cuestión de invertir los ahorros. No lo olvides.

—¡Oh, John, yo no podré vivir sin ti!

El dolor que le produjo a aquel hombre fuerte el sufrimiento de su esposa lo abatió, y escondió la cara en el velludo costado del camello en que ella montaba. Marido y mujer sollozaban juntos, abrumados por el dolor.

Mientras tanto Stephens se había abierto camino hasta el camello en que montaba Sadie. Ésta distinguió en la penumbra la expresión anhelante de su rostro cansado que levantaba los ojos hacia ella. Stephens dijo:

—No tenga miedo por su tía ni por usted. Estoy seguro de que se salvarán. El coronel Cochrane las cuidará. Los soldados egipcios deben de encontrarse ya muy cerca. Beba un buen trago antes de abandonar los pozos. Quisiera darle mi chaqueta a su tía, porque esta noche hará frío, pero no sé si podré quitármela. Que guarde una parte del pan, y cómanlo ustedes por la mañana al amanecer.

Hablaba con toda tranquilidad, como si estuviese arreglando los detalles de una excursión campestre. El corazón impulsivo de Sadie se sintió atravesado por una súbita llama de admiración hacia aquel hombre serenamente enérgico.

—¡Qué generoso es usted! —exclamó—. En mi vida he conocido a otro hombre igual. ¡Que me hablen a mí de santos! Se encuentra usted delante mismo de la muerte, y sólo piensa en nosotras.

—Sadie, quiero decirle unas últimas palabras, si no se ofende. Después de decírselas moriré mucho más feliz. Muchas veces he querido hablarle, pero pensaba que usted se iba a echar a reír, porque nunca toma nada muy en serio, ¿no es así? Esa actitud es muy natural, dada su juvenil vitalidad; pero para mí es una cosa muy grave. Siendo como soy ya un hombre muerto, no tiene gran importancia lo que diga.

—¡Cállese, por favor, mister Stephens! —exclamó la muchacha.

—Me callaré, si le resulta a usted muy doloroso. Yo, como ya le he dicho, moriría más feliz, pero no quiero ser egoísta. Si creyese que con ello iba a ensombrecer su vida de aquí en adelante, o que constituiría para usted un recuerdo triste, no diría una sola palabra.

—¿Y qué desea decirme?

—Iba a decirle únicamente que la amo. La he amado desde el primer momento en que la vi. Desde ese momento me convertí en otro hombre al estar a su lado. Pero yo me daba perfecta cuenta de que eso era un absurdo.

Jamás le hablé una palabra a ese respecto, y procuré no exponerme al ridículo. Pero ahora que no tiene importancia ni en un sentido ni en otro, quiero que lo sepa. Le aseguro que de no haber sido porque veía sus miedos y su infelicidad, estos dos últimos días en los que hemos permanecido constantemente juntos habrían sido los más dichosos de mi vida.

La muchacha permaneció pálida y callada, mirando con ojos de asombro al rostro que se volvía para mirarla. No sabía qué hacer ni qué decir en presencia de aquel amor que ardía de manera tan luminosa bajo la sombra de la muerte. Aquello le resultaba incomprensible a su corazón de niña, pero veía, sin embargo, que era también una cosa dulce y magnífica.

—Y basta con esto —dijo—. Ya veo que sólo consigo enredarlo todo; pero yo quería que usted lo supiese, y ya lo sabe, de modo que no hay nada más que decir. Gracias por haber escuchado con tanta paciencia y bondad. ¡Adiós, mi pequeña Sadie! Yo no puedo alzar mi mano. ¿Quiere usted alargarme la suya?

Así lo hizo ella, y Stephens la besó. Luego volvió a situarse entre Belmont y Fardet. En toda su vida de lucha y de éxitos no había llegado jamás a sentir una satisfacción tan serena como la que le embargaba por completo en aquel instante, cuando ya la garra de la muerte se cerraba sobre él. No vale razonar acerca del amor. Es la realidad más íntima de la vida, la única que apaga y cambia todas las demás realidades, la única que sacia absolutamente y es completa por sí misma. Cuando esa bruma dorada nos envuelve, el dolor se convierte en gozo, y la muerte en dulzura. Stephens habría sido capaz de cantar de júbilo al enfrentarse con sus asesinos. La verdad es que no disponía de tiempo para pensar en ello. Lo importante, lo que lo embargaba por completo, lo que lo sumía en una dicha nueva, era el que ella ya no lo recordaría como un hombre al que había conocido casualmente. Se acordaría de él durante toda su vida. Sí, se acordaría.

El coronel Cochrane estaba a su lado, y el veterano soldado, al que habían dejado sueltas las muñecas, contemplaba aquella escena y se preguntaba con la tenacidad en él habitual si, en efecto, había que abandonar toda esperanza. Era evidente que los árabes que estaban agrupados alrededor de sus víctimas se quedarían con éstas, mientras que los que estaban ya montados los escoltarían a él y a las mujeres. No alcanzaba a comprender cómo no les habían cortado ya el cuello, a menos que, con un refinamiento cruel propio de la mentalidad oriental, esta retaguardia hubiese recibido la orden de esperar hasta el momento en que los egipcios se les echasen encima, a fin de que los cuerpos aún calientes de las víctimas fuesen como un escarnio para los

perseguidores. Sin duda que aquella era la explicación exacta. El coronel había oído hablar en otras ocasiones de ese recurso.

Pero, en ese caso, los guardianes de los cautivos no podían ser más de doce. ¿Estarían entre ellos algunos de los amigos? Si estuviesen allí Tippy Tilly y otros seis de sus hombres, y si Belmont lograse desligarse las manos y empuñar su revólver, quizá lograsen salvarse todavía. El coronel estiró el pescuezo y dejó escapar un gemido de desilusión. Podía distinguir a la luz de la hoguera la cara de los guardianes. Eran todos *baggaras*. Con seguridad que Tippy Tilly y los demás se habían adelantado con la vanguardia. Por vez primera, el enérgico veterano abandonó toda esperanza.

—¡Adiós, compañeros!… ¡Que Dios os bendiga! —dijo al sentir que un negro tiraba del ronzal de su camello y le obligaba a ponerse en camino.

Las mujeres le siguieron, sumidas en un dolor que no hay palabras para describir. Su marcha constituyó un alivio para los tres hombres que allí quedaban.

—Me alegro de que al fin se los hayan llevado —exclamó Stephens, y sus palabras le brotaban de lo más hondo del corazón.

—Sí, sí; es mejor —dijo Fardet—. ¿Cuánto tiempo vamos a esperar?

—No será mucho —dijo Belmont sombríamente al observar que los árabes estrechaban el cerco a su alrededor.

El coronel y las tres mujeres, desde el borde del oasis, dirigieron una última mirada hacia atrás. Distinguieron por entre los rectos troncos de las palmeras el resplandor del fuego, y tuvieron una última visión de tres sombreros blancos por encima del grupo de árabes. Un instante después los camellos salieron al trote, y cuando los cuatro miraron hacia atrás, el palmeral no era más que una masa negra con el tenue resplandor de luz en alguna parte del fondo de la misma. Mientras miraban con ojos ansiosos aquel punto rojo palpitante, salvaron el reborde de la depresión, y un instante después estaban envueltos en el desierto inmenso, mudo, iluminado por la luna, sin la menor señal del oasis del que habían salido. Por todas partes, el firmamento aterciopelado, de azul oscuro, con las estrellas rutilantes, formando bóveda que descendía hasta tocar la inmensa llanura parda. Firmamento y desierto se confundían en el horizonte.

Las mujeres cabalgaban en silencio, sumidas en el desconsuelo, y tampoco hablaba el coronel. ¿Qué podía decir? Pero de pronto se irguieron los cuatro en sus sillas, y Sadie dejó escapar un grito de dolor. En el silencio de la noche, y a sus espaldas, se oyó el atronador disparo de un rifle, luego de otro,

y después de varios juntos, en viva ráfaga, y al cabo de un intervalo, otro disparo más.

—¡Quizá sean nuestros salvadores! ¡Quizá sean los soldados egipcios! —exclamó la señora Belmont con un súbito llamear de esperanzas—. Coronel Cochrane, ¿no cree usted que pueden ser los egipcios?

—Sí, sí —gimoteó Sadie—. Deben de ser los egipcios.

El coronel había permanecido a la escucha, pero había vuelto a reinar el silencio. Se descubrió con ademán solemne, y dijo:

—Es inútil que pretendamos engañarnos, señora Belmont; es preferible que nos encaremos con la realidad. Nuestros amigos se fueron de nuestro lado, pero han sabido morir como valientes.

—Pero ¿por qué habían de disparar sus fusiles? Tenían sus…, sus lanzas.

Al decirlo sintió un escalofrío.

—Sí, es cierto —dijo el coronel—. Por nada del mundo querría yo quitarles ningún motivo real que les permita mantener la esperanza. Por otro lado, nada se gana si han de resultar luego en desilusiones más amargas. Si lo que hemos escuchado hubiese sido un ataque, la respuesta no se habría hecho esperar. Además, los egipcios habrían atacado con el grueso de sus fuerzas. Desde luego, según ha hecho usted notar, resulta un poco extraño que esos hombres hayan gastado sus cartuchos… ¡Por Júpiter, miren hacia allá!

El coronel señalaba hacia el desierto por el lado de Oriente. Dos figuras avanzaban rápida y furtivamente por la llanura, como sombras negras fugitivas sobre el suelo de un color algo más claro. Las vieron confusamente, surgiendo y desapareciendo en las ondulaciones del desierto, perdiéndose unas veces para luego reaparecer en la tenue luz. Huían del lugar en que estaban los árabes. De pronto se detuvieron en lo alto de la cima de una colina de arena, y los cautivos vieron recortarse claramente sus siluetas contra el azul del firmamento. Eran camelleros, pero cabalgaban sobre sus bestias a horcajadas, al estilo de quien cabalga en un caballo.

—¡Son del Cuerpo de Camelleros egipcios! —exclamó el coronel.

—Pero sólo son dos hombres —dijo miss Adams con acento abatido.

—¡Se trata nada más que de exploradores, señora! Lanzan tentáculos por todo el desierto. Éste es uno de ellos; yo calculo que el cuerpo principal no estará más lejos de unos diez kilómetros. ¡Fíjese cómo han dado ahora la alarma! ¡Magnífico Cuerpo de Camelleros!

Aquel soldado tan metódico y con tal dominio de sí mismo se había dejado llevar de la emoción súbita hasta casi hablar entre balbuceos. Estalló en lo alto de la colina de arena una llama rojiza, y luego otra, seguidas ambas

del ruido de los disparos de los rifles. Y de pronto las dos figuras desaparecieron con un rápido hopeo, tan veloces y silenciosas como dos truchas en un arroyo.

Por un momento, los árabes habían hecho alto como si no supiesen si debían retrasar la marcha para perseguirlos o no. Pero ya nada quedaba por perseguir, porque entre las ondulaciones de las arenas movedizas los exploradores podían haber tomado cualquier dirección. El emir galopó hacia atrás, recorriendo toda la línea, haciendo exhortaciones y dando órdenes. Los camellos empezaron luego a trotar, y las esperanzas de los cautivos desaparecieron entre las angustias del terrible traqueteo. Una tras otra cubrían los kilómetros avanzando veloces por la inmensa llanura; las mujeres se agarraban lo mejor que podían a los pomos de las sillas; el coronel estaba casi tan rendido como las mujeres, pero seguía acechando vivamente cualquier señal de los perseguidores.

—Me parece, me parece que algo se mueve delante de nosotros —exclamó la señora Belmont.

El coronel se irguió sobre su silla, miró a la luz de la luna, dijo:

—¡Por vida de… que tiene usted razón, señora! Allá a lo lejos se ve gente.

Para entonces podían ver todos, muy lejos y más adelante que ellos, una línea desparramada de jinetes.

—Llevan la misma dirección que nosotros —dijo la señora Belmont, cuya agudeza visual era mucho mejor que la del coronel.

Cochrane masculló un taco al socaire de sus bigotes, y dijo:

—Miren estas huellas. Es, desde luego, la vanguardia de estos bandidos, que salió del oasis antes que nosotros. Su jefe nos lleva a este paso infernal con objeto de alcanzarlos.

A medida que se fueron acercando pudieron ver con más claridad que se trataba verdaderamente del otro grupo de árabes, y poco después se presentaba ante ellos el emir Wad Ibrahim para cambiar impresiones con el emir Abderramán. Señalaron hacia la dirección en que habían aparecido los exploradores y cabecearon como hombres a quienes asaltan muchos y serios recelos. Después formaron las dos fuerzas una sola línea larga y ondulante y avanzaron a buen paso en la dirección de la Cruz del Sur, que centelleaba delante de ellos sobre la línea misma del horizonte. Prosiguieron hora tras hora el trotar espantoso, durante el cual las señoras se aferraban convulsivamente, casi a punto de desmayo, y Cochrane, agotado, pero indomable, las animaba a resistir y oteaba hacia atrás, buscando por el desierto el primer indicio de la presencia de sus perseguidores. La sangre latía

en sus sienes, y empezó a gritar que oía, brotando de la oscuridad, el redoble de tambores. En su febril delirio veía nubes de perseguidores que les pisaban los talones, y durante toda la noche estuvo dando a gritos noticias alegres que acababan en desilusión y angustia.

La salida del sol descubrió ante sus ojos la redondez del desierto que se alargaba en todas direcciones hasta perderse de vista, sin que sobre su faz monstruosa se moviesen otros seres que ellos. Con ojos entristecidos y corazones angustiados, los cautivos miraron en derredor por aquella inmensa y vacía extensión. Sus esperanzas se fueron esfumando lo mismo que la ligera neblina de la mañana sobre el horizonte.

Resultaba un espectáculo doloroso para aquellas mujeres mirar al coronel, comparándolo con el veterano soldado, ágil y fuerte, que había sido su compañero de viaje desde El Cairo. Igual que en el caso de miss Adams, parecía que la vejez había saltado de golpe sobre su persona. Sus cabellos, que habían ido encaneciendo hora por hora durante sus privaciones, tenían ya una blancura de plata. La línea firme y limpia de su barbilla y de su garganta estaba recubierta también de un blanco rastrojo. Las venas de su rostro estaban abultadas y todos los rasgos del mismo mostraban los surcos de profundas arrugas. Cabalgaba con la espalda arqueada y la barbilla caída sobre el pecho, porque el cuerpo, viejo y carcomido por el tiempo, estaba agotado, aunque en sus ojos vivos y despiertos quedaba siempre un rastro del inquilino gallardo que vivía dentro de la casa desvencijada. Febril, agotado y moribundo, conservaba sus aires caballerescos y protectores siempre que se volvía hacia las mujeres para largarles pequeños consejos y darles ánimos. Fuera de eso, miraba continuamente hacia atrás buscando la ayuda que nunca llegaba.

Hacía una hora que había amanecido cuando los árabes hicieron un alto, para servir a todos comida y agua. Después prosiguieron su marcha hacia el Sur a un paso más moderado; su larga línea de jinetes se alargaba en unos cuatrocientos metros de desierto. Era evidente, a juzgar por la actitud menos preocupada y por la manera como charlaban los jinetes, que éstos creían que sus perseguidores estaban muy lejos. La dirección que ahora seguían era hacia Oriente pero también hacia el Sur; viéndose claro que la finalidad de aquel enorme rodeo era alcanzar el Nilo en algún punto muy por encima de los puestos fronterizos egipcios. Iban cambiando ya las características del terreno; salían de las inmensas extensiones del desierto de guijarros y volvían de nuevo hacia las fantásticas rocas negras calcinadas por el sol y hacia las brillantes arenas de color naranja que habían cruzado al principio. Surgían por

todas partes las escamosas colinas cónicas, parecidas a escombreras de mina, y los montículos de bordes dentados y de sinuosos manantiales de arena que descendían por su centro simulando corrientes de agua. Los camellos marchaban en línea, unos detrás de otros, bordeando por entre los peñascos y trepando con sus pezuñas mullidas y adherentes por lugares en que los caballos habrían fracasado. Había veces en que los que iban detrás veían únicamente los cuellos largos, ondulantes y en constante vaivén de los animales que iban por entre las rocas, y que producían la impresión de una pesadilla de cortejos de serpientes. A los cautivos les producía, desde luego, el mismo efecto que si fuese una pesadilla, porque sólo se percibía el pisar acolchado de las patas de los camellos. Aquel friso extraño y salvaje se movía con lentitud por entre el engaste de piedra negra y arena amarilla, bajo la bóveda única de vivísimo azul que unía los bordes escarpados del barranco.

Miss Adams, que durante la noche había sufrido el frío en silencio, empezó a animarse bajo la tibia calor del sol mañanero. Miró a su alrededor y se frotó una contra otra las secas manos, diciendo:

—Querida Sadie, me pareció oírte de noche, y ahora veo que estabas llorando.

—Estaba meditando, tía.

—Bueno, niña; hemos de pensar en los demás y no en nosotras mismas.

—Yo no pensaba en mí, tita.

—Pues por mí no te preocupes, sobrina.

—No, tita, no pensaba en usted. —¿Pensabas concretamente en alguien?

—En mister Stephens, tita. ¡Qué cariñoso y qué valiente era! Rodeado de aquellos asesinos que estaban al acecho, no pensó en otra cosa que en arreglar pequeños detalles en beneficio nuestro, esforzándose incluso por quitarse la chaqueta teniendo sus pobres manos amarradas. De hoy y para el resto de mi vida será él mi santo y mi héroe.

—Pero ahora seguro que ya cesó de sufrir —dijo miss Adams con la insensibilidad que dan los muchos años a las personas.

—Pues entonces yo también quisiera encontrarme igual.

—No veo en qué le beneficiarías a él con eso.

—Quizá se sintiese menos solo —dijo Sadie, y dejó caer sobre el pecho su barbilla con energía.

Llevaban los cuatro cautivos cabalgando un rato en silencio, cuando el coronel se dio una palmada en la frente con expresión de desaliento, y exclamó:

—¡Cielo santo! Estoy perdiendo la cabeza.

Que la estaba perdiendo lo habían observado las mujeres durante la noche, pero el coronel se venía mostrando completamente razonable desde que amaneció. Por eso les dolió este súbito estallido y trataron de calmarle con frases bondadosas; pero él gritó:

—Estoy loco como una cabra. ¿Qué creen que he visto?

—Déjelo correr, sea lo que sea —dijo la señora Belmont, apoyando en el coronel una mano cariñosa en el momento de aproximarse sus dos cabalgaduras—. No es de extrañar que se encuentre usted agotado, porque desde que empezó esta pesadilla no viene haciendo otra cosa que pensar en todos nosotros. Muy pronto habremos de hacer un alto y bastarán unas horas de sueño para que se rehaga.

Pero el coronel volvió a levantar los ojos y volvió a gritar, presa de agitación y de extrañeza:

—Nunca vi nada con tanta claridad en mi vida. Está allí, en la cima de la roca que tenemos enfrente, hacia la derecha… Sí, es el pobre Stuart, con mi pañuelo-cinturón de seda roja alrededor de la cabeza.

Las mujeres siguieron la dirección de la mirada llena de miedo del coronel y se quedaron todas igualmente asombradas.

Hacia la derecha del terrible desfiladero por el que avanzaban serpenteando los camellos se alzaba un espolón negro, panzudo como un baluarte. En un punto determinado se convertía en un pequeño pináculo. Encima de ese pináculo se erguía una figura solitaria, inmóvil, de ropas totalmente negras, con excepción de una pincelada brillante de color escarlata encima de su cabeza. Imposible que hubiese dos personas igualmente pequeñas de estatura y voluminosas, ni dos caras tan gruesas y pálidas en el desierto de Libia. Sus hombros estaban ligeramente encorvados hacia adelante, y daba la impresión de que estuviese mirando con gran interés hacia el fondo del barranco. Su postura y su silueta parecían una caricatura del gran Napoleón.

—¿Es posible que sea él?

—Tiene que serlo. ¡Lo es! —exclamaron las mujeres—. Fíjese en que mira hacia nosotros y nos saluda con la mano.

—¡Santo Dios! ¡Lo matarán a balazos! ¡Quítate de ahí, insensato, o te aniquilarán! —bramó el coronel; pero su garganta reseca convirtió su bramido en un cacareo discordante.

También los derviches habían observado aquella extraña aparición de la cima de la colina, y habían empuñado sus Remingtons; pero de pronto surgió un largo brazo por detrás de la figura del clérigo de Birmingham, una mano

morena le agarró por su faldón y de un tirón le hizo desaparecer hacia atrás. En el desfiladero, más hacia arriba, debajo precisamente del sitio en que mister Stuart estaba en pie, apareció la elevada figura del emir Abderramán. Éste había saltado sobre un peñasco y vociferaba agitando los brazos; pero sus gritos fueron ahogados por el rugir prolongado y ondulante del fuego de fusilería, a ambos lados del barranco. El cantil, que parecía un baluarte, apareció con un fleco de cañones de fusil y de feces rojos inclinados sobre los gatillos. También del borde del otro lado brotaron lenguas de fuego y el furioso traqueteo de los rifles. Los invasores habían caído en una emboscada. El emir rodó por tierra; pero volvió a ponerse en pie, agitando los brazos. Sobre su larga barba blanca se veían manchas de sangre. Siguió gesticulando y señalando; pero sus dispersos seguidores no podían comprender lo que les decía. Algunos retrocedieron a toda velocidad, mientras que los de la retaguardia se lanzaban hacia la delantera. Unos pocos echaron pie a tierra y trataron de trepar, espada en mano, hasta la mortífera línea de bocas de fusil; pero uno a uno fueron alcanzados por las balas y rodaron de roca en roca hasta el fondo del desfiladero. La puntería no era muy buena. Un negro trepó, sin recibir daño alguno, por la ladera arriba; pero, al llegar a la cima, le destrozaron el cráneo de un culatazo con un fusil Martini. El emir había rodado al suelo desde su roca y yacía al pie de la misma todo apelotonado, como una colcha de remiendos marrones y blancos, De pronto, cuando ya la mitad de la gente del emir había quedado muerta, comprendieron hasta los más exaltados fanáticos que allí no había para ellos ninguna posibilidad y que no tenían más remedio que salir de entre aquellas rocas malditas y escapar de nuevo en dirección al desierto. Se lanzaron, pues, al galope, retrocediendo por el desfiladero. Es espantosa la visión de los camellos galopando por terreno quebrado. El terror de las bestias, sus saltos desgarbados, el despatarramiento simultáneo de sus cuatro patas en el aire, sus gritos horrendos, y los alaridos de los jinetes, que son lanzados muy arriba a cada salto del animal, forman un cuadro que no se olvida con facilidad. Las mujeres se pusieron a chillar al ver cómo cruzaba por delante de ellas el torrente enloquecido de hombres y animales frenéticos; pero el coronel desvió su camello y los de las mujeres todo cuanto pudo entre las rocas, alejándose de los árabes en retirada. El aire estaba lleno de zumbidos de balas, y los cautivos oían sus violentos estallidos al chocar contra las rocas en torno suyo.

—Permanezcan quietas, y esa gente se alejará —les cuchicheó el coronel, que había vuelto a ser el mismo de siempre, una vez llegada la hora de la

acción—. Daría cualquier cosa por descubrir a Tippy Tilly o a cualquiera de sus amigos. Éste es el momento en que su ayuda nos sería necesaria.

El coronel veía pasar el torrente de fugitivos enloquecidos sobre sus bestias tambaleantes, de miembros relajados, que avanzaban en zambullidas; pero no vio por ninguna parte la negra cara del artillero egipcio.

Parecía que verdaderamente ninguno de aquellos hombres, en su prisa por salir del desfiladero, hubiese pensado en los cautivos. La torrentada había pasado, y únicamente algunos rezagados desafiaban la lluvia de balas que descargaban desde arriba contra ellos. El último de todos fue un joven *baggara* de bigote negro y barba puntiaguda que, al pasar por delante de los cautivos, miró hacia lo alto y blandió su espada con furor impotente, amenazando a los tiradores egipcios. Una bala hirió en ese mismo instante a su camello, y el animal se derrumbó, todo patas y cuello. El joven árabe saltó al suelo y, tirando del ronzal sujeto a la nariz del camello, golpeó furiosamente al animal con el lado plano de su espalda para obligarle a ponerse en pie. Pero los ojos turbios y vidriados eran lo suficientemente elocuentes; en la guerra del desierto la muerte del animal equivale a la muerte del jinete. El *baggara* lanzó miradas furiosas a su alrededor, igual que un león acorralado; sus ojos negros relampagueaban con furor asesino por debajo de su turbante rojo. En su negra piel se marcaron sucesivamente dos manchas de sangre; pero el *baggara* aguantó impasible los balazos. Su mirada furiosa había caído sobre los cautivos; lanzó un grito de júbilo y se abalanzó sobre ellos, haciendo centellear la hoja de su espada por encima de su cabeza. Miss Adams era la que se encontraba más cerca del derviche; pero, al ver abalanzarse la figura siniestra y la cara de loco, se tiró del camello por el lado contrario. El árabe saltó sobre una roca y descargó un golpe en dirección a la señora Belmont; pero antes que la punta de su espada pudiera alcanzarla, el coronel se echó hacia adelante, empuñando su pistola, y le voló el cráneo. A pesar de todo, en un impulso de rabia concentrada que se sobrepuso hasta a sus agonías de muerte, el individuo aquel siguió pateando y descargando golpes, sacudido de un lado a otro por entre las piedras sueltas igual que un pez sobre los guijarros de la orilla.

—No se asusten, señoras —gritó el coronel—. Que éste está bien muerto. Lamento haber hecho eso en presencia de ustedes; pero el individuo era peligroso. Además, yo tenía una cuentecilla que saldar con él, porque fue el que casi me rompió las costillas con su Remington. No estará usted herida, ¿verdad, miss Adams? Un momento, que voy a descabalgar.

Pero la anciana señora de Boston no estaba en modo alguno herida, porque las rocas eran tan altas, que sólo había recorrido una distancia muy corta al caer de la silla. Sadie, la señora Belmont y el coronel Cochrane se habían deslizado hasta las piedras y de las piedras al suelo. Pero encontraron a miss Adams en pie y saludando triunfadora con los restos de su velo verde:

—¡Hurra, Sadie! ¡Hurra, mi queridísima Sadie! —chillaba—. ¡Estamos salvadas, muchacha; estamos salvadas después de todo!

—¡Por vida de…, que lo estamos! —exclamó el coronel, y los cuatro se pusieron a gritar juntos y a saltar en un arrebato de júbilo.

Aquellos días terribles le habían enseñado a Sadie a pensar en los demás. Echó los brazos al cuello de la señora Belmont, y oprimió su mejilla contra la de ella, diciendo:

—Ángel bondadoso y querido, ¿cómo podemos nosotros alegrarnos cuando usted…, cuando usted…?

—Pero yo no creo eso —exclamó la valerosa irlandesa—. No, no lo creeré mientras no vea delante de mí el cadáver de John. Y cuando lo vea, ya no querré vivir para ver nada más.

El último de los derviches ya había huido del desfiladero, y los cautivos descubrieron en lo alto, a uno y otro lado, a los egipcios. Eran unas figuras altas, enjutas, de hombros en escuadra, que, vistas en silueta sobre el fondo del cielo azul, se parecían de un modo asombroso a los guerreros de los bajorrelieves antiguos. Sus camellos estaban más atrás, y corrieron a montar en ellos. Mientras tanto, al fondo mismo del barranco, empezaron a avanzar por la pendiente otros camelleros con sus atezados rostros encendidos y sus ojos centelleando por la emoción de la victoria y el afán de la persecución. Un inglés no muy alto, de bigote color paja y aspecto cansado, cabalgaba al frente de ellos. Detuvo su camello cerca de los fugitivos y saludó a las damas. Calzaba botas color castaño y correaje del mismo color con hebillas de acero que hacían un efecto muy elegante y bien trabajado sobre su uniforme caqui.

—¡Esta vez les zurramos, les zurramos de lo lindo! Me alegra mucho el haberles podido ser útil, de verdad que me alegra. Espero que lo que han pasado no tendrá consecuencias, aunque ya me imagino que ha debido ser muy duro para las damas.

—Usted es de los de Halfa, ¿verdad? —preguntó el coronel.

—No, nosotros somos de la otra orilla. Los de Sarras, ¿sabe usted?, nos encontramos en el desierto, y nosotros les obligamos a desviarse, mientras los demás les empujaban desde atrás. Les hemos emparedado, así como suena.

Suban hasta esa roca y verán lo que ocurre. Esta vez les vamos a poner fuera de combate en un solo asalto.

—Algunos compañeros nuestros se quedaron en los pozos, y tememos mucho por su suerte —dijo el coronel—. ¿No tiene usted noticias de ellos?

El joven oficial se puso serio y movió negativamente la cabeza, diciendo:

—¡Mal asunto! Estos individuos son una manada de perros rabiosos cuando se ven acorralados. Créame que no esperamos nunca poder encontrarles a ustedes con vida, y que nos alegra muchísimo el haber podido salvarles. Nuestra única esperanza era la de vengarles.

—¿Viene con usted algún otro inglés?

—Archer está con el grupo encargado del flanqueo: Tendrá que pasar por aquí, porque no hay, que yo sepa, otro camino. Allá arriba tenemos a otro de sus compañeros; es un curioso pajarraco con un turbante rojo. ¡Espero verles más tarde! ¡Buenos días, señoras!

Se llevó la mano a su casco, espoleó a su camello y se lanzó al trote para alcanzar a sus hombres.

—Lo mejor que podemos hacer es quedarnos donde estamos hasta que hayan pasado todos —dijo el coronel, porque era evidente que todos los que andaban por las alturas tendrían que pasar cerca de ellos.

Y, en efecto, pasaron, en una sola fila desarticulada, hombres negros y hombres atezados, sudaneses y *fellahs*, pero todos de la mejor casta, porque el Cuerpo de Camelleros constituye lo más selecto del ejército egipcio. Todos llevaban cruzada al pecho una bandolera parda, y sostenían el rifle sobre el muslo. Junto a ellos cabalgaba un individuo voluminoso, de negros bigotes lacios, armado de un par de gemelos.

—¡Hola, Archer! —exclamó el coronel.

El oficial le contempló con la mirada inexpresiva y ausente de quien ve a un desconocido.

—¡Soy Cochrane! ¿No recuerda las veces que viajamos juntos?

—Perdone, señor; pero no caigo —dijo el oficial—. He conocido a un coronel Cochrane; pero no es usted. Él le llevaba tres pulgadas de estatura, tenía pelo negro y…

—¡Exactamente! —le interrumpió con viveza el coronel—. ¡Viva usted unos cuantos días en manos de los derviches, y pruebe luego a ver si sus amigos le reconocen!

—¡Válgame Dios, Cochrane! ¿De verdad que es usted? Jamás lo habría creído. ¡Por vida de…, y lo que habrá tenido que pasar usted! Yo había oído hablar de personas que encanecían en una sola noche; pero ¡por Júpiter…!

—Así es —dijo el coronel, sonrojándose—. Permítame, Archer, que le diga que si en lugar de ocuparse de mi aspecto personal pudiese usted procurar a estas damas algo de comer y de beber, haría una tarea más práctica.

—Tiene razón —dijo el capitán Archer—. Su amigo Stuart sabe que ustedes están aquí, y les trae víveres. No es un menú delicado, señoras, pero es lo mejor de que disponemos. Usted, Cochrane, es un veterano. Suba en seguida a lo alto de las rocas, y presenciará un bello espectáculo. No hay tiempo para detenerse, porque dentro de cinco minutos volveremos a entrar en acción. ¿Puedo ayudarles en algo más?

—¿No llevará usted por casualidad algo que se parezca a un cigarro? —preguntó ansiosamente el coronel.

Archer sacó de su petaca un grueso cigarro de bello aspecto y se lo entregó junto con media docena de cerillas. A continuación se alejó al trote para alcanzar a sus hombres, mientras el veterano coronel, apoyando su espalda en una roca, aspiraba el humo oloroso. Entonces fue cuando sus nervios deshechos conocieron plenamente la eficacia del tabaco, el grato calmante que sostiene la energía que flaquea y aquieta las inquietudes del cerebro. Se quedó contemplando la tenue humareda azul que se elevaba en volutas desde su boca, y paladeó el sabor aromático y agradable, mientras corría por todo su cuerpo fatigado y atormentado una languidez apaciguadora. Las tres mujeres se sentaron juntas encima de una roca plana. De pronto exclamó miss Adams, y fue esa la primera reaparición de su antigua personalidad:

—¡Santo Dios, pero qué aspecto es el que ahora ofreces, Sadie! ¿Qué diría tu madre si te viese en este momento? ¡Pero si tienes el cabello todo lleno de pajas y tu vestido es cosa de risa!

—Sí, creo que todas nosotras necesitamos arreglarnos un poco —dijo Sadie; pero el tono de su voz era mucho más moderado que el que solía emplear la Sadie de antes—. Señora Belmont, usted está encantadora de cualquier manera; pero, si me permite, yo le arreglaré el vestido.

La mirada de la irlandesa estaba muy lejos, y cabeceó negativamente al apartar con cariño las manos de la joven.

—No me importa mi aspecto. Ya no pienso en ello. ¿Pensaría usted en esas cosas si hubiese perdido, como yo, al hombre al que ama?

—Empiezo…, empiezo a creer que le he perdido —sollozó la pobre Sadie, hundiendo su cara encendida en el pecho maternal de la señora Belmont.

10

Los cautivos liberados se habían quedado solos un momento, pues el Cuerpo de Camelleros había pasado por el desfiladero persiguiendo a los derviches que se batían en retirada. De pronto se oyó una voz alegre que los llamaba, y un turbante rojo apareció por entre las rocas, mientras el rostro voluminoso y pálido del prelado disidente sonreía por debajo del mismo. Llevaba una gruesa lanza donde apoyaba su pierna herida, y aquella muleta de aspecto asesino formaba el más extraño contraste con su expresión pacífica, algo como si a un cordero le hubiesen salido de pronto garras. Detrás de él venían dos negros con una canasta y un pellejo de agua.

—¡Ni una palabra, ni una palabra! —exclamó al acercarse renqueando—. Sé exactamente lo que siente, porque yo mismo he pasado por ello. Trae el agua, Alí. Medio vaso sólo, miss Adams; luego beberá algo más. Ahora le toca a usted, señora Belmont. ¡Válgame Dios, pobrecitas corderas, cómo sangra por ustedes mi corazón! En la canastilla hay pan y carne; pero deben comer al principio con mucha moderación.

Saltaba de júbilo y palmoteaba con sus manos regordetas, contemplando a los liberados. De pronto se puso serio y preguntó:

—¿Y los demás?

—Quedaron en los pozos. Me temo que ya no hay nada que hacer respecto a ellos.

—¡Cómo que no! —exclamó el clérigo con voz estrepitosa, que no logró ocultar su expresión de desaliento—. Con seguridad que ustedes creyeron que yo estaba muerto, y, sin embargo, aquí me tienen. No pierda nunca los ánimos, señora Belmont. Con seguridad que la situación de su marido no podía ser tan desesperada como la mía.

—Cuando le vi en pie encima de aquella roca, creí que estaba delirando —dijo el coronel—. Si no le hubiesen visto a usted las señoras, jamás me habría arriesgado a creerlo.

—Reconozco que me porté de una manera disparatada. El capitán Archer dijo que estuve a punto de malograr todos sus planes y que he merecido ser

juzgado sumariamente y fusilado. La verdad es que cuando oí por debajo de mí a los árabes lo olvidé todo, movido de mi ansiedad por saber si quedaba alguno de ustedes con vida.

—Lo que me sorprende es que no le acribillaran a usted sin formarle consejo sumario —dijo el coronel—. Pero ¿cómo diablos llegó usted hasta aquí?

—Cuando me abandonaron ya estaban encima las tropas de Halfa, y éstas me recogieron. Creo que deliraba, porque me contaron que habían oído mi voz entonando himnos a gran distancia de su camino, siendo eso, junto con la providencia del Señor, lo que les llevó hasta mí. Llevaban consigo un equipo de medicinas, y al día siguiente me encontraba ya perfectamente. Más tarde, coincidimos con las tropas de Sarras, y me vine con ellas, porque traían médico. Mi herida es cosa de nada, y el médico afirma que la pérdida de sangre no puede sino beneficiar a un hombre como yo, y ahora, amigos míos, todos nosotros nos hemos encontrado al borde mismo de la muerte, y quizá nuestros queridos compañeros lo estén en este mismo instante. El mismo poder que nos salvó a nosotros puede también salvarlos a ellos; roguemos juntos para que así sea, recordando siempre que si, a pesar de nuestras oraciones, no ocurrieran las cosas tal y como nosotros deseamos, debemos también aceptarlas como lo mejor y lo más sabio —dijo con expresión de gran solemnidad y reverencia, y sus ojos grandes y pardos perdieron por un momento su brillo.

Se arrodillaron juntos entre las rocas y oraron, algunos de ellos como no habían orado en su vida. El discutir acerca de la oración era uno de los temas en la cubierta del *Korosko*, donde se trataba con ligereza y desde un punto de vista filosófico. Nada costaba sentirse fuerte y seguro de sí mismo en la cómoda silla plegable, mientras los árabes en sandalias llevaban y traían el café y los licores. Pero se habían visto barridos fuera de aquella plácida corriente de la vida, y precipitados contra realidades punzantes y horrendas. Entre los embates y sacudidas, necesitaban algo a que aferrarse. Creer en un destino ciego e inexorable resultaba demasiado espantoso. Durante aquellos días de terror habían descubierto la existencia de un poder que disciplina, que actúa de manera inteligente y con una finalidad; de un poder vivo, operante, que les había arrancado de sus rutinas, que había destrozado sus pequeños sectarismos, que les había forzado a entrar por un camino mejor. Unas manos grandiosas se habían apoderado de ellos y les habían moldeado dándoles nuevas formas y adaptándoles a nuevas costumbres. ¿Era posible que un poder de esa clase accediese a torcer sus proyectos, escuchando las súplicas

humanas? Tenía que ser así, o no era nada, porque ese poder constituía el supremo tribunal ante el cual podía recurrir la Humanidad dolorida. Todos, pues, oraron, con la misma fuerza que ama el amante o escribe versos el poeta, desde lo más íntimo de sus almas, y cuando se pusieron en pie estaban poseídos de un sentimiento, singular e ilógico, de paz interior y satisfacción que únicamente la oración puede dar.

—¡Silencio! —dijo Cochrane—. ¡Escuchen!

Arriba, desde lo alto del desfiladero, les llegó el estrépito de una descarga de fusil y luego otra y otra. El coronel se movía impaciente, como caballo viejo que escucha de pronto las trompas de caza y los ladridos de la jauría.

—¿Desde dónde podremos ver lo que ocurre?

—¡Vengan por aquí! ¡Por aquí, háganme el favor! Hay un sendero que va hasta la cima. Si las señoras vienen detrás, se ahorrarán espectáculos dolorosos.

El clérigo les condujo ladera arriba para no tropezar con los cadáveres esparcidos por toda la hondonada del desfiladero. Costaba mucho trabajo caminar entre las puntiagudas piedras sueltas; pero al fin llegaron hasta la cima. Ante sus ojos se extendía la inmensa llanura del desierto ondulante, y la escena que se desarrollaba en primer término era de las que jamás llegan a olvidarse. En aquella atmósfera completamente seca y translúcida, todos los detalles de las cosas se destacaban sobre el fondo violento del desierto, de una monótona coloración parda, con la misma claridad que muñecos dispuestos encima de una mesa al alcance de la mano.

El resto de los derviches cabalgaba lentamente a cierta distancia formando confusa muchedumbre, y sus chilabas de retazos y los turbantes rojos ondeaban a cada movimiento de sus camellos. No ofrecían el aspecto de hombres derrotados, porque sus movimientos eran muy seguros; pero se les veía mirar a su alrededor y cambiar de formación como si no estuviesen seguros de la táctica que debían adoptar. No era de extrañar esa vacilación, porque, cabalgando sobre camellos agotados, su situación era completamente desesperada. Todas las tropas de Sarras habían salido del desfiladero y echado pie a tierra; los animales quedaron formando grupos de a cuatro, mientras los tiradores, con una rodilla en tierra y extendidos en una larga línea marcada por un fleco esponjoso y ondulante de humo, enviaban descarga tras descarga contra los árabes, que contestaban sin eficacia desde las espaldas de sus camellos. Pero los ojos de los espectadores no estaban fijos en el grupo adusto de los derviches, ni siquiera en la larga línea de fusileros arrodillados. Muy lejos, al fondo del desierto, avanzaban en columna cerrada tres escuadrones

del Cuerpo de Camelleros de Halfa, que conforme fueron acercándose maniobraron espléndidamente, extendiéndose en un ancho semicírculo, con lo que los árabes quedaban encerrados entre dos fuegos.

—¡Miren esto, por Júpiter! —gritó el coronel.

Los camellos de los derviches se habían arrodillado simultáneamente, y los guerreros habían saltado al suelo. Delante de ellos se veía una figura alta y magnífica que no podía ser otra que la del emir Wad Ibrahim. Vieron cómo se arrodillaba un instante para orar. Después se levantó, y, sacando algo de su silla de montar, lo colocó muy pausadamente sobre la arena y se puso en pie encima.

—¡Un magnífico guerrero! —exclamó el coronel—. Se ha colocado encima de su piel de carnero.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Stuart.

—Todos los árabes llevan encima de su silla una piel de carnero. Cuando el guerrero se da cuenta de que su situación es completamente desesperada, pero está resuelto a pelear hasta la muerte, echa mano a su piel de carnero y se coloca encima, hasta que muere. Fíjense que todos están pisando sus pieles de carnero. Desde este momento ni dan ni aceptan cuartel.

El drama que se desarrollaba en la llanura delante de ellos estaba llegando rápidamente a su punto culminante. Los camelleros de Halfa se encontraban ya cerca, y un círculo de humo y de llama rodeaba al grupo de derviches arrodillados, que contestaban lo mejor que podían. Muchos habían caído ya; pero los restantes cargaban y disparaban con el indomable valor que ha hecho siempre de ellos unos dignos adversarios. Una docena de figuras vestidas de caqui, caídas en la arena, demostraban que la victoria de los egipcios no se obtenía sin sangre. Pero de pronto se oyó un animado toque de corneta entre las tropas de Sarras, contestándole otro desde el Cuerpo de Camelleros de Halfa. También éstos habían descabalgado, extendiéndose en una línea larga y semicircular. Una última ráfaga de fusilería, y todos se lanzaron al asalto con los salvajes y animadores alaridos que los negros habían traído con ellos desde sus soledades africanas. Se produjo durante un momento un alocado vórtice de hombres que avanzaban a la carrera, de culatas de fusiles que se alzaban en alto y caían con fuerza, de alabardas que centelleaban y eran proyectadas violentamente, todo ello entre una nube ondulante de polvo. Volvió a sonar la corneta, y los egipcios retrocedieron y formaron con la rápida precisión de unas tropas altamente disciplinadas. En el centro, cada uno sobre su piel de carnero, yacían el valeroso jefe bárbaro y sus merodeadores. El siglo XIX había triunfado sobre el siglo VII.

Las tres mujeres habían contemplado, horrorizadas pero fascinadas, la emocionante escena que delante de ellas se había desarrollado. Sadie y su tía empezaron a sollozar juntas. El coronel se había vuelto hacia ellas para dirigirles algunas frases animadoras cuando se fijó en el rostro de la señora Belmont. Estaba lívido e inmóvil, como grabado en marfil, y sus grandes ojos grises miraban tan dilatados como si estuvieran en éxtasis.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que ocurre, señora Belmont?

Por toda respuesta, ella señaló con el dedo hacia el fondo del desierto. Muy lejos, muchos kilómetros más allá del escenario de la batalla, cabalgaba hacia ellos un pequeño grupo de hombres.

—¡Sí, por Júpiter, allí viene gente! ¿Quiénes pueden ser?

Era tan grande la distancia, que todos forzaban su vista; pero únicamente lograban sacar en limpio que eran camelleros en número de una docena aproximadamente. Cochrane dijo:

—Son esos endemoniados que quedaron rezagados en el palmeral. No pueden ser otros. Consolémonos pensando en que ya no pueden escapar otra vez, porque se han metido en la boca misma del león.

La señora Belmont seguía mirando con la misma tensión y fijeza que antes y con el mismo semblante de marfil. De pronto lanzó un alarido lleno de júbilo, y agitó sus manos en el aire, gritando:

—¡Son ellos! ¡Se han salvado! ¡Son ellos, coronel! ¡Son ellos! ¡Oh, miss Adams, miss Adams, son ellos!

Brincaba por la cima de la colina con miradas de insensatez, lo mismo que una niña fuera de sí.

Sus acompañantes no creían sus palabras, porque nada veían; pero hay momentos en que nuestros sentidos corporales alcanzan una agudeza a la que nunca llegan quienes no han puesto en ello toda su ilusión. La señora Belmont había echado a correr ladera abajo por el pedregoso sendero en busca de su camello, sin que sus acompañantes distinguiesen todavía lo que hacía rato había hecho llegar al alma de aquella mujer su alegre mensaje. Tres manchas blancas brillaban al sol en la vanguardia del grupo que se acercaba, tres manchas blancas que no podían ser otra cosa sino los sombreros de los tres europeos. El grupo de jinetes cabalgaba veloz, y para cuando sus camaradas quisieron salir a su encuentro, habían podido comprobar con toda seguridad que eran Belmont, Fardet y Stephens, con el dragomán Mansur y el fusilero sudanés herido. Cuando estuvieron más cerca, vieron que les daban escolta Tippy Tilly y los demás antiguos soldados egipcios. Belmont avanzó a todo correr al encuentro de su esposa. Fardet se detuvo a estrechar la mano del

coronel, y no hacía otra cosa que gritar con un júbilo que quitaba coherencia a sus palabras.

—¡Viva Francia! ¡Vivan los ingleses! Todo va bien, ¿verdad, coronel? ¡Ah, canallas! ¡Vivan la cruz y los cristianos!

También el coronel se mostraba todo lo exuberante y entusiasmado que sus normas anglosajonas le permitían. No podía gesticular; pero se reía con el cacareo nervioso que venía a ser la nota más alta de sus emociones.

—Querido muchacho, estoy endiabladamente alegre de volver a verle. Ya le daba por perdido. ¡Jamás tuve una satisfacción mayor que ésta! ¿Cómo se las arreglaron para escapar?

—Fue todo cosa suya.

—¿Cosa mía?

—Sí, amigo, y yo me peleé con usted. ¡Qué miserable y desagradecido soy!

—Pero ¿de qué manera le salvé yo?

—Usted fue quien arregló las cosas con este magnífico Tippy Tilly y los demás, ofreciéndoles una cantidad si nos devolvían con vida a Egipto. Aprovechándose de la oscuridad, se alejaron de la tropa de derviches y se escondieron en el palmeral. Después, cuando ya sólo quedábamos nosotros, avanzaron sigilosamente con sus rifles y mataron a tiros a los hombres que estaban a punto de asesinarnos a nosotros. Me duele que matasen a ese condenado ulema, porque yo creo que habría llegado a convertirle a la religión cristiana. Y ahora, con su permiso, voy a darme prisa para abrazar a miss Adams. Belmont tiene a su mujer; Stephens a miss Sadie, de manera que no hay duda de que para mí está reservada la simpatía de miss Adams.

* * *

Ya había transcurrido una quincena, y el barco especial puesto a disposición de los turistas rescatados se hallaba muy al norte de Assiout. A la mañana siguiente llegaría a Baliani, donde tomarían el expreso para El Cairo. Era, pues, la última velada que pasaban juntos. La señora Shlesinger y su hijo, que habían logrado escapar sin daño, se les habían adelantado. Miss Adams se sintió muy enferma después de las privaciones sufridas, y era aquélla la primera vez que se le permitía subir a la cubierta después de la cena. Estaba recostada en un diván, más severa y más enardecida que nunca. Sadie, en pie junto a ella, le abrigaba los hombros con las mantas de viaje. Mister Stephens trajo el café y lo colocó en la mesita de mimbre que había a su lado. Belmont y su esposa estaban sentados al otro lado de la cubierta, embebidos en

silenciosa simpatía y satisfacción. Monsieur Fardet, apoyado en la barandilla, culpaba al Gobierno británico de negligencia por no tomar en sus manos un control más completo de la frontera egipcia, en tanto que el coronel permanecía muy erguido delante del joven francés, con el extremo encendido de la colilla de su cigarro sobresaliendo por debajo de su bigote.

Pero ¿qué le había ocurrido al coronel? ¿Quién, de cuantos habían visto al anciano agotado del desierto de Libia, le habría reconocido ahora? Quizá se observaba algo más canoso el bigote; pero los cabellos habían vuelto a ponerse negros, con la fina y brillante negrura que tanto habían admirado todos durante el viaje aguas arriba. Cuando regresó a Halda, acogió con rostro de piedra y expresión desdeñosa todas las conmiseraciones de la gente sobre el encanecido cabello que las privaciones le habían acarreado; acto seguido se metió en su camarote, y una hora después comparecía exactamente tal y como era antes del instante fatal en que se vio separado de los múltiples recursos de la civilización. Además, devolvió con una expresión interrogadora tan severa las miradas que todos le dirigieron, que nadie tuvo el valor moral de hacer el menor comentario sobre aquel milagro moderno. De allí en adelante tuvieron todos ocasión de observar que siempre que el coronel se lanzaba al desierto, aunque sólo fuese para cabalgar un centenar de metros, empezaba sus preparativos metiéndose en el bolsillo interior de su chaqueta una botellita negra con una etiqueta color de rosa. Pero cuantos le conocían a fondo en los momentos en que puede ser conocido a fondo un hombre, afirmaban que el veterano soldado tenía un corazón de mozo y un ánimo juvenil, de modo que, en fin de cuentas, no era ninguna insensatez que desease también conservar en sus cabellos el color de la juventud.

La estancia sobre cubierta llevaba al ánimo el sosiego y el descanso porque se oía el suave siseo de las aguas al chocar en pequeñas ondas contra los costados del buque. El cielo estaba iluminado por Occidente con los últimos resplandores de color rojizo, que abigarraban de carmesí la superficie del ancho y sosegado río. Se vislumbraban en las orillas arenosas las altas siluetas de las garzas reales, y más allá de la línea de palmeras de ambas orillas se deslizaban hacia atrás en mayestático cortejo. Las estrellas de plata volvían a centellear, las mismas estrellas límpidas, serenas e inexorables hacia las que tantas veces habían levantado sus fatigados ojos en las largas noches de su martirio en el desierto.

—¿Dónde se hospedan ustedes en El Cairo, miss Adams? —preguntó por fin la señora Belmont.

—Creo que en el Shepheard.

—¿Y usted, mister Stephens?

—Pues también en el Shepheard.

—Nosotros nos hospedaremos en el Continental. Espero que nos sigamos viendo.

—No querría perderla jamás de vista, miss Belmont —exclamó Sadie—. Tiene usted que venir a los Estados Unidos, y nos cuidaremos de que lo pase estupendamente.

La señora Belmont dejó oír su risa agradable y acariciadora.

—Tenemos en Irlanda nuestras obligaciones, y ya estamos faltando a ellas demasiado tiempo. Mi marido tiene sus negocios, y yo mi hogar, y el uno y los otros están abandonados y echándose a perder. Además —agregó maliciosamente—, es muy posible que si marchásemos a los Estados Unidos no la encontrásemos a usted allí.

—Es preciso que todos sigamos tratándonos —dijo Belmont— aunque sólo sea para charlar una vez más acerca de nuestras aventuras. Dentro de un par de años nos resultará más fácil. Estamos en la actualidad demasiado cerca de ellas.

—¡Pues, con todo eso, qué lejos me parecen! Como si fueran cosa vivida en sueños —hizo notar su esposa—. La Providencia es muy benigna suavizando en nuestras almas los recuerdos desagradables. A mí se me hace que he vivido todas esas cosas en una existencia anterior.

—El cuerpo no olvida tan rápidamente como el alma, señora Belmont, esto no parece cosa ni muy de ensueños ni muy lejana —disintió Fardet mostrando su muñeca aún vendada.

—¡Qué doloroso resulta el que unos hayan salvado la vida y otros no! Con sólo que mister Brown y mister Headingly nos acompañasen en este momento, yo no tendría la menor preocupación en el mundo —exclamó Sadie —. ¿Por qué a ellos se los llevó la muerte y nosotros hemos quedado?

Mister Stuart había subido a cubierta renqueando y con mi librito abierto en la mano, apoyándose en una gruesa garrota.

—¿Por qué se cosecha el fruto maduro, y se deja en el árbol el fruto verde? —preguntó contestando a la exclamación de la joven—. Nada sabemos nosotros acerca del estado espiritual de esos pobres y queridos muchachos, pero el gran Maestro Jardinero arranca sus frutos de acuerdo con lo que Él sabe. He traído un libro para leerles un pasaje del mismo.

Encima de la mesa había una linterna, y el clérigo tomó asiento junto a ella. La luz amarilla se proyectaba sobre sus mofletudos carrillos y sobre los

cantos rojos de su libro. La voz firme y segura se alzó por encima del siseo de las aguas.

> *«Que den gracias al Señor los que el Señor ha redimido y libertado de las manos de los enemigos reuniéndolos desde las distintas tierras, desde el Este, desde el Oeste, desde el Norte y desde el Sur. Anduvieron perdidos en la soledad fuera del camino, sin encontrar ciudad donde morar. Hambrientos y sedientos, sus almas agonizaban dentro de ellos. Por eso llamaron al Señor en su tribulación, y Él los libró de sus aflicciones. Él los condujo por el camino de la verdad, para que pudieran llegar hasta la ciudad en que habían de morar. Esos hombres salmodiarán por ello alabanzas al Señor, y contarán las maravillas que Él hizo en favor de los hijos de los hombres».*

—Parece como que todo esto se hubiera escrito por nosotros, y, sin embargo, se escribió hace ya dos mil años —dijo el clérigo cerrando el libro—. El hombre no ha tenido más remedio que reconocer en todas las épocas la mano rectora que lo guía. Yo, por mi parte, no creo que la inspiración se agotase hace dos mil años. Tennyson repetía el mensaje que se le daba, lo mismo que Miguel o Ezequiel, en épocas en que el mundo era más joven, repetían algún otro mensaje más rudo y más elemental, cuando escribió con tanto fervor y convicción:

> Sí, confiamos que la meta última
> del mal, sin que sepamos de qué modo,
> ha de ser algún bien.

—Todo eso está perfectamente, mister Stuart —dijo el francés—. Usted me pide que alabe a Dios por haberme salvado del peligro y del sufrimiento, pero lo que yo quiero saber es por qué, puesto que Él lo ha dispuesto todo, me metió antes en el peligro y en el sufrimiento. En opinión mía, tengo mayores motivos para quejarme que para entonar loores. Usted no me agradecería el que yo le sacase del río, si yo antes le he tirado a él de un empujón. Todo lo más que puede usted decir en favor de su providencia es que ha curado la herida que su misma mano nos produjo.

—Yo no niego la dificultad —dijo lentamente el clérigo—. Nadie la negará, a menos que quiera engañarse a sí mismo. Vea usted con qué valentía

se encaró Tennyson en ese mismo poema, el más grandioso, profundo, y el más evidentemente inspirado de los que se han escrito en nuestro idioma, con esa dificultad. Recuerden el efecto que producía en su ánimo.

> Tropiezo donde piso con firmeza
> y caigo con mi carga de cuidados
> sobre las gradas del altar inmenso
> del Universo, que hacia Dios asciende
> poco a poco, a través de las tinieblas.
> Las manos de la fe débiles tiendo,
> y tanteo, y recojo polvo y broza;
> al que creo Señor de todo invoco,
> y en mi desmayo, fío han de cumplirse
> algún día mis máximos anhelos.

»Se trata del misterio eje de todos los misterios, del problema del pecado y del dolor, de la única inmensa dificultad que la razón ha de resolver para justificar la conducta de Dios con el hombre. Tomemos como ejemplo nuestro propio caso. Yo, empezando por mí, veo con toda claridad lo que he ganado con lo que nos ha ocurrido. Lo confieso con toda humildad, pero lo cierto es que tengo una visión mucho más clara de mis deberes que la que tuve hasta ahora. Me han enseñado a ser menos reacio a confesar lo que yo creo que es la verdad, y menos indolente a poner por obra lo que yo creo que es justo.

—En cuanto a mí —exclamó Sadie—, me ha enseñado más que todas las lecciones juntas que he recibido en la vida. He aprendido muchísimo y desaprendido muchísimo. Creo que soy una muchacha distinta.

—Yo no había llegado a comprender antes mi propia naturaleza, y me resulta casi imposible asegurar que hubiese en mí una naturaleza que comprender —dijo Stephens—. Vivía para lo que carecía de importancia, y desatendía lo que es vital.

—La verdad es que a nadie le daña una buena sacudida —comentó el coronel—. Ni el hombre ni la mujer ganan con una vida de colchón de plumas y cuatro comidas al día.

—Estoy firmemente convencida —dijo con gravedad la señora Belmont — que no hay ninguno entre nosotros que en el transcurso de los días pasados en el desierto no haya alcanzado alturas a las que nunca llegó ni volverá a llegar. Cuando se pesen en la balanza nuestros pecados, será mucho lo que se nos perdone en compensación de esos días en que vivimos libres de todo egoísmo.

Permanecieron todos silenciosos y pensativos durante un rato, mientras las franjas color escarlata se hacían más oscuras, las sombras grises se ennegrecían, y las aves silvestres volaban formando una V sobre la superficie,

de un color metálico apagado, de la suave corriente del gran río Nilo. Un viento frío se había levantado desde el Oriente, y algunos del grupo se dispusieron a retirarse de la cubierta. Stephens se inclinó hacia Sadie.

—¿Se acuerda de lo que prometió cuando estaba en el desierto? —le susurró.

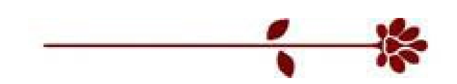
—¿Qué fue lo que prometí?

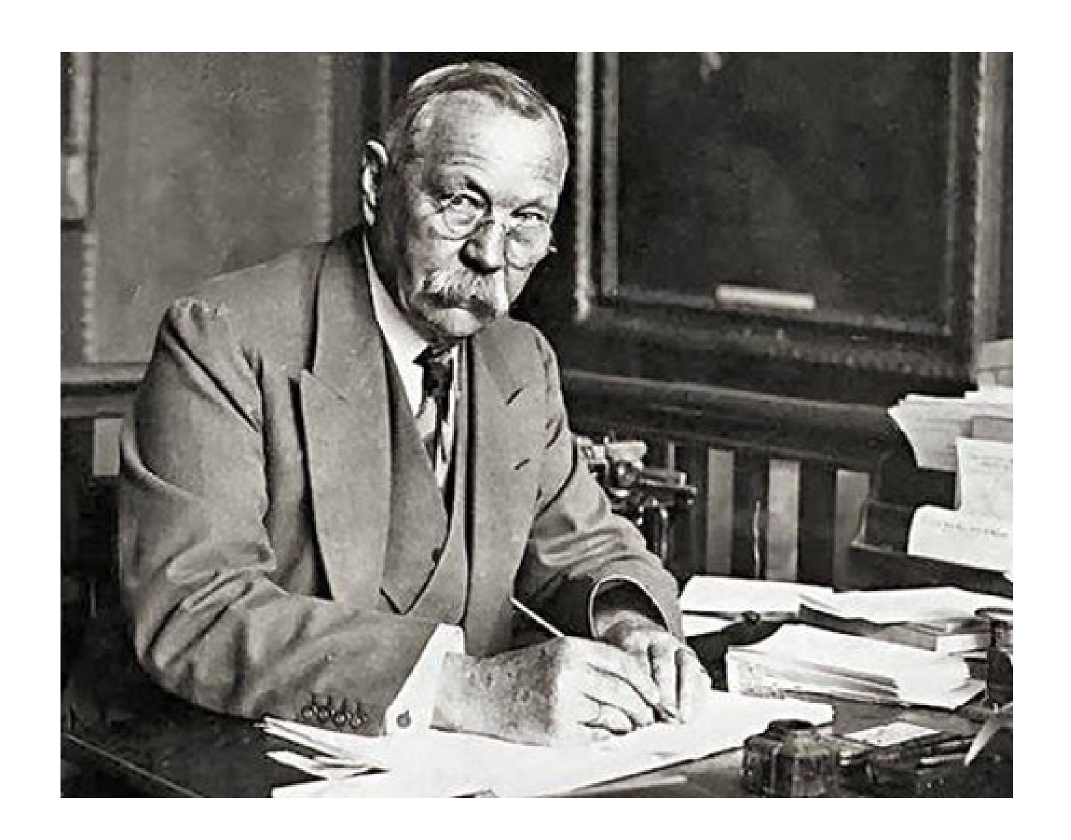
—Que, si salía de aquello, se esforzaría en el porvenir por hacer feliz a alguna otra persona.

—Pues no tendré más remedio que hacerlo.

—Ya lo ha hecho —dijo Stephens, y sus manos se juntaron al cobijo de la sombra de la mesa.

F I N





Sir ARTHUR IGNATIUS CONAN DOYLE fue un escritor escocés, célebre por crear al detective ficticio más famoso del mundo: Sherlock Holmes.

Nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo. Su madre lo envió a la Escuela preparatoria de los Jesuitas en Hodder Place (Stonyhurst) a los nueve años. Arthur permaneció allí hasta los 16 años (1875), edad a la que empezó a estudiar medicina hasta 1881 en la Universidad de Edimburgo, donde conoció al profesor que le inspiraría la figura de su famoso personaje, Sherlock Holmes, el médico forense Joseph Bell. Destacó en los deportes, especialmente rugby, golf y boxeo. En este período también trabajó en Aston (actual distrito de Birmingham) y Sheffield. A principios de 1880 se embarcó en un ballenero llamado *The Hope* para ejercer de cirujano en sustitución de un amigo suyo y a los 22 años (1881) se graduó cómo médico naval, aunque recibió el doctorado cuatro años más tarde. Fue en estos años cuando hizo una gran amistad con el también escritor escocés J. M. Barrie.

Mientras estudiaba comenzó a escribir historias cortas. La primera, *The Mystery of the Sasassa Valley*, apareció publicada en 1879 en el *Chambers's Edinburgh Journal* antes de que cumpliera los 20 años. En Plymouth instaló una consulta junto con su camarada y socio George T. Budd; pero ajeno a los métodos comerciales de Budd terminó por establecerse por su cuenta en junio

de 1882, ya con 23 años, en Portsmouth. Debido al poco éxito inicial, dedicó su tiempo libre a escribir historias nuevamente.

Después de su etapa universitaria se empleó como médico del buque *SS Mayumba* en su viaje a las costas de África Occidental en 1885. Ese mismo año se casó con Louise Hawkins, más conocida como Louie, y tuvieron dos hijos: Mary Louise (1889-1906) y Alleyne Kingsley (1892-1918). Tras una larga estancia en Suiza de la familia desde 1893 para que la madre se repusiera, Louise murió de tuberculosis el 4 de julio de 1906; un año más tarde, después de 20 años de amor platónico con una mujer llamada Jean Leckie, Arthur y ella se casaron y tuvieron tres hijos más: Jean Lena Annette, Denis Percy Stewart (1909-1955) y Adrian Malcolm. Su segunda mujer moriría años después que él, el 27 de junio de 1940.

En 1891 se mudó a Londres para ejercer de oftalmólogo. En su biografía, aclaró que ningún paciente entró a su clínica. Por lo tanto, esto le dio más tiempo para escribir.

En 1900, escribió su libro más largo, *La guerra de los Bóers*. Ese mismo año, se presentó como candidato para la Unión Liberal; a pesar de que era un candidato muy respetado, no fue elegido. Tras La Guerra de los Bóers escribió un artículo, *La guerra en el sur de África: causas y desarrollo*, justificando la participación de Gran Bretaña, que fue ampliamente traducido. En su opinión, fue esto lo que provocó que le nombraran Caballero del Imperio Británico en 1902 otorgándole el tratamiento de Sir.

Murió el 7 de julio de 1930, con 71 años, de un ataque al corazón, en Crowborough, East Sussex (Inglaterra). Una estatua suya se encuentra en esa localidad donde residió durante 23 años. Fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Minstead en New Forest, Hampshire.

Notas

[1] Charles Dana Gibson (1867-1944), artista e ilustrador que gozó de mucha fama y creó el estilo «Gibson girl». *(N. de T.)* **<<**